LIGHTNING GIRL



ALESHA DIXON

LIGHTNING GIRL



ALESHA DIXON

LIGHTNING GIRL



ALESHA DIXON

ANAYA



¡Para Azura, mi pequeña superheroína,
la chispa más brillante de todas
y la luz de mi vida!

1

Nadie me había advertido de que cuando una se enfurece pueden salirle de las yemas de los dedos unas chispas brillantes.

Pero eso es exactamente lo que pasó. Yo estaba viendo a unos gamberros del cole que rodeaban a mi hermanita en el patio de recreo y, un instante después, las manos se me pusieron calientes y me entró un cosquilleo en ellas y, de repente, me salieron de las palmas de las manos unos rayos luminosos, como de tormenta.



Creo que nadie se asustó tanto como yo. En realidad nadie vio de dónde venían las chispas, tan solo advitieron detrás de ellos una luz cegadora y después, al volverse, me encontraron a mí, que me miraba las manos con los ojos como platos y movía los dedos como una loca.

Una de las chicas resopló al ver que me ponía la mano delante de la cara, hasta casi tocarme con ella la punta de la nariz, y me examinaba de cerca el dedo meñique.

—¿No es esa tu hermana mayor, Clara? —preguntó con desprecio—. ¿Qué demonios está haciendo?

—¡Es tan friki como tú! —dijo otra con una risita, mientras me miraban de arriba abajo. Yo tragué saliva.

Mi plan original no consistía exactamente en que se metieran conmigo en vez de con Clara. Mi idea era simplemente decirles que la dejaran en paz, más que distraerlas convirtiéndome en un castillo de fuegos artificiales humano. Sin embargo, habían dejado de mostrar interés en Clara y parecía que tampoco sentían curiosidad por el hecho de que se hubiera producido un azaroso e

inexplicable relámpago en medio del patio de recreo. Menos mal.

—¿Qué quieres tú, Aurora? —me dijo un chico alto, levantando las cejas.

—Eeeh… —balbuceé, con las manos todavía delante de la cara—. Solo estaba… eh… mirándome la cicatriz. —Les mostré la mano izquierda, para que pudieran ver la cicatriz en forma de espiral que tenía en la palma—. Nací con ella. Es raro, ¿verdad? Las cicatrices aparecen cuando la piel se regenera sobre una herida, para protegerla. Es interesante, ¿no?

Aquel no era mi mejor día.



Clara me miró como si pensara que yo había perdido la chaveta. Intenté que se me ocurriera algo que decir, algo más impresionante que un comentario sobre la piel que se regenera, pero seguía un poco asustada por haber visto aquellos rayos saliéndome de las manos. No me había pasado nunca.

Los matones se miraron unos a otros, confusos. El alto abrió la boca para decir algo, pero afortunadamente sonó el timbre que indicaba que se había terminado el recreo.

—¡Salvadas por la campana! Vamos, Clara. Nos vemos luego… ¡Ha sido muy divertido hablar con vosotros! —dije riéndome nerviosa, mientras Clara corría pasando cerca de ellos para acercarse a mí. Le puse el brazo alrededor de los hombros y me la llevé a toda prisa hacia el edificio del colegio antes de que pudieran hacer más comentarios.

Kizzy lo encontró desternillante. Yo decidí no contarle lo de las chispas que me habían salido de las manos, porque no quería que pensara que su mejor amiga era una tía rara, pero no tenía por qué preocuparme: ella ya sabía que yo soy una tía rara.

—¿Les dijiste que la piel se regenera…? —soltó riéndose, sacando su bolígrafo favorito del estuche y abriendo el cuaderno mientras esperábamos que la profesora Damsel empezara la clase de Salud.

—Fue lo primero que se me ocurrió —dije con un suspiro, mirando acusadoramente la palma de mi mano, como si fuera culpa de la cicatriz el que yo hubiera dicho una cosa tan tonta—. No lo van a olvidar nunca. Creo que uno de ellos está en el club de gimnasia con Suzie Bravo, así que seguro que se lo contarán todo.

Kizzy y yo miramos a Suzie, que estaba sentada con Georgie Taylor. Georgie le estaba enseñando a Suzie su nueva mochila superguay, que era negra y estaba llena de florecitas fluorescentes. Comprendí que aquello sería lo ultimísimo que había que tener. Georgie era la persona más a la moda de nuestro curso, tal vez de todo el colegio, gracias a su madre, que estaba a cargo de la publicidad de montones de marcas importantes, diseñadores y famosillos. A

Georgie su madre siempre le daba cosas que le regalaban a ella, así que tenía un estilo muy original. Oí que le decía a Suzie que había cosido las flores ella misma.



Yo una vez había intentado coserme una insignia de natación en la chaqueta del colegio y, no sé cómo, conseguí coser el jersey que llevaba puesto a la manga de la chaqueta. Y, cuando intenté quitármelos, se rasgaron tanto el jersey como la chaqueta. La alta costura no es mi fuerte.

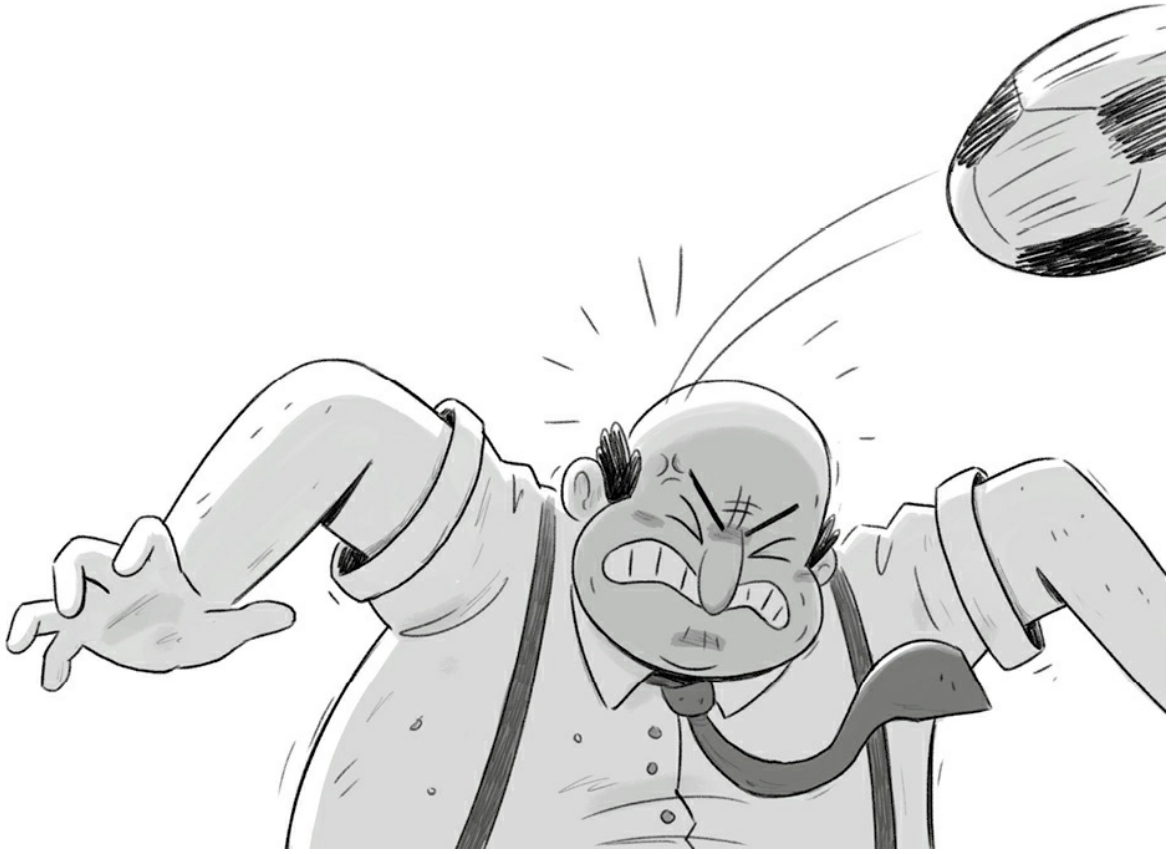
—Bueno, ¿a quién le importa lo que piense Suzie Bravo? —preguntó Kizzy en plan duro, recogiéndose el pelo castaño claro en una pulcra cola de caballo—. Clara tiene suerte de tener una hermana como tú para que la defienda. Fue muy valeroso por tu parte enfrentarte a esos matones. Yo no habría sido capaz.

Sonreí. Eso era, por supuesto, una mentira. Kizzy es la persona más maja del mundo, y lo sé muy bien, porque hemos sido amigas inseparables desde toda la vida. Vive en la misma calle que yo, y somos «uña y carne» (como dice mi padre) desde nuestro primer día en el colegio. Somos las dos bastante tímidas, así que es lógico que estemos juntas y pasando desapercibidas, mientras chicas como Suzie Bravo disfrutan convirtiéndose en el centro de atención.

Pero que sea tímida y pequeña (una de las chicas más bajitas del curso) no significa que Kizzy no sea lo bastante valiente para enfrentarse a las matonas. Al comienzo del trimestre, yo le di un balonazo sin querer al profesor Mercurio (nuestro nuevo profesor de Ciencias, que tiene muy mal genio), y el balón rebotó en su cabezota calva. Cuando se volvió despacio con su cara más furiosa para ver quién era el culpable, Kizzy se adelantó para disculparse. Intenté protestar, pero ella se puso muy seria y me dijo que me callara. Y como ella es la persona más maja del mundo,

el profesor Mercurio solo le dijo que tuviera más cuidado a partir de entonces, y ahí quedó la cosa. Hasta se rio. Ese es el poder que tiene Kizzy sobre la gente. Es capaz de conseguir que se ría el profesor de Ciencias con peor genio de todo el planeta.

Después me dijo que se había echado la culpa porque yo ya había tenido un mal comienzo con el profesor Mercurio. La semana del accidente del balón, yo había estado agitando el bolígrafo para hacerlo funcionar y, sin querer, le eché tinta azul en toda su camisa blanca recién planchada. Y ella no quería que me viera envuelta en más problemas.



Si eso no es valor, no sé qué lo será.

Mientras la profesora Damsel nos mandaba callar a todos para empezar la clase, intenté olvidarme de mi triste comentario sobre la cicatriz y pensar en aquello tan raro que me había salido de las manos en el patio de recreo. En si sería una cosa normal o no. No se me ocurría nadie más de nuestro curso que les lanzara chispas a sus compañeros de clase, pero a lo mejor era una cosa normal del crecimiento y yo era la primera a la que le pasaba. Mi madre me había comentado hacía poco que yo parecía más alta, y me había preguntado si sentía dolores del crecimiento o algo así…

La profesora Damsel anunció que en la clase de aquel día íbamos a estudiar nutrición, y

empezó a escribir en la pizarra. Fred Pepe soltó un eructo descomunal, haciendo que la clase se echara a reír. Vi a Suzie y Georgie poner los ojos en blanco en un gesto muy exagerado. Fred siempre estaba haciendo el tonto.



—Bien, Fred —dijo la profesora Damsel volviéndose a la clase—, eso puede haber sido una introducción un poco rara al tema, pero en realidad nos viene al pelo. —Señaló la pizarra en la que había escrito la palabra «ALIMENTO» en mayúsculas—. ¿Alguien sabe por qué ha eructado Fred?

—Porque es un cerdo —dijo Suzie, echándose por detrás de los hombros su larga cabellera rubia con un movimiento de la cabeza. Fred le sacó la lengua.

—Porque tenía gas sobrante —chilló alguien desde el final de la clase, lo que hizo que todos se echaran a reír sin poder controlarse.

Mientras la profesora Damsel intentaba reencaminar la clase, yo saqué mi teléfono y, por debajo del pupitre, disimuladamente, intenté buscar algo sobre electricidad que saliera de las yemas de los dedos y rayos de energía que salieran de las manos, pero no vi más que artículos sobre diversos superhéroes de cómic que podían producir luz o atraer los rayos y cosas así, lo cual no era de mucha ayuda.

Fred se había puesto a hacer pedorretas cada vez que la profesora Damsel empezaba a hablar y, justo cuando ella lo amenazaba con castigarlo si no paraba, yo levanté la mano.

—¿Sí, Aurora? —dijo la señora Damsel con un suspiro.

—No tiene nada que ver con comida, pero me preguntaba si podía hablarnos de los dolores del crecimiento.

—¿Los dolores del crecimiento?

—Sí. —Respiré hondo—. ¿Hay algo que deberíamos saber? ¿Sucede… algo extraño?

Me di cuenta de que Kizzy me miraba con curiosidad, e intenté poner la cara más inocente posible, como si la pregunta acabara de brotarme del cerebro porque sí. La señora Damsel parecía sorprendida del cambio de tema, pero no demasiado molesta por dejar de lado un momento los gases corporales. Además, Fred estaba en aquel momento distraído con una araña que había en el alféizar, y la profesora Damsel sonrió aliviada mientras el aula volvía a callarse.

—Qué pregunta tan interesante, Aurora, aunque un poco fuera del tema que estábamos tratando. Sí, ahora que pronto cumpliréis los doce años, algunos de vosotros experimentaréis dolores del crecimiento y eso puede suponer molestias musculares, normalmente en piernas y en torno a las articulaciones.

—¿Eso es todo? —pregunté—. ¿Solamente… dolores? ¿Nada más?

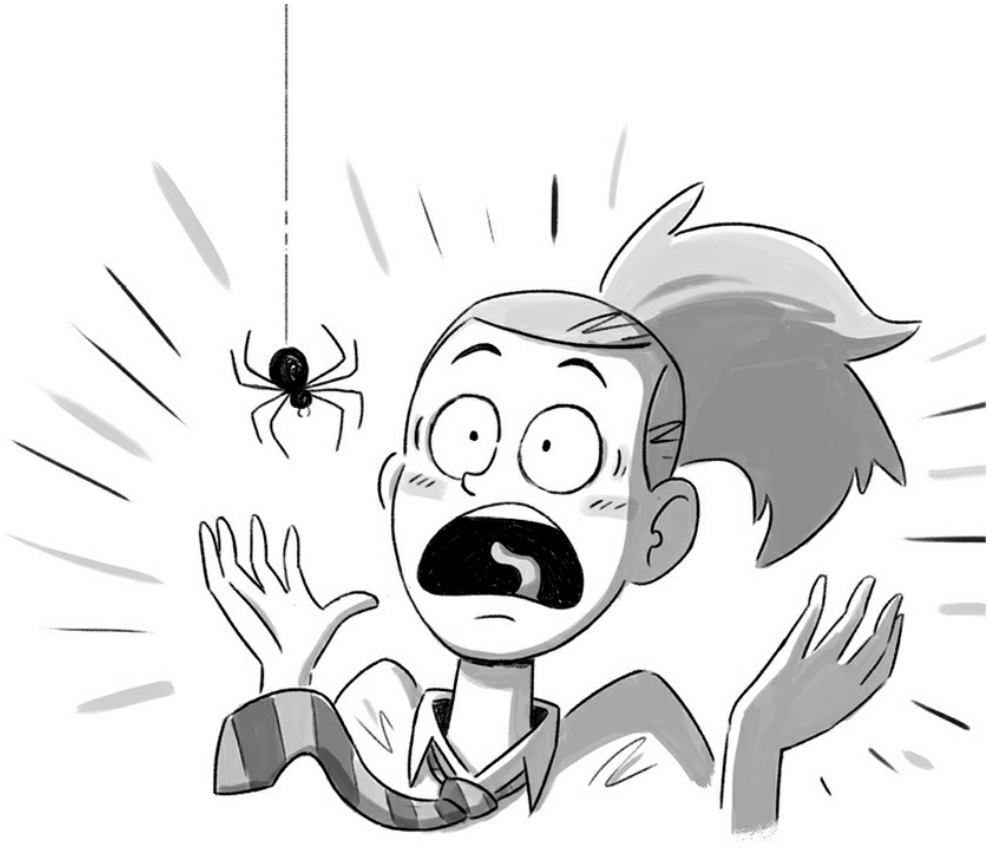
—¡Bueno…! —saltó Suzie con impaciencia—. ¿Por qué te crees que los llaman «dolores del crecimiento»? Ahora, ¿no podemos volver al tema de la alimentación? A diferencia de otras, yo tengo una pregunta interesante y relevante. —Me miró fijamente, y me puse toda colorada de la vergüenza—. Señora Damsel, ¿cuál es el mejor consejo nutricional que puede dar a las campeonas de gimnasia?

Cuando se acabó la clase y salimos para dirigirnos a la siguiente, Kizzy me comentó que me veía muy callada.

—No, no lo estoy —respondí yo, pese a que no había abierto la boca desde mi pregunta sobre los dolores del crecimiento.

El dominio de la señora Damsel sobre la clase no había durado mucho tiempo por culpa de Fred, que se había acercado a Suzie sigilosamente por detrás, cuando la señora Damsel daba la espalda a la clase, y le había puesto la araña del alféizar justo delante de la cara. Suzie había chillado, había dado un salto y tirado la silla, tras lo cual Fred empezó a perseguirla por el aula con la araña en las manos.

—¡La pobre araña! —comentó Kizzy—. Me alegro de que la profesora Damsel obligara a Fred a echarla al césped. Los gritos de Suzie tienen que haber asustado al bichito. A mí casi me rompen los tímpanos.



Asentí con la cabeza, y Kizzy me miró:

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó por centésima vez.

—Completamente. Estoy de maravilla —mentí.

—Estás mintiendo —dijo Kizzy con la sonrisa de quien no se deja engañar.

—No miento.

—Sí que mientes. Cuando dices una mentira, tu voz se vuelve muy aguda. Como un silbato para perros.

—¡No es verdad! —chillé con voz de ratón. Kizzy levantó las cejas en un gesto de victoria.

Tosí, aclarándome la garganta:

—No es verdad —repetí poniendo voz de oso.

—Ah, vale. Cuando quieras hablar, ya sabes que a mí me puedes contar lo que sea —dijo.

Asentí con la cabeza. Pero no había manera de que pudiera contarle lo que había sucedido en el patio de recreo. Por lo menos hasta que lo comprendiera yo misma.

Porque, si el hecho de que te salgan rayos de las manos en el momento en que ves a tu hermana pequeña acosada por unos chulos no tenía nada que ver con los dolores de crecimiento, entonces, ¿qué era?

¿Y por qué demonios me había pasado a mí?

2

Tan pronto como el coche de papá se paró a la entrada del colegio para recogernos después de clase, me di cuenta de que él tampoco había tenido un buen día.



Tenía la cara arrugada detrás del volante y, cuando el coche frenó delante de nosotras, vi ese tic tan raro que se le pone en la mandíbula cada vez que mi madre hace algo que le fastidia. Como cuando pone la calefacción a tope y después se deja abiertas todo el día las ventanas de la casa. O como aquella vez que insistió en permitir que su amiga maga aficionada, Sally, actuara en mi fiesta de cumpleaños en contra de los consejos de mi padre y, entonces, a Sally se le escaparon las palomas blancas e hicieron caca por toda la casa y no podíamos atraparlas, así que papá tuvo que llamar a unos profesionales para que se hicieran cargo.

Cuando una de las palomas hizo caca justo en medio de la cabeza de mi padre mientras él trataba desesperadamente de atraparlas, mi madre dijo: «¡Ah, mira, Henry, eso da buena suerte!»,

con una voz muy alegre.

Fue entonces cuando me di cuenta por primera vez de aquel tic en la mandíbula.

—¿Dónde está Alexis? —pregunté, sentándome en la parte de atrás del coche después de Clara y dejando a propósito el asiento de delante para mi hermano mayor. Yo sabía muy bien que era mejor dejárselo a él.

—Ya está en casa —gruñó mi padre, mirando hacia delante y arrancando el motor.

Clara y yo cambiamos una mirada de desconcierto. Alexis era unos años mayor que yo, pero venía al mismo colegio que nosotras, así que no tenía sentido que ya estuviera en casa. Siempre nos recogían a la vez.

A menos que…

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó Clara con alegría.

—No preguntes —respondió mi padre suspirando—. ¿Qué tal os ha ido a vosotras?

Pensé en si contarle lo de los matones que se habían metido con Clara y las raras chispas que me habían salido de los dedos, pero entonces comprendí que sería más prudente esperar a que se encontrara de mejor humor. Clara también se calló, o sea, que pensaba lo mismo que yo. Mientras esperábamos a nuestro padre, yo le había preguntado si estaba bien y le había hecho prometerme que si aquellos tipos volvían a meterse con ella, me lo diría.

—No creo que vuelvan a hacerlo —me había respondido con un asomo de sonrisa—. Ahora piensan que tú eres mucho más rara que yo.

En cuanto llegamos a casa, dejé caer la bolsa en el recibidor y subí corriendo para intentar ver a Alexis antes de que mi padre me lo impidiera. Abrí la puerta de su cuarto, casi sin respiración, y lo encontré tendido en la cama, leyendo un cómic con sus modernísimos auriculares puestos.

—¿Qué has hecho? —pregunté impaciente desde la puerta, mientras Clara venía corriendo detrás de mí.

—¿No sabes lo que es llamar? —preguntó Alexis con sequedad, quitándose los auriculares.

—Vamos, cuéntanos lo que ha

pasado.



A Alexis se le escapó una sonrisita. Siempre estaba tocándoles las narices a los profesores y, si esta vez lo habían mandado a casa, tenía que ser porque había hecho algo especialmente creativo. Una vez había programado el sistema de megafonía del colegio para que atronara con hiphop todo el día en todas las aulas y el pasillo. A la profesora Prime le costó dos días encontrar a alguien capaz de arreglarlo. Mientras tanto, Alexis alcanzaba un estatus legendario en todo el centro.

—Hackeé la base de datos del colegio —dijo con toda tranquilidad, pasando la página del cómic.

—¿Y…?

—Cambié mis notas y me puse sobresaliente en todo.

—¿Qué…? —dije casi sin voz.

No me sorprendía que Alexis fuera capaz de burlar todas las protecciones que el centro hubiera puesto en su base de datos. Era el mejor de todo el colegio en tecnología, y la profesora Prime siempre se estaba quejando a nuestro padre sobre el «potencial que desperdiciaba» Alexis debido a su inclinación a usar sus capacidades de niño prodigio para quebrantar las normas y provocar el caos, en vez de usarlas para «el bien de todos», como lo había expresado.

Pero Alexis pensaba que provocar el caos en el colegio era utilizar su talento para el bien de

todos.

—No ha pasado nada durante un par de semanas por lo menos. Lo malo es que el profesor Mercurio es más listo de lo que yo creía. Estaba revisando unas cosas y vio el error. Originalmente me había puesto un suficiente raspado, así que se lo contó a los demás profesores. Yo lo había subestimado. Tendría que haberme cortado un poco al cambiar las notas, pero qué más da —dijo Alexis lanzando un suspiro—. Me han expulsado por dos semanas.

—Guay —dijo Clara moviendo la cabeza con asombro.

—¡Aurora! —La voz de mi padre subía por la escalera—. Tienes que sacar a Kimmy. Necesita ir al baño.

Alexis volvió a ponerse los auriculares y volvió a concentrarse en el cómic, mientras Clara daba saltos por el pasillo hasta su habitación, y yo bajaba la escalera, me balanceaba al final de la barandilla y entraba en la cocina, donde casi me tira al suelo con su entusiasmo mi pastora alemana.

—¡Eh, Kimmy! —dije riéndome, arrodillándome para saludarla correctamente y tratando de respirar entre lametones—. ¿Me has echado de menos hoy?

—Se ha tumbado en mis dalias —me informó mi padre, sacando una pila de platos del armario y colocándolos al lado—. ¡Las flores acababan de salir y eran una preciosidad!

—Kimmy —le dije con mi voz más firme cuando se sentó obediente delante de mí sacando la lengua—. ¿Es verdad eso? ¿Te has echado encima de las dalias de papá?

Ella ladeó la cabeza.

—Ya veo. ¿Fue un accidente?

Ladeó la cabeza del otro lado.

—¿Vas a hacer todo lo posible para que no vuelva a pasar?

Me plantificó la patita derecha en la pierna.

—¿Y estás arrepentida?

Se inclinó hacia delante y me dio un lametón. Miré a mi padre mientras aparecía una sonrisa en su cara, y alargaba la mano para darle una palmadita a Kimmy en la cabeza. En respuesta, ella le acarició la pierna con el hocico.

Papá siempre intentaba ser estricto con Kimmy, pero, al final, se ponía tan tonto con sus grandes y brillantes ojos castaños y su expresión boba como yo.



—¡Menuda pareja estáis hechas! —dijo riéndose, negando con la cabeza y colocándose los guantes del horno—: Está bien, Kimmy, te perdono.

—¿Dónde está mamá? —pregunté yo, poniéndome de pie y sacudiéndome los pelos de perro del uniforme mientras Kimmy salía corriendo tras su pelota.

—Se ha tenido que quedar en el trabajo —dijo mi padre con voz cansada—. Vendrá pronto. Espero que llegue a tiempo para cenar. Vamos, saca a Kimmy al jardín. ¡Y que no se acerque a mis plantas!

Mientras Kimmy hacía pis alegremente en lo que quedaba de las dalias de mi padre, yo permanecía en el medio del jardín pensando en mi madre. Últimamente mis padres estaban bastante quisquillosos uno con otro. Las cosas estaban un poco tensas. Normalmente mi madre sabía hacer reír a mi padre hasta que se le escapaban las lágrimas, pero hacía siglos que eso ya no pasaba.

Le había mencionado esto a Alexis, pero él me había dicho que no me preocupara. Que lo único que pasaba era que nuestra madre trabajaba demasiado últimamente y tenía que viajar mucho por el trabajo. Según Alexis, el motivo de que estuvieran de uñas uno con otro era que nuestro padre la echaba de menos en la casa, y nuestra madre echaba de menos la casa, así que

en realidad era buena cosa que se enfadaran, porque era señal de que se querían.

Lo cual a mí me sonaba bastante lógico.

Después de jugar un rato haciéndole ir a buscar su vieja pelota de tenis, metí dentro a Kimmy y ayudé a mi padre a poner la mesa. Mi padre llamó a Alexis y a Clara para que bajaran y, mientras esperábamos a mi madre, decidió entretenernos contándonos lo de la gran exposición que iba a haber en el Museo de Historia Natural en el que trabaja. Mi padre es profesor de Mineralogía, lo que quiere decir que lo sabe todo sobre la tierra y las piedras y esas cosas.

—He cogido doce ejemplares —dijo mostrándonos la página siete del periódico, mientras ocupábamos nuestro sitio a la mesa.

«UNA JOYA DE INAUGURACIÓN EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL», decía el titular, que iba acompañado de una foto de nuestro padre sonriendo. Sostenía en las manos una caja que contenía unas cuantas piedras.

—¡Esas piedras preciosas tienen siglos de antigüedad! —nos informó mi padre con entusiasmo—. Han sido descubiertas por exploradores, enterradas y perdidas en la tierra. Llevo semanas estudiando las características…, ¡pero no os lo puedo contar todo! Tendréis que esperar a la gran noche de la inauguración para enteraros de todo lo referente a ellas. Todos estáis invitados… Será un acontecimiento de gala. ¡Alexis, tendrás que ponerte tu primer esmoquin!



Alexis puso los ojos en blanco, pero Clara se mostró mucho más interesada. Es la más lista de

su clase, y ya la han adelantado un curso. Aunque solo tiene siete años, está siempre leyendo; su cerebro puede almacenar un montón de hechos sobre todo tipo de cosas. Mi madre dice que Clara es una versión de nuestro padre en miniatura. Hasta tiene sus mismas cejas pobladas, sus ojos abiertos y curiosos, y una frente siempre fruncida por la concentración.

—¿Tenemos que ir a la inauguración? —preguntó Clara acercándose el artículo del periódico.

—¡Por supuesto! Yo estoy al cargo de la exposición, así que toda mi familia tiene que estar allí —dijo inflándose el pecho de orgullo.

—¿Y Kimmy puede venir? —pregunté cuando ella me puso la patita en la pierna—. Puedo encargarme de que se dé un baño para la ocasión.

—Ya me gustaría, pero me temo que en el museo no permiten perros. Hay demasiados huesos expuestos —dijo mi padre con una risita—. Lo siento, Kimmy.

Yo la consolé dándole una palmadita en la cabeza y prometiéndole en un susurro que le daría parte de mi cena para compensarla.

El reloj del horno acabó su recorrido y, justo cuando mi padre colocaba en la mesa la quiche de verduras, entró mi madre por la puerta:

—¡Hola a todos! —dijo sonriente.

A Alexis se le cayó de la mano el tenedor, que hizo mucho ruido. Clara se quedó mirando con la boca abierta. Y a mi padre se le resbaló el guante de horno.

—Mamá —empecé a decir, interrumpiendo el asombrado silencio—, ¿qué te ha pasado?

Su pelo largo, castaño, normalmente brillante, estaba levantado en todas direcciones, como un enorme pompón. De las puntas le salían leves vaharadas de humo. En la mejilla tenía algo que parecía una quemadura y, cruzándole la frente, una marca de carbón. Parecía que la hubiera alcanzado un rayo.

Al principio se mostró confusa por nuestra reacción, pero después cogió una cuchara grande de servir de la mesa para mirarse en ella como en un espejo.

—No entiendo qué os pasa con… ¡AY, DIOS MÍO! —La mano libre se le había ido al pelo carbonizado y trató desesperadamente de aplastárselo—: ¡Es por culpa de ese… yoga en calor!

—¿Yoga en calor…? —repetí yo. Mi madre nunca había hecho ni yoga ni nada parecido. Pero en realidad se le daban muy bien todos los deportes, así que podía ser que el yoga en calor fuera su nueva actividad para mantenerse bien. La pena era que no me hubiera transmitido aquellos genes deportivos. Aunque sí que podía identificarme con el pelo crespo e incontrolable que llevaba aquel día, pues ese es mi aspecto permanente.

—Sí, he estado probando el yoga en calor —dijo mi madre riéndose un poco nerviosa—. Como ejercicio me sienta genial, pero parece que a mi pelo no tanto. La próxima vez tendré que ponerme un gorro de ducha o algo.

—¿Quién se imaginaba que el yoga en calor pudiera ser tan bestial? —dijo Alexis en voz muy baja, mientras nuestra madre intentaba borrarse las manchas negras con un trapo de cocina.

El humo que le salía del pelo llegó hasta el detector de humos que había sobre la puerta de la cocina, que respondió con un potente pitido. Mi padre se levantó de un salto para ayudar a mi madre, que agitaba el trapo de cocina para dispersar el humo delante de la alarma, lo cual a su vez dio a Kimmy la oportunidad perfecta para saltar a la mesa y atrapar la quiche con sus mandíbulas. Con toda facilidad, cogió la quiche del plato y corrió a toda prisa al jardín, para dar por él una vuelta al ruedo, esparciendo por todo el césped cachitos de pasta y huevo.

—¡Kimmy, nooooooooo! —gritó mi padre, corriendo tras ella y dejando que mi madre desconectara sola la alarma antiincendios.

No me parecía que mi familia se pudiera volver aún más loca de lo que ya estaba.

Pero me equivocaba completamente.





Una semana después, volvió a ocurrir aquello de los rayos.

Nuestra entrometida vecina, la señora Crow, asomó enseguida la cabeza desde el otro lado de la valla del jardín para ver qué pasaba.

—¡Ay, Dios mío! ¡Gerald! ¡GERALD! —gritó llamando a su marido, que abrió una ventana del piso de arriba y alargó el cuello por encima del alféizar.

—¿Qué pasa? —preguntó de malhumor—. ¡Estoy en mitad de mi ensayo de clarinete!

—¡Es una invasión extraterrestre! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! —gritó—. ¡Un rayo cegador en el jardín de la casa de al lado! ¡Ha sido tan potente que casi derriba la valla! ¡Me ha hecho caerme de culo!

—¿Por qué hablas de culos? —preguntó, intentando sintonizar su audífono.

—¡Voy a llamar al periódico! —gritó la señora Crow, corriendo hacia la puerta por el patio —. ¿Te lo puedes creer? ¡Una invasión extraterrestre justo en la casa de al lado! ¡Esto saldrá en la portada!

Yo me quedé paralizada en el sitio en que me había caído hacia atrás, hasta que oí toser a mi padre. Levanté la vista para ver que él estaba de pie con mi madre, justo detrás de mí. Del susto, tenía los ojos abiertos como platos. Pero lo raro es que los de mi madre rebosaban emoción.

—Aurora —susurró mi padre, mientras Kimmy ladraba al jardín vacío—. ¿Te importa venir un momento? Me parece que tenemos que hablar.

Me había metido en un buen lío.

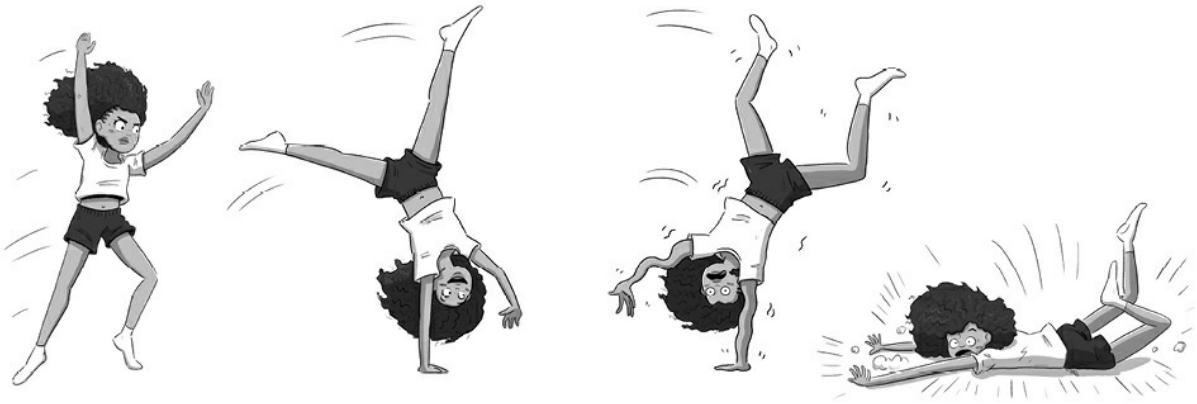
Desde luego, yo no esperaba que sucediera aquello cuando llegué a casa después del colegio. Lo que esperaba era dedicarme a perfeccionar mi voltereta. En clase todos son capaces de darla menos yo. Suzie da las mejores volteretas de todo el colegio. Da la impresión de que no le cuesta ningún esfuerzo, de que no tiene más que dar un paso hacia delante en el preciso instante en que agacha la cabeza pulcramente y desplaza rápido las piernas en el aire y termina con los brazos apuntando hacia el cielo como una gimnasta profesional.

—¡Bien hecho, Suzie! —le había dicho aquel mismo día la señora Nimble, nuestra profesora

de Educación Física, tras verla ejecutar su voltereta lateral atravesando con toda facilidad la colchoneta del gimnasio—. ¡Eres tan elegante como una gacela saltando por la llanura!

Entonces, su mirada se dirigió a mí, al otro extremo del gimnasio: yo tomé carrerilla, me agaché hacia delante y caí de panza en la colchoneta, dándome un buen **PORRAZO.**

Suzie y sus amigas se echaron a reír como unas locas y Kizzy corrió a ayudarme. Me dio con el dedo en la mejilla, preguntándome si estaba viva o muerta.



Por eso, al llegar a casa, yo estaba decidida a practicar la voltereta hasta que consiguiera hacerla bien, para que al día siguiente todo el mundo pudiera verlo en el colegio. Era una de esas raras ocasiones en que mi padre y mi madre llegaban a casa temprano, pero estaban en la salita, hablando con voz seria. Alexis se había encerrado en su cuarto, como de costumbre, y Clara estaba pasando la tarde en casa de una amiga, así que tenía todo el jardín para mí.

Le di a Kimmy un achuchón y la dejé masticando un juguete nuevo en la cocina mientras yo me iba muy decidida al jardín. Levanté las manos en el aire antes de dejarme caer hacia delante con decisión, pero mis pies apenas se levantaron del suelo. Más que una voltereta, aquello era casi como rodar por el suelo. Lo volví a intentar, pero el segundo intento me fue peor, y el tercero, peor aún. Tras el cuarto, ya estaba pensando en dejarlo por imposible.

Lancé un suspiro. ¿Por qué era yo la única persona del mundo que no era capaz de dar la voltereta? ¡No había derecho! Si Suzie hubiera estado allí, se habría partido de la risa. Noté que hervía de la rabia y las mejillas se me ponían coloradas al recordar a Suzie riéndose y apuntándome con el dedo después de mi humillante caída. ¿Por qué tenía que ser siempre tan mala? Seguro que para entonces ya se lo había contado a todo el equipo de gimnasia. Y ellos le habrían contado lo de mi extraña obsesión con la cicatriz. Deben de pensar que soy la mayor friki DE LA HISTORIA.

Los ojos me escocían hasta llorar, y fue entonces cuando sentí aquel acceso de energía que me recorría el cuerpo, abatiéndome los brazos, provocándome picor y cosquilleo en los dedos, y de

repente…

¡ZUUUMBA!

De las yemas de los dedos me salieron unas chispas y de las palmas de las manos unos rayos de luz que casi dejan el jardín sin césped y que terminaron en el comedero de los pájaros. Al salir los rayos, yo sentí un impulso hacia atrás, tropecé y caí al suelo. Kimmy vino corriendo desde la cocina para colocárseme encima, protectora, ladrando como loca con las orejas levantadas, sin entender muy bien lo que pasaba.

Mientras la señora Crow chillaba como una posesa, yo pensaba si echarle la culpa a un rayo o tal vez aceptar la teoría de la invasión extraterrestre.

Claro que eso fue antes de enterarme de que mis padres lo habían visto todo. Me levanté y los seguí nerviosa a la salita, para dejarme caer en el sofá de enfrente. Sintiendo que pasaba algo, Kimmy no quería apartarse de mi lado. Se colocó junto a mis pies, todavía alerta, y yo empecé a acariciarle las suaves orejas para calmarla.

—Papá, mamá, habéis visto que sin querer casi quemo el jardín, pero…

—Cielo —dijo mi madre sonriendo y echándose hacia delante—, ¡estoy tan orgullosa de ti!

Pestañeé:

—¿Cómo…?





—Aurora —dijo mi padre pensando bien sus palabras—, ¿te ha ocurrido últimamente alguna otra cosa? ¿Alguna otra cosa que te parezca un poco… rara?

Asentí con la cabeza.

—Cuando vi que el otro día se metían con Clara —admití en voz baja—, me acerqué y…, bueno, viéndola tan asustada, sentí que algo me hervía en el estómago, después me entró un ardor y fue como si me corriera fuego por las venas y, luego me saltaron chispas de luz de los dedos. Hace un momento me he sentido igual. Yo no quería estropear el jardín, lo juro.

—¿Se estaban metiendo con Clara? —preguntó mi padre preocupado—. ¿Por qué no nos lo

dijiste?

—Aurora —empezó a decir mi madre con voz amable—, sé que ahora mismo te tienes que sentir asustada. Y confusa.

—Bueno, sí. Yo le pregunté a la profesora Damsel sobre los dolores del crecimiento, pero no me dijo nada de chispas ni de rayos.

—No tiene nada que ver con los dolores del crecimiento —interrumpió mi madre con suavidad. Se volvió hacia mi padre—: Tenemos que contárselo.

Él soltó un largo suspiro y después asintió con la cabeza, como desinflado.

—¿Qué me tenéis que contar? —pregunté con curiosidad.

—Aurora —empezó a decir—, nosotras tenemos… superpoderes.

El silencio retumbó en la sala mientras ella esperaba mi reacción. Tras unos momentos, empecé a reírme.

—Muy bueno, mamá —dije riéndome, impresionada por lo bien que se le daba mantener la cara seria.

Ella intercambió con mi padre una mirada de preocupación.

—Aurora, no es una broma.

Yo pasé la mirada de la seria expresión de mi madre a mi padre. Él asentía con la cabeza, moviéndola despacio. Yo dejé de reírme: tenía un nudo en la garganta.

—¿Qu… qué?

—Todas las mujeres de nuestra familia pueden controlar la luz y la energía. Tus poderes están empezando a aparecer. Antes de tiempo, eso tengo que admitirlo; mis poderes no empezaron a aparecer hasta mucho después, después de que dejara el colegio…

—Espera un segundo… —Levanté las manos. Mi padre se agachó, tendiéndose en el sofá y tapándose la cabeza con las manos.

—¡Vamos…! —lo reprendió mi madre, mientras él me atisbaba por entre los dedos—. Ahora ella controla perfectamente sus poderes.

—Lo siento. Es por la experiencia pasada —le dijo a mi madre con toda la intención, sentándose y recolocándose el jersey.

—¿Yo tengo… superpoderes? —susurré, bajando la mirada hasta mis manos. El cosquilleo de los dedos se me estaba pasando, pero ahora todo mi cuerpo parecía dormido mientras trataba de asimilar lo que me decía mi madre.

—Sí —dijo mi madre, sonriendo—. Es hora de contarte cómo ocurrió todo. Es una larga historia.

—No creo que Aurora necesite oír la historia justo ahora, tiene bastante con lo que bregar —dijo mi padre resoplando.

—Por supuesto que necesita saberlo —dijo mi madre a través de sus dientes apretados, antes de respirar hondo y mirarme a la cara—. Mira: hace mucho, mucho tiempo, una gran oscuridad

descendió sobre el mundo. Aún no sabemos por qué, pero ¿te puedes imaginar un mundo sin luz? Completamente negro, desolado, frío… La única luz que quedaba era la aurora boreal, y hasta esa se estaba apagando.

—Kiyana —dijo mi padre suspirando y pasándose la mano por el pelo—, por favor, ¿no podríamos…?

—Mientras el resto del mundo perdía la esperanza —siguió mi madre sin hacerle caso—, una chica valerosa llamada Alba decidió tratar de hacer algo al respecto. Estaba cansada de ver sufrir a la gente. Creía que la última luz que quedaba en el mundo podía ser la clave para salvarlo, pero nadie la escuchaba. Alba no pensaba permitir que eso la detuviera. Empezó a dirigirse hacia la aurora boreal. El viaje fue muy duro y, muchas veces, Alba se vio tentada de abandonar, pero su valor la empujaba a seguir. Cuando Alba llegó a la aurora boreal, cansada y con frío, con las energías agotadas, las luces brillaban más fuerte que nunca. Fue entonces cuando ella lo encontró, el…

—¡Ya basta, Kiyana! —dijo bruscamente mi padre, levantándose y sentándose junto a mí, colocando una mano en la mía y apretándomela—. Todo esto es demasiado. Aurora, ¿quieres que te traiga un vaso de agua?

—Es más fuerte de lo que tú te crees —protestó mi madre—. Y necesita oír…

—¿Oír qué…? ¿Un montón de mitos y leyendas que han ido cambiando y tergiversándose a lo largo de los años como en el juego del teléfono? —Mi padre respiró hondo mientras mi madre fruncía los labios—. Kiyana, ni siquiera tú sabes qué es verdad y qué es ficción. Dejemos por ahora las cosas en paz.

—¿Qué tiene que ver esa Alba con lo que me pasa a mí? —pregunté yo, con el corazón palpitante. Aquello tenía que ser una especie de broma bastante rara. Y, sin embargo, ni mi padre ni mi madre se estaban riendo.

—Tú desciendes de Alba —dijo mi madre rápidamente antes de que mi padre pudiera detenerla—. Todas las mujeres de nuestra familia tienen superpoderes, que se han ido pasando desde que Alba Beam le devolvió la luz al mundo. Sus poderes se han transmitido de una generación a otra, hasta mí y ahora a ti. —Ella se detuvo y enseguida añadió—: Sus poderes y su apellido, Beam, que significa «rayo». De lo cual puedes dar gracias, ya que el apellido de tu padre es Bogglebog.

Mi padre refunfuñó por lo bajo no sé qué sobre el gran legado de los Bogglebog y el gran papel que habían desempeñado en la invención y desarrollo del matamoscas. Ninguna de las dos le hicimos caso.

—No comprendo —dije hablando despacio, con la cabeza empezando a dolerme con toda aquella información demencial—. Me estás contando que tengo superpoderes… ¿y tú también?

Mi madre asintió con la cabeza:

—Todas esas ocasiones en que me he ido de viaje de negocios…, en realidad, lo que hacía era

salvar el mundo.

—¿Todas esas ocasiones…?

—Todas y cada una de ellas. Eh… y…, bueno, también esa clase de yoga en calor del otro día. —Me sonrió como si se sintiera culpable—. Un criminal intentaba destruir una prueba que le llevaría a la cárcel, pero yo logré preservarla a costa de mi cabello. Él había convertido un secador de pelo en un arma destructiva, cosa que, puestos a pensarlo, resultaba bastante imaginativa para un malvado, pero el problema es que necesitaba electricidad. Así que, después de esquivar varios de los disparos que me lanzó con mala puntería, simplemente tiré del enchufe.

Le dio la risa de pensarlo. A mi padre le dio la tos. Yo la miré fijamente.

—¿Lo entiendes? Salí del apuro, pero el resultado podría haber sido para poner los pelos de punta.

De nuevo, el silencio retumbó en la salita.

—Ya veo que no os hace gracia mi humor. Bueno, el caso es que —dijo encogiéndose de hombros—, ahora que se manifiestan tus poderes, es el momento de que empieces a entrenar para convertirte en una superheroína tú también y salvar al mundo conmigo.

Eh… un momento… ¿Yo? ¿Una superheroína? ¿¿SALVAR EL MUNDO?? Una cosa es tener superpoderes, pero ¿cómo que yo soy una superheroína? ¡Si ni siquiera consigo dar la voltereta! ¿CÓMO VOY A SALVAR AL MUNDO CUANDO NI SIQUIERA SOY CAPAZ DE DAR LA VOLTERETA?

Mi padre se aclaró la garganta mientras yo estaba allí alucinando. Cien preguntas me nublaban el cerebro. Porque, vamos a ver, además de no poder dar la voltereta, le di un pelotazo a un profesor en la cabeza. ¿Cómo puede ser un superhéroe alguien que va dando pelotazos a los profesores? No parece una cosa muy propia de los superhéroes, la verdad. ¿Y tendré que ponerme capa? Porque los superhéroes llevan capa, ¿no? ¿Tendría que elegir el color de la capa? Suzie pensaría que yo era aún más friki si voy por el colegio con capa. Pero ¿los superhéroes van al colegio? ¿Los superhéroes tienen amigos del colegio? ¿¡Tendré que ponerme un estúpido nombre de superhéroe, tipo Superrayo Girl!? ¡¡Yo no quiero ser Superrayo Girl!! ¡ESTO ES UN DESASTRE TOTAL!

Me quedé allí sentada, anonadada, sin siquiera parpadear.

—Es mucho lo que tienes que asimilar —admitió mi madre, con la preocupación palpable en sus ojos mientras me miraba—. ¿Estás bien, Aurora?

«Mmm… Déjame pensar. ¿Estoy bien? ¿Es… toy… bien? ¿ESTOY BIEN? ¿¿ME ESTÁS TOMANDO EL PELO??».

Vamos a tomarnos un momento para recapitular todo lo que acaba de ocurrirme en los últimos minutos, ¿vale?

1. Me salen **rayos** de las manos.

2. *Me entero de que mi madre es una **superheroína.***
3. *Me entero de que soy descendiente de una larga estirpe de **superheroínas femeninas,***
4. *lo que quiere decir que seguramente mi abuela también lo era,*
5. *lo que quiere decir que seguramente no está retirada en Cornualles viviendo un apacible retiro en que se dedica a dirigir un albergue para gallinas perdidas, que es lo que me ha dicho.*
6. *Me entero de que tengo **superpoderes.***
7. *Me entero de que tengo que entrenar los antedichos **superpoderes.***
8. *Podría tener que llevar capa.*
9. *Pese a toda esta historia de superhéroes, sigo sin poder dar la voltereta.*
10. **TODA MI VIDA HA SIDO UNA MENTIRA.**

De repente, sonó el timbre de la puerta y nos dio un buen susto a todos. Mi padre fue a ver quién era, mientras mi madre venía a sentarse a mi lado, me agarraba la mano y se negaba a apartar los ojos de mí.

—Realmente no ha cambiado nada, Aurora —susurró—. Tú sigues siendo tú, y yo sigo siendo yo.

—¡Buenos días, señor! —Oímos la entusiástica voz de un hombre que llegaba por el pasillo cuando mi padre abrió la puerta—. ¡Soy del periódico local! Se nos ha informado de que ha habido un ataque extraterrestre en su jardín trasero. ¿Tiene usted algún comentario que hacer sobre nuestro inminente destino?

—¿Sabes una cosa, mamá? Creo que puede que te equivoques —susurré mientras oía a mi padre cerrándole la puerta en las narices al periodista.

Levanté la cara para mirarla a los ojos.

—¡Tengo la sensación de que ha cambiado todo!



Intenté librarme de ir al colegio al día siguiente, pero mi padre se mostró categórico en que tenía que seguir comportándome igual que siempre.

—Es importante que mantengas un equilibrio vital saludable —dijo con severidad, como si fuera un presentador del telediario o alguien así. Me quitó de encima el edredón y me acercó mi uniforme del colegio.

No había conseguido dormir nada. Después de que se fuera el periodista la noche anterior, mi padre me había preparado una taza de té y le había prohibido a mi madre que siguiera «abrumándome» con más «historias».

Alexis había bajado entonces en picado la escalera en busca de comida, con los auriculares antirruido exterior todavía puestos. Afortunadamente, gracias a la atronadora música de sus cascos, no se había enterado de nada ni había oído nada. Sí se dio cuenta de que mi madre me cogía la mano, de que Kimmy estaba sentada muy atenta a mis pies y de que nuestro padre me ponía delante una taza de té. Se bajó los auriculares de las orejas y se cruzó de brazos mientras se apoyaba contra el marco de la puerta con una expresión de regocijo en la cara:

—¿Es que Aurora se ha vuelto a caer a la taza del váter o algo así?



Si yo no hubiera estado muda de perplejidad debido a la revelación superheroica de nuestra madre, le habría dicho que lo de caerme a la taza del váter solo había ocurrido UNA VEZ, que

había sido en medio de la noche, cuando estaba todo a oscuras, y que había sido porque el idiota de Alexis se había dejado la tapa levantada. Y aquel accidente había resultado muy traumático, así que yo no apreciaba que volviera a mencionarlo, especialmente porque era CULPA SUYA que hubiera ocurrido.

Pero yo estaba totalmente alucinada, demasiado asustada para hablar, así que el comentario de mi hermano se quedó sin contestación.

Volvió a sonar el timbre de la puerta, y mi padre empezó a farfullar sobre periodistas meticones, pero resultó que era Clara, a la que acababa de traer en coche la madre de su amiga.

—Bienvenida a casa, renacuaja —oímos decir a Alexis tras ir a abrirle la puerta—. Están todos en la salita haciendo el friki.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Clara con un suspiro, pasando por entre nosotros y cruzándose de brazos—. Papá, ¿puedo ir al Campamento de Ciencias este verano? Ruby va a ir y dice que…

—Hablaremos de eso en otro momento, ¿vale? —dijo nuestro padre con alegría, tapando la situación mediante una palmada que hizo que Kimmy se pusiera en pie de un salto de emoción —. Vamos a ver: ¿quién tiene hambre? ¿Qué tal si preparo unas tortitas?

Clara y Alexis intercambiaron una mirada de desconcierto. Nuestro padre solo hacía tortitas en ocasiones muy especiales y normalmente para desayunar, no para cenar.

—Vale —dijo Alexis encogiéndose de hombros y decidiendo no investigar más—. Eso suena estupendo.

—¡Y, mientras hago las tortitas, os puedo contar más cosas de mi exposición de piedras preciosas! Podréis enteraros de todos los cotilleos de entre bastidores.

—¿Y hay alguna posibilidad de que podamos tomar las tortitas sin la charla sobre el museo? —masculló Alexis, pero nuestro padre ya estaba en la cocina, haciendo sonar las sartenes y pidiéndole a Clara que le alcanzara la harina.

Alexis fue tras ellos, mientras yo seguía sentada en el sofá como atontada y mi madre seguía apretándome la mano y susurrando lo emocionante que era todo, que yo no tenía que preocuparme y que todo iría bien.

Yo apenas la oía. Los oídos me zumbaban y la boca se me había secado, así que me costaba tragar saliva. Parecía que la salita estaba envuelta en brumas y que el cerebro no me funcionaba bien.

¿Mi madre era una superheroína? ¿Yo tenía superpoderes? ¿YO…? Todo aquello era absurdo. No había nada especial en mí. Yo no tenía nada de superheroica. No soy más que una chica normal y aburrida. No podía tener superpoderes. No tenía ningún sentido.

Y, sin embargo, me habían salido chispas de los dedos. Dos veces. Lo había visto. Lo había notado. ¿De qué otra manera se podía explicar aquello?

Y, cuando me ponía a pensar en todo eso, parecía que tenía lógica que mi madre no hubiera

estado todos aquellos meses viajando realmente por motivos de trabajo. Siempre se había ido de «viaje de negocios» en el último minuto, sin previo aviso, y nunca se había marchado con un maletín, ni un ordenador portátil ni nada de eso. El asunto aquel del yoga en calor lo mismo… NADIE se hace quemaduras ni manchas a causa del yoga en calor, y tampoco a nadie se le quema el pelo. No me puedo creer que nos colara aquella trola y nos la creyéramos.

Pero ¿salvar el mundo? ¿Mi madre, una superheroína? Mi madre, que no sabía en qué día vivía; que muchas veces guardaba las cartas importantes y las facturas a buen recaudo… en la nevera; que cada mañana cantaba en la ducha la música de *Britain's Got Talent* demasiado alto y desafinando. ¡Mi madre, que una vez en que yo había tenido un mal día, me había animado poniéndose un par de pantalones en la cabeza y zapatos en las manos!

¿¿¿EN ESTA GENTE CONFIAMOS PARA QUE SALVE EL MUNDO???

Si es así, estamos en problemas.

Pero, por otro lado, ella ganó la carrera de padres el día del deporte con mucha facilidad. Ni siquiera se quedó sin aliento y llegó muy por delante de todos los demás. Además, estaba aquella ocasión en que le dio tan fuerte a la pelota en un partido de tenis que se salió de la cancha y cruzó todo un campo. Así que, después de todo, tal vez sí que fuera una superheroína.

Entonces solo pensé que debía de tener un golpe de derecha inusualmente potente, como Serena Williams.

El resto de la noche me sentí como entre brumas. Apenas probé la comida y no pude concentrarme en ninguna parte de la conversación. Ni siquiera protesté cuando Alexis alargó la mano y me quitó una tortita del plato sin preguntarme. Cuando subí a la cama, me tendí en ella, mirando el techo. En cierto momento, pensé que todo aquello podía no ser más que un sueño muy raro, así que me di la vuelta en la cama para ver si me despertaba. No lo hice. Pero me pegué un trompazo contra el suelo. No estaba soñando. Aquello ocurría de verdad.

Y ahora, encima, me dolía el brazo.

*

—¿Todo bien? —me preguntó Kizzy, sobresaltándome, cuando me vio junto a mi taquilla mirando a la nada.

Mi padre me había dejado a la entrada del colegio, tras hacerme prometer que le llamaría enseguida si ocurría algo «extraño o peligroso». Lo cual, dicho sea de paso, me llenó de confianza.

—¿A qué te refieres? ¡Por supuesto que todo va bien! —le respondí a Kizzy con demasiado entusiasmo—. ¡Estoy totalmente bien! ¡Todo está bien! ¡Soy normal! ¡Ni más ni menos que una chica de once años normal y corriente! ¡Una persona como todas! ¡Una persona normal, eso es lo

que soy!

—¡Vale, muy bien! —respondió Kizzy riéndose y entrelazando su brazo con el mío—. Es que me dabas la impresión de estar un poco en las nubes, eso es todo. ¿Estás impaciente por la reunión?

—¿Eh?

—La reunión del señor Mercurio. —Abrió los ojos de sorpresa al ver que yo la miraba sin entender—. ¡La reunión sobre la exposición de tu padre!

—Ah… Vale. Las piedras preciosas. Sí.

De vez en cuando teníamos aquellas reuniones en las que un profesor presentaba algún tema interesante o salía el coro a cantar canciones de un musical del West End o algo así. Se me había olvidado que el profesor Mercurio iba a hacer aquel día una reunión de ciencias.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Kizzy pronunciando despacio—. Pareces… distraída.

—¡Estoy bien! De maravilla. No sé por qué me sigues preguntando. Estoy totalmente fetén.

Totalmente fetén. ¿Totalmente fetén? ¿Eso es lo que dije? ¿¡TOTALMENTE FETÉN!? Yo no había usado la palabra «fetén» EN MI VIDA. ¿¡Quién usa la palabra «fetén»!? Nadie que viva en este siglo, eso seguro.

—Mmm… Bien. Me alegro de que estés… fetén —dijo ella asintiendo con la cabeza, intentando disimular una sonrisa sin conseguirlo.

Kizzy seguía mirándome con curiosidad cuando nos sentamos en una de las filas de atrás del salón de actos y el profesor Mercurio se levantó para ir al atril. Intenté concentrarme en lo que decía, porque era el trabajo de mi padre, pero, debido a la voz monótona del profesor Mercurio, se hacía difícil prestar atención, y tenía todos aquellos pensamientos dándome vueltas a la cabeza, como…

«Tengo superpoderes. Mi madre es una superheroína. Yo desciendo de superheroínas. Esto no puede estarme pasando a mí. Tengo superpoderes. ¿Qué sucede? ¿Cómo ha ocurrido? ¿Tendré que llevar capa? Mi madre es una superheroína. ¿Cómo hago para que me salgan los rayos de luz de las manos? ¿Tengo que decir una palabra especial, como *shazam* o algo así? ¿O tengo que hacer un gesto raro con la mano, como Spiderman? No me puedo creer que mi madre me colara aquello del yoga en calor. Si el yoga en calor produjera quemaduras, la gente pondría demandas. Qué crédula soy. La gente con superpoderes seguramente no debería ser tan crédula. No puede haber un superhéroe crédulo. No es que yo sea una superheroína. ¿Lo soy? Si tengo superpoderes, ¿eso me convierte automáticamente en una superheroína? ¿Y qué pasa si en realidad soy una supervillana? ¿Uno puede elegir lo que quiere ser o ya lleva asignado el título de héroe o villano, como en el voleibol, donde te asignan una posición y no te sales de ella? No me puedo creer que me esté pasando esto. ¿Qué voy a hacer? Como si esto fuera…».

—¿Aurora Beam? ¿Aurora…?

Kizzy me dio un codazo en las costillas.

—¡Ay! ¿Qué…? —dije entre dientes.

Ella indicó con un gesto de la cabeza al profesor Mercurio. El colegio entero se había vuelto en el asiento y me miraba expectante.

—Eh…, ¡sí, presente!

Una ola de risitas cruzó el salón de actos. Suzie Bravo, unas filas delante de mí, lanzó un suspiro de impaciencia.

—Bueno, en realidad no estaba pasando lista —dijo el profesor Mercurio.

—Ah. —Las mejillas me ardían de la vergüenza—. ¿Cuál era la pregunta?

—Solo estaba diciendo que tu padre es el encargado de esas joyas únicas que se van a exponer dentro de unas semanas en el Museo de Historia Natural —explicó pronunciando lentamente y de cara al micrófono—. Me preguntaba si te gustaría decir algo sobre ellas, ya que tu familia está involucrada en un descubrimiento tan importante…

—No —chillé yo, hundiéndome en el asiento—. Estoy bien.

El profesor Mercurio chasqueó la lengua, no muy contento:

—De acuerdo, pues. Bueno, como estaba diciendo, siento un profundo agradecimiento hacia el padre de Aurora, el profesor Beam, por permitirme llevar a los alumnos de séptimo en una visita especial al museo este mismo trimestre. Si alguien tiene alguna pregunta…

Una vez que la atención de todos los estudiantes no estaba puesta ya en mí, volví a evadirme. Empecé a examinarme las manos. Parecían manos normales. Agucé la vista mirándome los dedos, estudiándolos detenidamente. Dejando aparte la cicatriz en forma de espiral de la mano izquierda, podrían ser las manos de cualquiera. No había ninguna señal de que aquellas manos tuvieran superpoderes. Nada que indicara que podían disparar rayos de luz que derribaban comederos de pájaros. Ningún indicio de que…

—¡Atención, Tierra llamando a Aurora!

Di un salto al oír la voz de Kizzy, que me sacaba de mi ensimismamiento. La reunión había acabado y todo el mundo se iba, mientras que yo seguía allí sentada, mirándome las manos. Una de las chicas que se habían metido con Clara aquel otro día dio la casualidad de que estaba en la fila de delante y empezó a reírse en plan de burla mientras yo dejaba caer las manos y me levantaba.

—¿Otra vez admirándote la cicatriz, eh? Es más o menos interesante que la exposición de piedras de tu padre —dijo con desprecio, dándole con el codo al chico que estaba a su lado. Se echaron los dos a reír antes de salir despreocupadamente del salón de actos.

—No les hagas caso —dijo Kizzy—. Solo les da envidia que tu padre tenga un trabajo tan guay.

Las dos sabíamos que eso no era verdad, pero de todos modos yo le sonreí agradecida.

A lo largo del día, me riñeron cuatro profesores distintos por no prestar atención y, en

Educación Física, un balón me pegó en la cara porque estaba distraída mirándome los pies en ese momento, preguntándome si también podría disparar rayos por los dedos de los pies.

Cuando por fin terminó el colegio, volví a dejar mis libros en la taquilla y la cerré de un portazo antes de que se me cayeran.

—¡Eh, cielo…!

Solté un grito mientras cerraba la puerta: mi madre estaba allí, justo detrás de la taquilla, sonriéndome.

—¿QUÉ DEM…? ¡MAMÁ! *¡Casi me da un infarto! ¿¡Cómo has llegado hasta ahí sin que te haya visto!?*

Ella levantó las manos y movió los dedos con alegría:

—¡Bah! ¡Cosas de superhéroes!

—¡No tiene gracia! —dije entre dientes, comprobando que nadie nos oía—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hoy te vuelves conmigo. Tu padre recogerá a Alexis y a Clara.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Dónde vamos?

—Es la hora.

—¿La hora de qué?



Una sonrisa traviesa apareció en la cara de mi madre.

—Es hora de ver, Aurora Beam, qué eres capaz de hacer.



En las películas, los superhéroes siempre tienen unas elegantes guaridas subterráneas donde guardan todo su modernísimo equipo de entrenamiento, coches velocísimos y armas increíbles.

Pero, en la realidad, resulta que los superhéroes aprenden a usar sus poderes en *parkings* abandonados.

—¿Qué es ese olor? —pregunté arrugando la nariz mientras mi madre cogía una lata vacía de refresco y la lanzaba hacia el contenedor que estaba al otro extremo del *parking*. El lanzamiento fue perfecto.

—No seas tan tiquismiquis, Aurora. Este es un lugar perfecto para empezar tu entrenamiento. Hay muchísimo espacio y es agradable y tranquilo para que te puedas concentrar. —Me observó detenidamente mientras yo me cruzaba de brazos—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —respondí encogiéndome de hombros.

—Te habrá costado concentrarte en el colegio, supongo.

—Un poco.

—Cuando tu abuela me contó que yo tenía superpoderes, me sentí tan confusa y aterrorizada que me encerré en mi armario y me negué a abrir la puerta en todo el día. Mi madre tuvo que usar el olor de los *brownies* de chocolate recién hechos para hacerme salir. Confía en mí, sé por lo que estás pasando. Aunque yo era algo mayor que tú ahora. Tus poderes se han revelado muy pronto, comparados con los de otros miembros de la familia. —Se quedó un momento callada, pensativa—. Me pregunto por qué.

—¡O sea que soy rara por partida doble! —dije casi lloriqueando—. ¡Rara porque tengo poderes, y rara porque no tenía que tenerlos todavía!

—«Rara» no es la palabra que yo usaría. Yo diría que eres muy muy especial.

—Tú tienes que decir eso, porque eres mi madre —repuse poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué hacemos aquí?

—Vas a recibir la clase número uno de la formación para superhéroes. Vamos a trabajar en el control de poderes, para que estos no exploten cuando a ellos les dé la gana. Y tenemos que

empezar averiguando qué poderes tienes.

—Un momento, ¿es que tengo más poderes? Creí entender que las mujeres de nuestra familia controlan la luz.

—Sí, es verdad, pero además parece que tenemos… dones individuales extra, digamos. —Sonrió—. No son superpoderes, lo único que pasa es que destacamos también en otras áreas. Además de controlar la luz, yo soy bastante fuerte y rápida. Algo bastante útil en las tareas de una superheroína. Tu abuela tiene una especie de capacidad sanatoria. No puede sanar las heridas en realidad, pero sí puede hacer que se pase el dolor cuando está cerca.

—¿Y la tía Lucinda?

Mi madre hizo una mueca cuando mencioné a su hermana. Nunca se habían llevado bien.

—Encanto. Se le da de rechupete persuadir a cualquiera de que haga exactamente lo que a ella se le antoja —dijo mi madre en plan crítico—. Resulta muy útil cuando se trata de quebrantar la ley.

—¿Y se te ocurre cuál será mi don especial?

Me miró pensativa.

—No lo sé, pero hay algo en ti… Nos enteraremos de lo que es. Podría desarrollarse en un estadio posterior de la vida. Yo solo empecé a ganar carreras cuando estaba en la universidad. Una vez hayamos trabajado el control de tus superpoderes, podremos empezar a fijarnos en qué más puedes hacer para ayudar a salvar al mundo. ¡Espero que sea algo que resulte útil para ir contra los criminales!

—Mamá, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Lo que sea.

—¿Cómo sabes que hay que ir a salvar el mundo?

Me dirigió una mirada rara.

—¿Qué quieres decir?

—Todas esas veces que te has ido de «viaje de negocios», ¿cómo sabías que ocurría algo malo que tenías que impedir? ¿Tenemos un radar superheroico incorporado o algo así?

Mi madre se echó a reír.

—No, Aurora, no lo tenemos.

—Bueno, entonces ¿cómo sabes que hay un tipo malvado dispuesto a atacar?

Ella respiró hondo:

—En ese aspecto, cuento con ayuda. Me lo hacen saber, cuando hay algo sospechoso por ahí.

—¿Como algún tipo de red secreta?

—De momento, vamos a concentrarnos en el entrenamiento de tus superpoderes, ¿vale? Un día te contaré cómo funciona todo, pero por ahora solo quiero asegurarme de que puedes mantener totalmente bajo control tus poderes.

Alargó la mano para darle a la mía un apretón de ánimo, antes de dejarla caer e irse toda

decidida al centro del *parking* vacío para darse la vuelta y mirarme de frente.

—Vale —dijo frotándose las manos con emoción—. Vamos a empezar.

Asentí con la cabeza, intentando no hacer caso de los nervios que tenía.

—Ven un poco hacia delante —me dijo mi madre—. Muy bien, así no tengo que forzar la voz. Ahora, respira hondo. Inspiras por la nariz, espiras por la boca. Inspiras por la nariz, espiras por la boca. Inspiras por la nariz…

Me atraganté y me dio un terrible ataque de tos.

—¡Lo siento! —dije respirando con dificultad, mientras ella se apresuraba a darme palmaditas en la espalda—. Creo que me he tragado un bicho.

—¿Por la nariz?

—Por la boca.

—Se supone que tenías que inspirar por la nariz.

—Creía que tenía que inspirar por la boca y espirar por la nariz.

—¿No me estabas escuchando? —me preguntó mi madre riéndose—. Inspiras por la nariz, espiras por la boca.

—¿Lo ves? ¡Ni siquiera soy capaz de respirar bien! —me lamenté—. Mamá, ¿estás segura de que tengo superpoderes? Llevo todo el día pensando en esto y creo que no soy material superheroico PARA NADA. Seguramente alguien como Suzie Bravo o Georgie Taylor valdría mejor para el puesto. Están en la onda, caen bien y son perfectas. A lo mejor, los rayos que me han salido son otra cosa. A lo mejor no son más que dolores del crecimiento, y lo único que pasa es que soy un poco friki. —Solté un largo suspiro—. Creo que ha habido un error.

—¿Crees que estar en la onda, caer bien y ser perfecta son las cualidades que una necesita para ser una superheroína? Entonces, tienes mucho que aprender. —Mi madre levantó una ceja mirándome—. Confía en mí, no hay ningún error. Ahora olvida toda esa negatividad, por favor, o de lo contrario no vas a lograr nada. Los hombros hacia atrás, relájate y respira hondo. Inspiras por la… —Hizo un gesto para que yo terminara la frase.

—… la nariz —dije sonriendo ligeramente.

—¡Muy bien! —Se rio y volvió a adoptar su posición inicial—. La respiración es para relajarte. Tienes que concentrarte en lo que sentías cuando te llegaron los poderes. En cómo te sentías en el jardín o en cómo te sentías el otro día en el patio de recreo. Tienes que canalizar esa energía para que tus poderes fluyan. Una vez sepas cómo hacerlos aparecer, podremos empezar a controlarlos.

Bajé la vista hasta las manos y moví los dedos.

—No tengo ni idea —admití—. Simplemente… ocurrió.

—Inténtalo —me animó mi madre—. Tómate tu tiempo, pero inténtalo.

Moví los dedos con más entusiasmo. Cerré los ojos, arrugué la cara y concentré toda mi energía en hacer que me salieran rayos de luz de las yemas de los dedos. Doblé las rodillas y

coloqué las manos delante de mí, meneando los brazos como loca mientras seguía moviendo los dedos, cerrando con fuerza los ojos para concentrarme.



—**¡TAAAAAAACHÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁÁNNNNNNNNNNNN!** —grité.

No sucedió nada.

Abrí un ojo para ver a mi madre que se tapaba la boca con una mano y le salían lágrimas tratando de no reírse.

—¿Has dicho… ***«TACHÁN»?***

Le dio una risa histérica, que le hizo agacharse agarrándose el estómago. Yo dejé caer las manos y me puse derecha. Colorada de la vergüenza, esperé a que dejara de reírse.

—Lo siento, lo siento… —Sonreía, secándose las lágrimas mientras se le seguían agitando los hombros de la risa—. ¡Tendrías que haberte visto! ¡Agachada de ese modo y poniendo esas caras! Y después… después dijiste… ***¡TACHÁN!***

Otra vez le dio el ataque de risa. Yo la miré entrecerrando los ojos.

—¡Bueno, no sé! —refunfuñé—. ¡Mis poderes no funcionan!

—***TACHÁN*** no es una palabra —dijo riéndose y dándose aire con la mano mientras trataba de recuperar la compostura—. ***¡TACHÁN!***

—¡No tiene gracia, mamá! —protesté. Estaba empezando a irritarme.

—No me estoy riendo de ti, cielo, te lo juro. Lo has hecho muy bien —dijo sonriendo—. Pero parecía que estabas precalentando para alguna especie de torneo de lucha o yo qué sé. Yo no me esperaba que hicieras…, bueno…, eso.

—Te estás riendo de mí. Yo estaba intentando que me funcionaran los poderes —repuse—. ¡Y ***«TACHÁN»*** es una palabra normal y corriente!

No debería haber repetido la palabra ***«TACHÁN»***, porque solo sirvió para que volviera a darle la risa. Vamos a ver, se suponía que ella era la adulta en aquella situación. Puede que decir ***«TACHÁN»*** quedara un poco raro, pero no más que los hechizos y palabrejas de Harry Potter, ¿no? ¿Cómo voy a saber yo qué decir? En aquel momento ***TACHÁN*** parecía lo adecuado. Como *shazam*, pero con un toque personal.

Cuanto más pensaba en ello, más vergüenza me daba todo el asunto del ***TACHÁN***. ¿Por qué tuve que decir ***TACHÁN?*** Podría haber dicho algo más molón. Suzie nunca diría algo como ***TACHÁN***. Si ella adquiriera de pronto superpoderes, seguramente chascaría los dedos y haría que los poderes volvieran a aparecer sin el más mínimo problema. Desde luego, no se quedaría en el medio de un *parking* abandonado con la loca de su madre, agachándose como una gallina y gritando ***«TACHÁN»***.

Estupendo. Ahora la palabra ***TACHÁN*** me va a perseguir de por vida.

Me puse aún más colorada y me irrité conmigo misma. Se me tensó todo el cuerpo, y después, sentí un hormigueo ya conocido que me recorría los brazos y, de repente…

¡ZUMBA!

El *parking* se iluminó con una luz cegadora cuando me salieron los rayos de las manos, y casi tan aprisa como salieron se apagaron. Levanté la cara para ver a mi madre dando saltos sin moverse del sitio, agarrándose las manos.

—¡Eso es! ¡Lo has conseguido! —exclamaba, corriendo hacia mí para darme un abrazo.

—¿Lo he conseguido? —Levanté las manos cuando ella me las soltó, y vi que me temblaban —. Estaba enfadada conmigo misma por el asunto del ***TACHN***.

Mi madre frunció los labios en un intento de no reírse de nuevo al volver a oír la palabra ***«TACHÁN»*** y asintió con la cabeza emocionada.

—Ese es tu disparador. Estabas enfadada con esos chicos que se metían con Clara. Y en el jardín…

—Estaba enfadada conmigo misma porque no conseguía dar la voltereta —expliqué—. ¿Crees que solo me pasa cuando estoy enfadada?

—No, creo que tu disparador son las emociones fuertes, como cuando la atmósfera se carga de presión justo antes de una tormenta eléctrica. Simplemente ha ocurrido que estabas enfadada

con los gamberros esos y después contigo misma. Pero creo que, cuando estés muy feliz o muy triste, también podrá ocurrir. Aurora, ahora te tienes que concentrar con todas tus fuerzas. Es importante que no dejes escapar este momento. —Me agarró los hombros y se colocó con los pies algo separados delante de mí, mirándome a los ojos—. Necesito que recuerdes exactamente cómo te sentías hace un momento. Concéntrate en ese sentimiento tan fuerte. ¿Puedes hacerlo?

—Puedo intentarlo.

—Bien. Me voy a quedar mirándote. Respira hondo —me aconsejó, dando un paso hacia atrás —. Concéntrate, Aurora.

Cerré los ojos, pero, en vez de arrugar la cara y mover los brazos, me concentré en el calor que sentía en los brazos, en la sensación de cosquilleo de las manos, en una impresión de poder abrumador que se elevaba desde los dedos de los pies, irradiando por todo mi cuerpo. Me concentré tanto que los oídos empezaron a zumbarme, y el resto del mundo se convirtió en un vago borrón al fondo.



Me fui hacia atrás con la fuerza de la luz que me salía de las manos. Mi madre gritó y movió los brazos en el aire mientras se apagaban los rayos, y yo cerré y apreté las manos, que me picaban de pura energía. Mi madre se me acercó otra vez corriendo.

—Aurora —dijo sonriéndome—, lo has conseguido. ¡Realmente lo has conseguido! ¡Sabía que podrías! ¿Qué tal fue la cosa?

—Fue una cosa… Fue una cosa… —Busqué la palabra algo aturdida y, por fin, levanté los ojos de las manos para mirarla a ella—. Fue una cosa mágica.



Al llegar a casa encontré en mi cuarto un avestruz que llevaba puesta una bata a modo de capa. Supongo que para la mayoría de la gente lo de llegar a casa y encontrarse en su propio cuarto un avestruz con capa se sale de lo ordinario, pero yo sabía muy bien qué era lo que pasaba.



—¿Alfred…?

El avestruz, que había estado mirándose en el espejo de mi cuarto, se volvió y parpadeó antes de pasar por delante de mí pavoneándose y bajar la escalera con mi bata flotando detrás al andar.

Negué con la cabeza y lo seguí hasta la salita, donde estaban mi padre, apoyado contra la repisa de la chimenea con aspecto de cansancio y, en el sofá, una señora que llevaba una diadema y miraba a mi madre al tiempo que negaba con la cabeza:

—Hay que ver, Kiyana, ¿cuándo fue la última vez que fuiste de tiendas? Me acuerdo de que llevabas esos mismos pantalones durante el último curso en el colegio. Y, en cuanto a tu marido, ya es bastante terrible que siga creyendo que las camisas de manga corta son lo último, pero alguien tiene que hablar con él antes de que sea demasiado tarde y siga degenerando hasta ponerse calcetines con las sandalias.

—Te estoy oyendo —masculló mi padre.

Alfred el avestruz se fue hacia el sofá y, con un contoneo de las plumas del trasero, se sentó junto a la dama, permitiendo que le hiciera cosquillas en el cuello. Entonces, ella me vio rondando junto a la puerta.

—¡Aurora! ¡Estás ahí!

—Hola, tía Lucinda. —Sonreí mientras se levantaba de un salto y me arrastraba a un abrazo lleno de perfume y completado con un par de besos.

—He oído que has experimentado ciertos… cambios —susurró, dándose unos golpecitos en un lado de la nariz y guiñando el ojo con toda la intención del mundo.

La tía Lucinda es la hermana gemela de mi madre, tres minutos más joven que ella. Mi madre dice que ellas empezaron a discutir en el vientre materno y que ya no pararon de hacerlo, así que las visitas de la tía Lucinda eran bastante infrecuentes. Y, en cuanto a nosotros, no podíamos visitarla a ella porque ninguno sabía nunca en qué parte del planeta estaba viviendo, de lo mucho que se movía. A la tía Lucinda le encantaban los colores brillantes, la ropa llamativa, las joyas grandes y con muchos brillos y causar todos los problemas posibles. Y nunca iba a ninguna parte sin Alfred, su mascota y compañero de travesuras, un avestruz bastante esnob.

Mi madre decía que su pícara hermana era una «carga amoral»; mi padre decía que era «difícil y frívola, pero de buen corazón»; Alexis decía que era «realmente extraña»; y Clara la había descrito una vez como una «excéntrica extravagante adicta a la teatralidad que buscaba llamar la atención excesivamente y parecía salida de las páginas de la exitosa novela de Evelyn Waugh *Retorno a Brideshead* y colocada en la sociedad moderna».



A mí me caía bien.

—Bueno —dijo ella, pasándome un brazo por el cuello y tirando de mí para que me sentara en el sofá entre ella y Alfred—, cuéntamelo todo sobre esos poderes que tienes.

Mi padre carraspeó:

—Lucinda, Aurora está pasando por un momento difícil y creo que…

—¿Ya eres capaz de controlarlos? —me preguntó emocionada, sin hacer el más leve caso de mi padre.

—Mmm… Por el momento, solo intento entenderlos —empecé a decir, intentando quitarme de la cara las plumas de Alfred—. ¿Dónde están Alexis y Clara?

—Han sacado a Kimmy de paseo —respondió mi padre, mirando por la ventana—. Kimmy no se tomó muy bien que Alfred tomara posesión de su casa pavoneándose por todas partes.

Alfred volvió la cabeza rápidamente hacia mi padre y lo miró poniendo mala cara.

—Vamos, vamos, Alfred, refrena ese carácter tuyo —le dijo Lucinda con severidad—. Por supuesto que tú no te pavoneas, él no quería decir eso. ¿A que no, Henry? Perdona si Alfred es un poco susceptible, acabamos de regresar de una excursión por Bali, y volver al frío siempre le afecta al carácter. Bueno, Aurora, tus poderes se han manifestado muy pronto. ¿Por qué crees

que será, Kiyana?

—¿Tú también eres una superheroína? —le pregunté, pensando que quizá por eso estaban siempre viajando por el mundo.

Lucinda echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada:

—¿Una superheroína? *Moi?*

Se llevó una mano al corazón y negó con la cabeza, todavía riéndose.

—¿Crees que yo tengo tiempo para ser una superheroína? No, no, a mí todas esas cosas absurdas no me interesan…

—Pero… ¿tienes superpoderes?

En respuesta, movió los dedos y le salieron unos rayos de luz roja de las palmas.

—¡Ahí va! —exclamé.

—Ya basta, Lucinda —dijo mi madre con un suspiro—. Alexis y Clara no tardarán en volver.

Lucinda puso los ojos en blanco y dejó caer las manos. La salita recobró su iluminación habitual.

—Bueno —dijo mi madre, dando una repentina palmada—, gracias, Lucinda, por hacernos esta visita, pero estoy segura de que tienes algún vuelo que coger hacia la otra punta del mundo…

—¡En absoluto! Me voy a quedar por aquí. Será una delicia ponerme al tanto de todo con mi hermana favorita.

Mi madre parecía horrorizada:

—¿Qué…?

—¿No pensaríais que me iba a perder la exposición de Henry en el Museo de Historia Natural?

Mi madre se volvió hacia mi padre, confusa. Él estaba igual de asustado que ella.

—¿Mi exposición? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡Lo vi en el periódico! ¡No me has dicho nada, Kiyana, pillina…! Lo he estado leyendo todo sobre esas piedrecitas preciosas, y me muero de ganas de acompañaros a la inauguración dentro de unas semanas. Estoy muy orgullosa de ti, Henry, que has estado al frente de ese descubrimiento maravilloso. Le he contado a todo el mundo que eres mi cuñado… Es un tema de conversación precioso.

—¿Vas a venir a la inauguración de Henry?

—Por supuesto. Me quedaré por aquí hasta entonces. Tengo un par de cosas de las que ocuparme. Ahora es tiempo de que Alfred y yo nos vayamos o no llegaremos a tiempo a nuestra reserva para la cena. —La tía Lucinda se levantó de manera muy teatral antes de que Alfred hiciera lo mismo, dirigiéndose hacia la puerta con sus andares majestuosos y mi bata a modo de capa.

—¡Hasta mañana!

Se detuvo en la parte de arriba de la escalera y se volvió hacia mí:

—Aurora: si tienes alguna pregunta sobre tus superpoderes, házmela a mí. No le hagas caso a tu madre. No todo es trabajo duro. Hay mucha diversión por delante. Tú espera y verás.

Sonrió con picardía y dejó la salita con andar majestuoso. Dio un portazo al salir.



La relación entre mis padres empeoró.

Cuando la tía Lucinda se había quedado con nosotros en el pasado, el ambiente siempre había sido un poco tenso, pero esta vez era distinto. Cuando la tía Lucinda y Alfred se fueron a cenar, mi madre recibió un mensaje en el móvil, y entonces cogió su gabardina y salió corriendo de la casa, gritando al salir que no la esperáramos. Mi padre y yo nos miramos.

—Salvar el mundo es un trabajo a tiempo completo, está claro —dijo en voz baja, antes de forzarse a sonreír y preguntarme si tenía ganas de ayudarle a cocinar.

Desde entonces, ella ha estado salvando el mundo todos los fines de semana. Alexis, Clara y yo estábamos acostumbrados a que nuestra madre saliera corriendo para «reuniones de trabajo de última hora», y que volviera a casa cuando ya estábamos todos acostados, pero ahora, gracias a mis sesiones de entrenamiento después del colegio, y a las visitas de Lucinda cada vez que le apetecía (por no mencionar el problema que mi tía había ya causado por allí debido a la costumbre de Alfred de pasearse por los caminos privados del vecindario y de picotear los capós de los coches), mi madre estaba aún más ocupada, y Alexis empezó a hacer comentarios sobre su frenética agenda.

—Tiene mucho trabajo, eso es todo —le dijo mi padre a la defensiva, cuando mi hermano comentó que ella apenas aparecía por casa—. Bueno, ¿qué peli vamos a ver? Alexis, eliges tú.

Mi padre trataba de disimular, pero yo sabía que estaba preocupado, especialmente porque él también estaba muy atareado en el museo, dado que eran los días previos a la inauguración. Cuando mi madre regresaba por fin en mitad de la noche, mis padres tenían discusiones acaloradas en su cuarto y, al final, yo siempre oía un portazo.

—No es culpa tuya —me dijo Kizzy en el colegio, cuando le confesé que se pasaban el tiempo discutiendo—. Todo se arreglará.

Pero lo que Kizzy no sabía era que SÍ que era culpa mía. Si mi madre no hubiera estado tan preocupada por tener que entrenarme para que aprendiera a manejar mis poderes, entonces tendría más tiempo para pasarlo en casa con mi padre. Pero eso no se lo podía contar a Kizzy.

—Sabía que te pasaba algo —dijo Kizzy amablemente, mientras nos atábamos los cordones de las zapatillas en el vestuario antes de la clase de Educación Física—. Últimamente parece que estás en otro mundo.

—Lo siento. —Lancé un suspiro, lamentando no poder decirle la verdad.

—No te preocupes, sé que tienes la cabeza muy ocupada. —Me pasó el brazo alrededor y apoyó mi cabeza en su hombro—. Intenta ver el lado bueno. ¡Mañana tenemos el castillo, y estará muy bien! —Se separó un poco de mí y se rio al ver mi cara desconcertada—. ¡No me digas que te habías olvidado de la excursión de Historia!

—¡Ah, claro…!

—Por lo visto, nos dejan probarnos piezas de armadura —dijo con alegría, poniéndose derecha.

—Prométeme que nos sentaremos juntas en el autobús.

—Prometido.

—¿Meñiprometido?

Levantó el dedo meñique.



Sonreí y enganché mi dedo meñique con el suyo, moviéndolo después de arriba abajo.

—No se puede romper una meñipromesa —dijo ella sentenciosamente de camino al pabellón deportivo—. Da mala suerte.

*

Cuando terminaban las clases cada día, yo esperaba que mi madre viniera a recogerme y las dos nos íbamos juntas al *parking*. Lo habíamos estado haciendo todos los días después de las clases con el pretexto de que yo iba a clase de *ballet*, cosa que Alexis encontraba HILARANTE.

—Las bailarinas de *ballet* no se caen en la taza del váter —se burló, antes de que mi padre le dijera que se fuera.

Había hecho algunos progresos en mis entrenamientos y despertaba cada día deseando el final de las clases para seguir practicando. Al cabo de unos días, podía crear rayos de luz a voluntad, aunque la cosa me llevara un par de minutos. Mi madre pensaba que a la semana siguiente podría empezar a aprender a controlar la intensidad de los rayos. Le pregunté si podría cambiar el color de la luz, recordando que los rayos de Lucinda eran rojos, pero me dijo que no. Lo cual era muy decepcionante, porque hubiera molado un montón poder crear efectos de discoteca.

Todavía no habíamos averiguado qué más era capaz de hacer, además de lo de los rayos. Hicimos algunas pruebas, como cronometrarme corriendo, ver hasta dónde podía saltar o intentar levantar el coche, pero me mostré inútil en todas ellas, así que no parecía que ni la fuerza ni la velocidad fueran mi fuerte. Solo conseguí parecer idiota.

Sí que se me daba bastante bien conseguir que mi madre se riera de mí, así que tal vez ese fuera mi poder extra.

—Hoy no hay sesión de entrenamiento, Aurora —me dijo mi madre cuando apareció junto a mi taquilla. Parecía cansada y tenía los ojos rojos y casi cerrados—. Nos vamos directamente a casa.

—¿Está todo bien? —pregunté.

—Sí, claro —respondió ella, en un tono de voz poco convincente.

La seguí hasta la salida del colegio, donde mi padre, Alexis y Clara aguardaban en el coche.

De camino a casa, guardamos todos silencio. Yo le lancé a Alexis una mirada interrogante, pero su respuesta fue simplemente encogerse de hombros. Cuando llegamos a la entrada de casa, mi padre nos pidió que fuéramos a la salita.

—Vale, me estáis sacando de quicio. ¿Qué pasa? ¿La tía Lucinda ha vuelto a robar las joyas de la Corona de la Torre de Londres? Creí que las había devuelto y que el MI5 había decidido no presentar cargos —dijo Alexis, sentándose junto a mí y Clara.

—Esto no tiene nada que ver con la tía Lucinda —dijo mi padre con amabilidad, mirando a mi madre.

Kimmy vino corriendo atravesando la cocina para saludarme. Descansó su gran cabeza en mi regazo y me dejó que le hiciera cosquillas en la barbilla. Mi madre le dirigió a mi padre un gesto de ánimo, como si le diera el pistoletazo de salida para decir lo que intentaba decir.

—Vuestra madre y yo hemos decidido separarnos —dijo mi padre en voz baja.

Dejé de jugar con las orejas de Kimmy.

—Queremos que sepáis que seguimos siendo una familia —prosiguió—. Esto no será una situación permanente, será simplemente mientras se arreglan las cosas.

Mi madre asintió con la cabeza, mostrando su conformidad con él.

—No es culpa de nadie. Nos seguimos queriendo mucho. Solo necesitamos… algo de tiempo para encontrar la mejor manera de seguir adelante.

—¿Os separáis…? —susurré yo, mientras mis ojos empezaban a empañarse de lágrimas. Kimmy me dio en la mano con su hocico húmedo y frío.

—Sí. De momento, vuestro padre se quedará aquí con vosotros, y yo me iré a otra parte. Es mejor así por mi trabajo, pero seguiréis teniéndome a vuestro lado, y seguiré acompañándote a tus clases de *ballet*, Aurora.

—¿Tenéis alguna duda sobre esto? —preguntó mi padre.

Miré a Alexis, pero él estaba con la vista fija en el suelo y la mandíbula apretada. Los ojos de Clara estaban llenos de confusión. Ninguno dijo nada.

—Solo quiero volver a recalcar que esto no es culpa de nadie. Vuestra madre y yo nos queremos, y esto no es más que una prueba, hasta que encontremos la mejor solución. Las cosas no han ido últimamente todo lo bien que nos gustaría, así que…

Mi padre se paró en mitad de la frase, cuando sus ojos encontraron los míos.

—Kiyana —dijo apresuradamente, atrayendo la atención de mi madre y señalándome con un movimiento de la cabeza.

Ella abrió completamente los ojos:

—Aurora, ¿qué tal si salimos las dos para tomarnos un respiro? Vamos.

Se levantó y me cogió de la mano. Tirando de mí, me hizo salir por la puerta y recorrer el pasillo hasta el jardín.

—Mamá, ¿qué es lo que…?

—Mírate las manos.

Había estado tan metida en lo que decían que no me había dado cuenta de que me brillaba la piel. A toda prisa me metí las manos en los bolsillos.

—Emociones fuertes —dijo mi madre con suavidad—. Me daba miedo que pudiéramos tener otro accidente en la casa parecido al del jardín.

—No pasa nada, no noto el hormigueo. Creo que estamos a salvo.

Ella asintió con la cabeza:

—Está bien.

Nos quedamos un momento en silencio. Ella removió un poco de tierra con el pie y se quedó mirando hacia delante.

—Todo es culpa mía.

—No, Aurora —dijo ella bruscamente, agarrándome del brazo—. No lo es.

—Si yo no tuviera estos poderes, entonces tú estarías más tiempo en casa y papá estaría más contento.

—Aurora, escúchame: esta separación no tiene nada que ver contigo, ni con Alexis ni con Clara. Tienes que confiar en mí.

Me mordí el labio intentando no llorar. Mi madre me echó un brazo alrededor y yo sollocé en su hombro.

—Tengo miedo —susurré. Y no estaba segura de si me refería a la separación de mis padres o a mis recién hallados superpoderes.

—Yo también —respondió mi madre con amabilidad. Se separó un poco para agacharse hasta ponerse a mi altura y me miró a los ojos—: Pero todo irá bien, eso es lo que sé.

Seguimos fuera un rato, hasta que el brillo de las manos ya no era tan evidente y, entonces entramos y vimos que Alexis se había retirado a su cuarto dando estrictas instrucciones de que no se le molestara, y Clara estaba leyendo con papá uno de sus libros favoritos de divulgación científica. Mi madre dijo que aquella noche podíamos cenar lo que quisiéramos donde quisiéramos, así que hice unas tostadas con ella y me las llevé a mi cuarto, pero cada bocado que daba me sabía a cartón.

Lo dejé, posé el plato y me puse mi pijama favorito antes de apagar la luz y meterme bajo el edredón. Pensé en llamar a Kizzy, pero me di cuenta de que era demasiado tarde para llamadas, así que me quedé acostada en la cama mirando al techo. Cada vez que dejaba que la mente se me fuera a mis padres, empezaba a sentir una vibración en la piel y el cuarto se iluminaba con el brillo de mis manos, hasta que me dolían los ojos. Hice todo lo posible para no pensar en ello y distraerme cogiendo un libro que me había dejado Kizzy. Gracias a mi luz natural, no necesitaba ninguna linterna para leer bajo el edredón.



No sé a qué hora caí dormida, pero debió de ser de madrugada, pues me desperté con la frente pegada a la primera página del capítulo quinto. Bostecé, me quité el libro de la cara y parpadeé delante de los ojos de un avestruz.

—¡Buenos días! —saludó una voz estridente desde un rincón de mi cuarto.

Chillé y me sobresalté: me pegué con la cabeza contra la pared.

—Tía Lucinda, Alfred, ¿qué estáis haciendo en mi habitación? —grité, frotándome la parte de atrás de la cabeza.

—Perdona a Alfred —dijo la tía Lucinda riéndose y señalando con la cabeza al avestruz, que acababa de apartar su cara de la mía y picoteaba mis zapatillas—. No acaba de entender el concepto de espacio personal. Sin embargo, te ha devuelto esto.

Mi tía me enseñó los restos de mi bata.

—Me temo que al final tuvo problemas para sacársela por el cuello, y tiene un pequeño desgarrón.

—¡Está completamente partida en dos trozos!

—Nada que no puedan arreglar la aguja y el hilo —dijo tranquilamente, tirando los trozos a un rincón—. Bueno, ¿estás lista para salir?

—¿Qué? ¿Tía Lucinda? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué pasa? Tengo que ir al colegio… Hoy es la excursión de Historia, y…

—He pensado que te mereces un día libre —dijo ella—. ¿No crees?

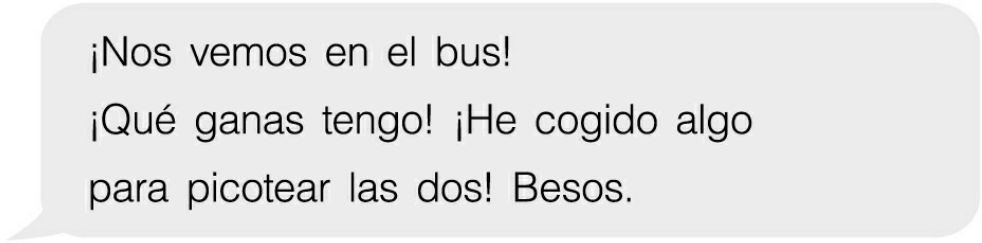
Me puse a dudar.

—Aurora —dijo con amabilidad, sentándose al borde de mi cama, con cuidado de no descolocarse el tocado de brillantes plumas azules que llevaba aquel día, que combinaban a la perfección con su vestido de seda azul y su quimono plateado—. Tú acabas de enterarte de que tienes superpoderes, de que tu madre dice que es una superheroína y, ahora, de que tus padres están pasando una mala racha. Te mereces un poco de diversión y yo tengo algunas ideas estupendas. Si alguien necesita tomarse el día libre, esa eres tú.

Su amplia sonrisa era muy contagiosa: no pude evitar sonreírle yo a mi vez.

—Y, ahora, ¿por qué no te vistes para que podamos escaparnos de aquí antes de que despierten tus padres? He pensado que podemos empezar yendo a algún sitio a desayunar. ¿Qué te parecerían unas fresas del tiempo, tortitas con arándanos y zumo de naranja con las mejores vistas al estrecho?

El teléfono dio un pitido, y lo cogí antes de que Alfred empezara a picotearlo también. Era un mensaje de Kizzy:



—Es decir —dijo la tía Lucinda levantando las cejas mientras yo leía el mensaje—, a no ser que prefieras pasar el día en un castillo frío y húmedo, rellenando un aburrido cuestionario…

La tía Lucinda tenía razón, yo necesitaba un descanso. La última semana había sido demencial, y yo no había tenido tiempo para mí. No era más que una excursión escolar, y Kizzy lo comprendería. Yo lo único que quería era alejarme de todo, olvidar que en casa todo daba asco. Aunque solo fuera por un día. Rápidamente respondí antes de meter el teléfono en el cajón de mi mesita de noche:

No puedo ir, estoy mala.
Te llamo luego. Muac.

—No, claro que puedo faltar hoy a clase —le aseguré a la tía Lucinda. Salí de un salto de la cama, pasando a toda prisa alrededor de Alfred, que se estaba colocando en las plumas mis prendedores del pelo, y abrí mi armario.

—Muy buena decisión —dijo la tía Lucinda mirándome con ojos brillantes—: ¡ha llegado la hora de ver lo divertidos que pueden ser los superpoderes!



—¿Qué hiciste?

Los grandes ojos castaños de Kizzy buscaron interrogativos los míos. Estábamos sentadas en los peldaños del colegio, mirando cómo Suzie y Georgie les enseñaban a otros de la clase un nuevo baile durante el descanso de la comida.

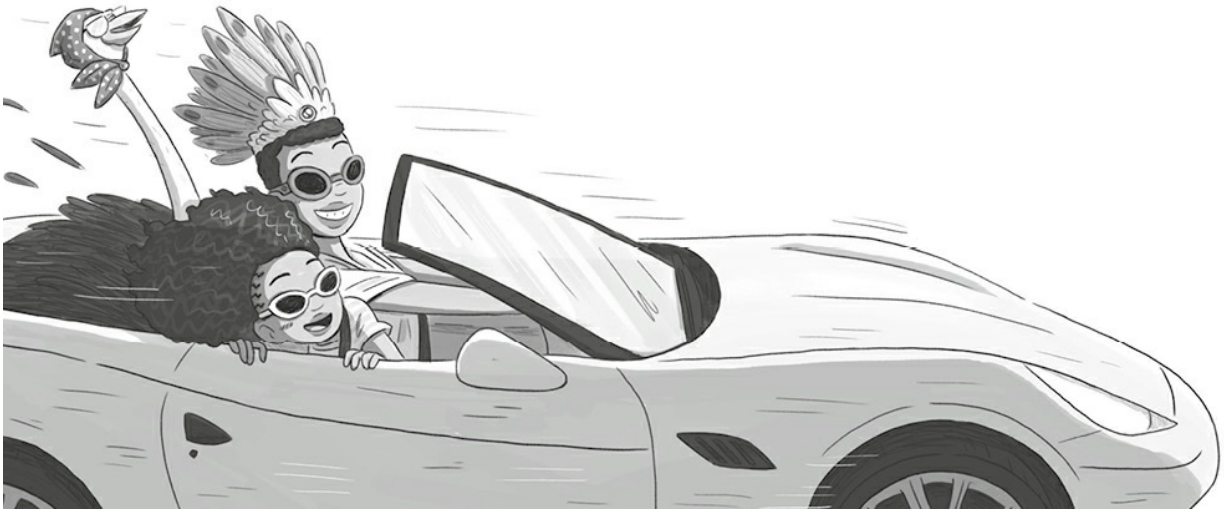
«¡Querrás decir qué es lo que no hice!», pensé yo en respuesta a la pregunta de mi mejor amiga, sonriendo para mí al pensar en el día libre que había pasado con mi tía Lucinda.

Todo había comenzado con mi tía y Alfred sacándome de casa de extranjis y subiendo a su llamativo deportivo convertible de color rojo.

—¡Jopela! —exclamé yo, agachándome para entrar en el asiento de delante—. ¿Cuándo lo has comprado?

—¿Este cacharro viejo? Ayer —dijo ella desde el asiento del conductor, poniéndose unas grandes gafas de sol y ofreciéndome otras de la guantera antes de echarme un pañuelo rosa al regazo—. Tenemos que bajar el techo por Alfred. Tendrás que ponerte eso para no despeinarte. Aunque supongo que tampoco se notaría mucho…

Le respondí con una mirada malhumorada, y ella me sonrió. A continuación, antes de que hubiera tenido tiempo de ponerme el pañuelo, pisó el acelerador y salimos zumbando por nuestra calle todavía somnolienta. Alfred se había puesto cómodo en el asiento de atrás y también llevaba un pañuelo estampado en la cabeza, y unas gafas reflectantes de aviador. La verdad es que le quedaba todo muy bien.



La tía Lucinda decidió que desayunaríamos en el restaurante más pijo de Londres, así que nos dirigimos a toda pastilla hacia la ciudad, recibiendo muchas miradas de envidia al pasar. Sintiéndome como una estrella de cine glamurosa, puse la música, y los tres empezamos a movernos al son con nuestros pañuelos en la cabeza y nuestras gafas de sol. Cuando aparcamos delante del restaurante, me sentía muy pagada de mí misma, y eso duró hasta que vi nuestros reflejos en el escaparate de una tienda.

Yo parecía una tatarabuela. En el asiento de atrás, el avestruz tenía más estilo que yo. Y ya es decir.

Dejando a Alfred en el coche con el último número de la revista *Vogue* (donde íbamos no admitían avestruces), entramos en el restaurante más magnífico que hubiera visto nunca, con suelos de mármol pulido y jarrones más grandes que yo repletos de flores. Aunque fuera temprano, el restaurante ya estaba lleno y había una cola de gente que esperaba para tener una mesa para desayunar. Le dije a la tía Lucinda que podíamos ir a otro sitio, y fue entonces cuando ella me guiñó el ojo y susurró:

—Mira esto.

Apoyándose con toda tranquilidad contra una de las columnas, abrió las manos y de sus palmas salieron unos rayos de luz roja que volcaron uno de los enormes jarrones sobre un mostrador plateado lleno de pasteles. Mientras los cruasanes y ensaimadas de canela salían volando espectacularmente por la sala, los camareros y el personal de la recepción corrían a ayudar, pidiendo a los clientes que no se asustaran, mientras estos preguntaban por los extraños rayos que podían jurar que habían visto salir de detrás de la columna.

Durante aquella conmoción, la tía Lucinda me agarró de la muñeca y con toda tranquilidad me llevó hasta una mesa vacía a la que se sentó con mucha elegancia.

—¿Lo ves? Los superpoderes no son solo para salvar el mundo —dijo riéndose de mi

expresión anonadada antes de llamar la atención del camarero más cercano y pedir todo lo más caro que había en la carta.

Y la cosa no quedó ahí. Entramos en todas partes, con mi tía Lucinda usando los rayos de luz para distraer a porteros y conserjes. Hasta pudimos colarnos en la zona vip, detrás del escenario, en el concierto de uno de mis cantantes favoritos, gracias al pequeño truco de la tía Lucinda.

Pero a Kizzy no le podía contar nada de eso.

—Si no estabas mala, ¿qué hiciste todo el día?

—Nada —dije encogiéndome de hombros—. Solo quería descansar de todo.

—Siento mucho lo de tus padres, Aurora —dijo Kizzy rodeándome con un brazo—. ¿No les enfureció que hicieras novillos?

Yo estaba preparada para que mi padre se enfadara muchísimo cuando volví a casa cargada de bolsas de tiendas de diseño, bolsas con *delicatessen* de restaurantes pijos de Londres y un pase vip para el programa *Britain's Got Talent* colgado del cuello. Pero resultó que no tenía por qué preocuparme de nada. La tía Lucinda había dejado un mensaje diciendo que yo iba a pasar el día con ella, así que se alegró de verme en casa sana y salva, y ni siquiera se enfadó porque hiciera novillos.

—Tienes mucha presión —dijo mi padre acariciándome la cabeza—. Está bien. Comprendemos que quisieras irte. Pero la próxima vez habla con nosotros en vez de hacer novillos de esa manera, ¿vale? No queremos que te metas en problemas.

Aunque hubiera roto mi meñipromesa, Kizzy intentaba ser incluso más maja de lo normal para darme ánimos frente a la separación de mis padres. Eso hizo que me sintiera aún más culpable por mentirle.

—De todas maneras, no te perdiste gran cosa con el castillo. El único momento interesante fue cuando Fred Pepe le dio a la alarma y nos evacuaron a todos. ¿Tus padres van a venir los dos a la reunión con los profesores? —preguntó Kizzy con cautela.

Yo asentí con la cabeza.

—Eso es buena señal. Se ve que están haciendo un esfuerzo. —Kizzy sonrió para animarme, notando mi expresión dubitativa—. Todo irá bien.

Pero se equivocaba. Unas horas después, cuando empezó la reunión de padres y profesores, llevábamos ya cuarenta minutos esperando a que llegara mi madre, cuando sonó el teléfono que tenía mi padre en el bolsillo.

—Ya empezamos —dijo con un suspiro, sacando el teléfono y mirando la pantalla—. Dice que llegará tarde y que empecemos sin ella. Bueno, pues vamos a ver qué tal te va.

Yo no esperaba muy buenas noticias debido a mis últimas distracciones, pero mi padre ya debía de haber puesto a los profesores al corriente de la separación, pues ninguno de los profesores fue muy duro conmigo. El señor Craft, el profesor de Arte, le dijo que yo tenía un potencial enorme, y la profesora Nimble dijo que, aunque yo no tuviera la mayor destreza natural

del mundo, siempre la había impresionado mi perseverancia.



Cuando fuimos a la mesa del profesor Mercurio, que era el momento que yo temía, hubo una conmoción en la parte de atrás de la sala, y me volví para ver a la tía Lucinda, que venía hacia nosotros llevando un vestido de fiesta verde, un paraguas azul y una copa de martini que contenía una bebida naranja brillante. Alfred trotaba tras ella llevando una gorra como la de Sherlock Holmes.

Mi padre gruñó al verla acercarse.

—¡Holaaaaaaaaa! —saludó ella con alegría, cogiendo una silla de por allí cerca y girándola para ponerla en fila con las nuestras.

—¿Qué haces aquí?

—No seas tan gruñón, Henry, que te salen arrugas. He oído que Kiyana se tenía que quedar trabajando y se me ha ocurrido acercarme. —Vio cómo la miraba fijamente el profesor Mercurio, y le ofreció la mano—. Yo soy Lucinda, la tía de Aurora. Perdone mi atuendo, no me ha dado tiempo a cambiarme después de la velada en la ópera.

—Es un honor… conocerla —masculló el profesor Mercurio, estrechándole la mano y esperando a que ella se recolocara el voluminoso vestido después de sentarse.

—Bueno —empezó a decir la tía Lucinda, dando un sorbo al cóctel—, ¿qué tiene usted que

decir sobre las capacidades de mi sobrina?



Me agaché en la silla todo lo que pude, deseando que el suelo me tragara mientras la tía Lucinda parpadeaba con sus pestañas postizas mirando al profesor Mercurio, que se había puesto muy nervioso. Suzie le susurraba algo a Georgie por encima de la mesa de la profesora Nimble, y las dos señalaban a Alfred, que se había acercado a las ventanas para picotear las cortinas.

—Esto ya no puede empeorar —le susurré a mi padre, tapándome la cara con las manos—. ¿Podemos irnos? ¡Por favor…!

Pero antes de que mi padre tuviera tiempo de responder, hubo otra ola de gritos ahogados y susurros, pues alguien más entró por la puerta. Miré por entre los dedos que me tapaban la cara para ver a mi madre, que corría por la sala.

—¡Siento llegar tarde! —dijo sonriendo y acercándose a nuestra mesa.

El profesor Mercurio la miró fijamente mientras ella le estrechaba la mano con mucho entusiasmo. Estaba tan alucinado como si hubiera visto a un fantasma. Buscando dónde sentarse, mi madre se percató de la presencia de su hermana.

—¿Lucinda? ¿Qué demonios estás haciendo a…?

—He venido a sustituirte —le informó la tía Lucinda, dando otro sorbo a su bebida y aparentemente encantada con la situación—. Fui a veros a casa y Alexis me dijo dónde estabais. Sentí que mi deber era comprobar cómo le iba a Aurora en el colegio.

—Bueno, no era necesario. Henry y yo controlamos esto.

Mi padre hizo una mueca cuando mi madre acercó una silla libre. El ruido de sus zapatos rechinando en el suelo retumbaba en el silencio de la sala.

—¿Sucede algo? —preguntó mi madre desconcertada, mirando con preocupación a su alrededor a los demás padres y estudiantes, que estaban observándola a ella.

—¿Mamá? —chillé yo, incapaz de aguantar más—. Tu… pelo.

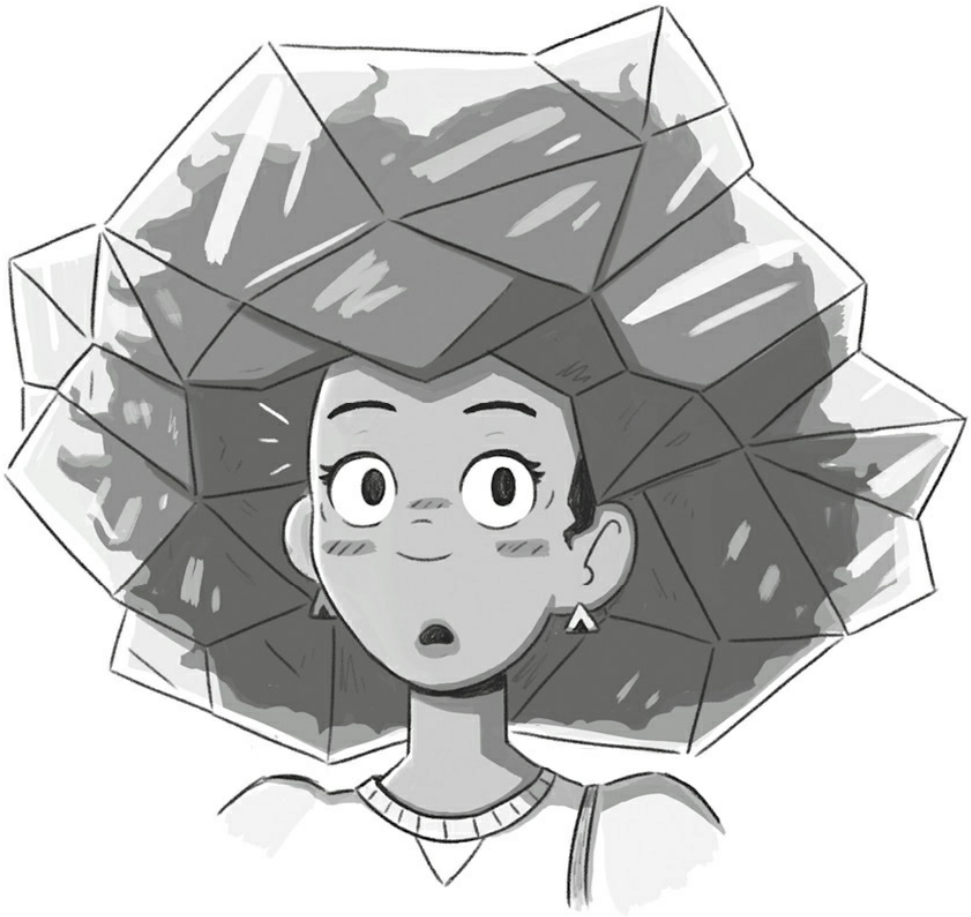
—¿Qué…? —preguntó ella.

La tía Lucinda metió la mano en su enjoyado bolso y sacó un espejito que le tendió de muy buena gana a mi madre para que se mirara.

—¡AH! —gritó mi madre, al verse en el espejito, y se levantó inmediatamente—. ¿Me perdonáis un momento?

Salió a todo correr de la sala en dirección a los lavabos. Yo me tapé la cara con las manos y

rogué que todo aquello no fuera más que un estúpido, loco y bochornoso sueño.



Pero no lo era.

—Bien —dijo mi padre con una risita, inclinándose hacia delante, sobre la mesa, tratando de arreglar la situación—, no todos los días se ve a alguien con un gran bloque de hielo encima de la cabeza, ¿verdad, señor Mercurio?

El profesor movió lentamente la cabeza en señal de negación:

—No —susurró—. No todos los días.



—¿Una pistola congeladora?

Mi madre se reía mientras yo negaba con la cabeza, sin poder creer su explicación. Era al día siguiente, e íbamos a casa en el coche, después de mi sesión de entrenamiento. Había resultado agotador, pero finalmente había conseguido lanzar rayos de las manos e iluminar el almacén abandonado en el que estábamos, mientras controlaba el chorro de energía. Solo había logrado hacerlo durante unos tres segundos, pero mi madre estaba emocionada con mis progresos.

—De esta manera —había dicho ella con una gran sonrisa en la cara—, podrás iluminar una habitación sin poner en peligro a la gente. Y eso siempre está bien.

Podía estar muy bien, pero me extraía todas mis energías. No me veía capaz de hacerlo durante mucho rato, aunque mi madre dijo que eso llegaría con la práctica, que era el objetivo de aquellas sesiones de entrenamiento.

En el coche, de camino a casa, ella aprovechó la ocasión para disculparse por el desastre de la reunión con los profesores y me contó que había tenido que detener a un científico malvado del condado de York que había inventado una pistola congeladora.

—Cualquier cosa a la que dispare se convierte en hielo. Me disparó a mí, pero me agaché justo a tiempo. Mi pelo no tuvo tanta suerte, como sabes. En cualquier caso, conseguí frenar sus malvados planes de usarlo para apoderarse del mundo, y lo entregué a la policía. Tenía planeado congelar a la primera ministra con todo el gobierno.

—¡Jope! —dije yo, mirando por la ventanilla—. ¿Cómo sabías lo que estaba maquinando?

—Ya sabes que tengo mis informadores —dijo ella con una sonrisa pícara—. Como te prometí, esa parte de las cosas la aprenderás un poco más tarde. De momento, vamos a dedicarnos a la base.

En nuestras sesiones de entrenamiento, ella había comenzado a contarme un poco más sobre su trabajo cotidiano y la clase de aventuras que había vivido en el pasado. Hasta entonces, me había contado las historias de la delincuente llamada Sorpresa del Piano, que era tan pequeña y flexible que podía meterse dentro de los pianos de cola en que se escondía durante eventos de la

alta sociedad mantenidos por figuras públicas antes de salir en medio de discursos y secuestrándolos para pedir un rescate por ellos; del Ladrón del Apagón, que cortaba el suministro eléctrico a bancos y joyerías antes de robarlos; del Gimnasta Silencioso, que robaba a miles de personas usando sus destrezas gimnásticas y un elaborado equipo de herramientas para entrar en los áticos de Londres durante la noche sin hacer ruido; y de la Bandida del Almuerzo, que invitaba a políticos poderosos a tomar tostadas con aguacate y, cuando iban al baño, les registraba bolsos y maletines, enterándose de un montón de secretos de estado que después vendía en el mercado negro.

—Lo que no entiendo es cómo conseguiste detener a todos esos malvados sin que el mundo se enterara de tus superpoderes —dije yo cuando terminó de contarme los detalles de la pistola congeladora.

—Es difícil —dijo asintiendo con la cabeza—. Afortunadamente, nadie cree a los delincuentes cuando dicen que los detuvo una mujer que podía crear y controlar la fuerza de la luz. Yo tampoco me lo creería si no supiera que esos superpoderes existen de verdad. ¿Y tú?

—Tampoco. —Dudé, pensando si debería hacer la pregunta que tenía en la cabeza, teniendo en cuenta las circunstancias por las que atravesaba nuestra familia durante aquellos días. Decidí intentarlo—. ¿Cómo se enteró papá de tus superpoderes?

—Bueno, esa es una historia interesante. —Lanzó un suspiro sin mirarme y sin apartar los ojos de la carretera.

—Tienes todo el camino a casa para contármelo.

Asintió con la cabeza:

—De acuerdo. Pues fue hace mucho tiempo, en un bonito, caluroso y soleado día en Londres, y yo acababa de volver de salvar el mundo de un personaje especialmente desagradable. Se trataba de una famosa hipnotizadora que controlaba a ciertas personas muy poderosas sin que lo supieran. Me había costado varios días averiguar cómo podría pillarla con las manos en la masa e impedírselo, pero al final lo conseguí. Yo estaba agotada, así que decidí dar un relajante paseo por Hyde Park, comprarme un helado, sentarme en la hierba y ver pasar el mundo delante de mis ojos. —Hizo una pausa—. Entonces fue cuando lo vi.

Al recordarlo, se le empañaron los ojos.

—Un grupo de alpacas enfurecidas que se habían escapado del zoo de Londres lo iba persiguiendo por todo el parque.

—¿QUÉ?

—Lo sé. —Su cara esbozó una sonrisa. Sentí una punzada de dolor al percatarme de que llevaba muchísimo tiempo sin sonreír de esa manera—. Iba corriendo por allí, gritando, cuando todo el grupo de alpacas aceleró tras él. No he visto nunca nada parecido.

—¿Por qué lo perseguían las alpacas?

—No les gusta el lila. Es un hecho bien conocido entre los trabajadores de zoos: las alpacas

no pueden soportar el color lila. Y ¿qué llevaba tu padre puesto ese día para pasear por el parque? Unos pantalones cortos de color lila. Las alpacas estaban furiosas.

—¿Así que lo atacaron?

—No llegaron tan lejos. En cuanto yo vi la que se había montado, seguí al grupo y a tu padre a un rincón más tranquilo del parque y usé mis poderes eléctricos para ralentizar a las alpacas y mantenerlas bajo control hasta que llegaran los guardianes del zoo para llevárselas.

—¿Y qué pasó entonces?





—Que rompí las reglas. Tu padre me preguntó cómo había logrado controlar a las alpacas, y yo estaba tan embelesada con sus ojos tan sinceros y aquellos pantalones cortos color lila tan tontos que le conté la verdad. —Se encogió de hombros—. Le dije que era una superheroína secreta. Se lo solté así simplemente, allí en Hyde Park, después de mantenerlo en secreto para todo el mundo durante años. Le solté toda la historia así como así. ¿Y sabes lo que hizo?

—¿Flipó?

—Ni mucho menos. Ni flipó, ni echó a correr. Me preguntó si me apetecía tomarme un gofre con melaza. Y fuimos. Y así empezó la cosa.

Esbozó una sonrisa triste.

—Espera un momento —le dije—. ¿Es por eso por lo que en vuestras fotos de boda papá lleva pantalones cortos color lila?

Ella lanzó una carcajada:

—¡Sí! Y para llegar a la ceremonia, yo fui en un coche de caballos, pero tirado por alpacas. Él se cambió y se puso los pantalones cortos de color lila para la recepción nupcial, una vez que las alpacas se alejaron del vecindario.

—Entonces, ¿esa historia es cierta? ¿No lo conociste por medio de unos amigos, como nos habías dicho? ¿Realmente, conociste a papá porque lo salvaste de un grupo de alpacas furiosas?

—Sí —reconoció mientras entraba con el coche en nuestra parcela—. Tu padre supo la verdad desde el primer momento y, sa pesar de todo, se enamoró de mí.

Apagó el motor y hubiera jurado que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero se aclaró la garganta y se volvió hacia mí con una mirada radiante, sin asomo de tristeza.

—Bueno, ya has llegado. Una gran sesión de entrenamiento la de hoy. Lo siento otra vez por lo del bloque de hielo. A partir de ahora, tengo que acordarme de comprobar mi aspecto antes de presentarme en el colegio.

—¿No quieres entrar a decirle hola a papá? —pregunté con esperanza—. No pudisteis hablar mucho ayer en la reunión con los profesores. Papá estará preparando patatas asadas rellenas para cenar, uno de tus platos favoritos. Me lo dijo esta mañana.

Ella se quedó un momento en silencio, como pensándoselo, pero después negó con la cabeza.

—Mejor no. No quiero estropearos la cena.

Me despedí de ella y salí del coche. Desde fuera, le dije adiós con la mano, con tristeza. No sé si sería porque estaba supercansada después del entrenamiento o si la historia de cómo se habían conocido ella y mi padre me había afectado de algún modo, pero, cuando se fue, esa noche no me alegró ni siquiera la escena de mi padre haciendo como que bailaba con Kimmy.



Durante los días siguientes, intenté olvidarme de lo que pasaba entre mis padres y concentrarme en controlar mis superpoderes. Si de lo que se trataba era de no pensar en los problemas, funcionaba de maravilla, y cada día se me daba mejor controlar la intensidad de la luz que salía de mis manos. Sin embargo, en el colegio estaba siempre distraída, porque me moría de impaciencia por que terminaran las clases para ir al almacén abandonado a disparar rayos hacia todos lados. No había nada que se pudiera comparar con aquella sensación de cosquilleo que me recorría cuando ponía en marcha mis superpoderes. Podía hacer que todo mi cuerpo brillara a voluntad y llenara el almacén de una luz blanca cegadora.

Era alucinante.

Pero el caso era que no importaba lo bien que una se sintiera teniendo superpoderes; todo seguía resultando triste.

Ahora que mi madre se había mudado, mis sesiones de entrenamiento eran una buena oportunidad para pasar tiempo con ella, y odiaba aquellas tardes en que mi teléfono se ponía a vibrar en el colegio y era mi ella para cancelar nuestro entrenamiento porque tenía que «ir a pararle los pies a un malvado». La casa estaba rara sin mi madre y, aunque mi padre intentaba hacer como que todo era normal, yo me daba cuenta de que estaba realmente apagado. Alexis se encerraba en su cuarto aún más que nunca. Yo le preguntaba si estaba bien, pero él me decía que no quería hablar de eso y, después, subía el volumen de sus cascos, invitándome a desaparecer.

—¿Tú llevas bien lo de nuestros padres, Clara? —le pregunté una tarde en que estábamos jugando con Kimmy en el jardín.

—He estado leyendo un libro sobre separaciones de padres en un intento de desarrollar mayor comprensión y empatía —me informó, tirando por el césped la pelota de tenis y viendo a Kimmy correr tras ella emocionada.

Yo sonreí para mis adentros:

—¿Qué dice?

—Que, como familia, tenemos que centrarnos en la autoconciencia y estar dispuestos a enfrentarnos a la manera en que nos vemos a nosotros mismos. Que no debemos sentir que nuestros padres compiten por nuestro cariño. Que lo más importante es mantener una buena comunicación, comprendiendo las necesidades cambiantes de todo el mundo y aceptando esas necesidades en la medida de lo posible para poder aprovechar los beneficios que presenta la situación para cada uno individualmente.

—Guay. ¿Y tú qué opinas?

Se quedó pensativa, mientras Kimmy dejaba caer la pelota a sus pies y movía la cola con entusiasmo. Clara recogió la pelota y se volvió hacia mí, mirándome a los ojos.

—Pues que es una mierda —dijo con un suspiro, y tiró la pelota al aire.

—Yo pienso lo mismo.

—Al menos, mamá te lleva a *ballet* casi todas las tardes —dijo—. Yo no la veo tan a menudo.

No dijimos nada más sobre el tema, pero me fastidiaba mucho saber lo triste que estaba Clara. La tía Lucinda tampoco hacía las cosas más fáciles, porque metía las narices en todos los acontecimientos familiares, como había hecho en la reunión con los profesores. Yo seguía sin perdonarle aquello y, por mucho que me dijera lo de «solo me estaba preocupando por ti, cariño», no podía olvidar la expresión de Suzie Bravo cuando, al irnos, Alfred le había picoteado la cabeza al profesor Mercurio.

Dado que mis padres apenas se hablaban, que mi tía y su avestruz doméstico lo ponían todo patas arriba y que yo pasaba la mayor parte del tiempo libre iluminando *parkings* y almacenes abandonados, me moría de ganas de tener un día de normalidad en la fiesta de cumpleaños de Kizzy. Me moría de ganas de tener la ocasión de olvidarlo todo y simplemente divertirme con mi mejor amiga.

Pero las cosas estaban a punto de empeorar.

10

Kizzy se olía que pasaba algo.

En la semana de su cumpleaños, no paraba de quejarse de que yo ya no pasaba tiempo con ella después del colegio ni de mencionar lo distraída que estaba en clase. Llevaba retraso en los deberes, y en los exámenes no me había ido nada bien. Seguía teniendo que inventar patéticas excusas para no quedar con ella cada vez que me sugería que hiciéramos juntas algo interesante. Ella pensaba que todo tenía que ver con la separación de mis padres, cosa en la que supongo que tenía algo de razón, así que no se enfadaba conmigo, aunque yo no dejaba de decepcionarla. Parecía disgustada todo el tiempo.

Hubiera querido contárselo todo sobre mis superpoderes. Sabía que ella nunca se lo diría a nadie si yo le pedía que no lo hiciera (nunca le había contado a nadie lo de aquella vez en que dormía en mi casa y oí un ruido raro, y entonces salté de la cama gritando: «¿¡QUÉ QUIERES, FANTASMA ATERRADOR!?», y resultó que el ruido no era más que ella, que se había dado la vuelta en la cama plegable), pero mi madre me había hecho prometerle que no le contaría A NADIE lo de mis superpoderes. Ni siquiera a mi mejor amiga.

Y Kizzy no era la única que me notaba algo distinto. Desde el día de la reunión de padres y profesores, yo había advertido que concitaba bastantes miradas en el colegio y que los compañeros cuchicheaban cuando me cruzaba con ellos por el pasillo. El profesor Mercurio estaba encima de mí mucho más que antes, y algo tendría que ver que el avestruz de mi tía le hubiera picoteado en la cabeza y que mi madre se hubiera presentado en la reunión llevando el pelo hecho un bloque de hielo.

—Aurora Beam: si la vuelvo a ver en las nubes otra vez durante mi clase, no voy a dudar en darle más deberes para casa, ¿está claro? —me amenazó al darse cuenta de que no había escuchado una palabra de toda su soporífera clase—. No se crea que, porque su padre nos vaya a conceder pronto esa fascinante visita en exclusiva al Museo de Historia Natural, se encuentra usted por encima de las normas. No mostraré ningún favoritismo.

—Te van a terminar castigando si no te andas con cuidado —me dijo Kizzy el día anterior a

su fiesta de cumpleaños, cuando estábamos comiendo en la cafetería del colegio. No dije nada, así que ella pasó a prestar atención a Suzie y Georgie, que estaban sentadas a la misma mesa que nosotras. Como últimamente no podía pasar tanto tiempo conmigo, cada vez pasaba más tiempo con ellas.

—Me apetece un montón que llegue mañana tu fiesta de cumpleaños, Kizzy —dijo Georgie sonriendo, pasándose por detrás del hombro su espeso y brillante cabello azabache—. ¡Gracias por invitarnos!

—¿Tienes un buen equipo musical? —preguntó Suzie, sacando su teléfono—. Tengo unas listas de reproducción increíbles para hacer ejercicios.

—¿Ejercicios? —Kizzy me lanzó una mirada de preocupación.

—Ejercicios de baile —explicó Suzie—. He estado trabajando en uno nuevo que he pensado que podría enseñaros a todas.

—Eh… ¡Vale!

—¿Quieres que lleve mi maletín de maquillaje? Si quieres puedo dar brillo a todas las caras —sugirió Georgie con orgullo.

—¿Tienes un maletín de maquillaje? —pregunté yo, impresionada.

—Bah, su madre lo recibe todo gratis, de las MEJORES marcas —nos informó Suzie—. Georgie es increíble dando brillos.

Georgie se puso colorada al oír el cumplido de su amiga. Yo nunca le había oído a Suzie decir nada agradable de nadie, pero supongo que sería porque no había pasado mucho tiempo con ella.

Tal vez no fuera tan horrible como a mí me parecía.

—Yo solo finjo que sé lo que hago —dijo Georgie riéndose.

—Me encantaría de verdad —dijo Kizzy entusiasmada—. Estoy muy emocionada, porque va a venir todo el mundo. Mi padre va a hacer tres tipos de tarta. Tiene tendencia a pasarse cuatro pueblos.

—Yo llevaré mis vaqueros nuevos —anunció Suzie, levantándose de la mesa para retirar su bandeja—. Georgie me los ha personalizado. Han quedado superbién. De todas formas, tengo que ir a hablar con la profesora Nimble sobre mi próxima competición de gimnasia. Os veo después.

Cuando se dio la vuelta para irse, de repente, soltó tal chillido que a Kizzy se le cayó el vaso de agua, y nos empapó a Georgie y a mí. Yo di un gritito y un salto cuando el agua helada me cayó en el regazo, y choqué contra el profesor Mercurio, que en ese momento pasaba detrás de mí con su bandeja de comida. Su plato de espaguetis con salsa de tomate se resbaló de la bandeja, y fue a parar **DE LLENO** a su camisa blanca.

La cafetería entera ahogó un grito.

—Aurora… Beam… —dijo el profesor Mercurio por entre sus dientes apretados, mientras se

ponía tan colorado como la salsa que le goteaba por la blanca camisa.

—¡Perdón, perdón…, perdón! —dije, apenas capaz de pronunciar la palabra—. Yo… eh…, yo…

—¡Ha sido culpa mía! —se apresuró a decir Kizzy—. Cuando Suzie gritó, yo le tiré el agua encima y, por eso, ha dado ese salto.

—¡Y la razón de que yo gritara ha sido culpa de Fred! —gruñó Suzie, mientras Fred Pepe se burlaba de ella—. ¡Mirad lo que había puesto en el suelo, junto a mi zapato!

Todos nos volvimos para mirar a Fred, que se encogió de hombros y abrió orgullosamente la mano para enseñar una caca de perro falsa.

—Culpa mía —dijo—. Me han regalado una caja nueva de artículos de broma, y pensé que podía probarla con Suzie. Pero me temo que ha salido mejor de lo esperado.

El profesor Mercurio respiró hondo con los ojos cerrados, y creo que le oí contar hasta diez en voz muy baja. Cuando volvió a abrir los ojos, todo el mundo en la cafetería lo miraba en profundo silencio, expectante.

—Esta es la última advertencia que le hago, señorita Beam —gruñó—. Una más de estas y no la castigaré solo para todo el trimestre, sino para el resto de su permanencia en el colegio. ¿Lo ha entendido?



Yo asentí con la cabeza.

—Bien. Por el momento, puede decirles a sus padres que recibirán mi cuenta de la lavandería.

Cuando le conté esa noche a mi padre el accidente de los espaguetis, lo encontró tronchante, pero yo no le veía la gracia por ninguna parte. Después de la mortificante experiencia de mi tía, llevando a su demencial avestruz a un acto del colegio, yo había conseguido atraer aún más la atención sobre mí delante de todo el alumnado. Y no por un buen motivo.

Así que al día siguiente yo ansiaba llegar a la fiesta de Kizzy lo antes posible para demostrarles a todos los de mi clase que podía portarme como un ser humano normal. O al menos fingirlo.

—¿Vienes de camino? —me preguntó Kizzy a toda prisa, cuando le cogí el teléfono.

—Casi —le aseguré yo, metiendo el regalo para ella en mi mochila. Le había comprado una preciosa pulsera a juego con la mía. Después de mi comportamiento de los últimos días con ella, quería asegurarme de que la hacía sentirse especial.

—Estoy nerviosa. ¿Qué pasa si no aparece nadie?

—Eso no va a ocurrir. Suzie y Georgie dijeron que tenían muchas ganas de ir y, si ellas van,

puedes dar por seguro que irán también todos los demás. Le caes bien a todo el mundo, Kizzy. Confía en mí: será la mejor fiesta de todas.

—Y… ¿seguro que vienes tú?

Me quedé parada, a mitad de atarme los cordones de una zapatilla:

—¿Qué quieres decir?

—Es que —dudó— últimamente me da la impresión de que me has estado evitando.

—Kizzy, yo no…

—Ya sé que has tenido que pasar mucho con tus padres y tal, pero parece que ya no hacemos nada juntas. Ni salimos por ahí como antes.

—Eso es solo porque…

—Y luego resulta que te he metido en más problemas con el profesor Mercurio, y no te aprecia mucho, que digamos, así que eso no ayuda…

—Yo no…

—Así que, si no quieres que sigamos siendo amigas, entonces…

—¡KIZZY! —exclamé, interrumpiéndola—. Tú eres la mejor amiga que tengo en el mundo. Junto con Kimmy —añadí, haciéndola reír—. Lo siento, es solo…, bueno, supongo que he tenido muchos problemas. Y me da igual lo que piense de mí ese malas pulgas del profesor Mercurio.

—Vale —dijo ella aliviada—. ¿Y me prometes que vas a venir a mi fiesta de cumpleaños? Porque, recuerda, me prometiste venir conmigo al cine la semana pasada, y te estuve esperando allí sola…

—Lo siento mucho, Kizzy —dije con mi voz más sincera—. Como te dije, sucedió algo…

Esperaba que no intentara averiguar qué era lo que había sucedido. No podía contarle la verdad: que tenía pensado reunirme con ella en el cine después del entrenamiento, pero lo hice tan bien que mi madre y yo perdimos la noción del tiempo y, cuando miré el reloj, la película ya había terminado. Seguía sintiéndome fatal al imaginarme a Kizzy esperando sola a la entrada del cine a que yo llegara.

—Lo sé —dijo—. ¿Pero me prometes que hoy no pasará nada? ¿Que vendrás?

—Es el cumpleaños de mi mejor amiga. Por supuesto que iré.

Colgué, sintiéndome fatal. Tenía que resarcir a Kizzy, y una buena forma de empezar sería asegurarme de que tenía el mejor cumpleaños del mundo. Me di un repaso de último minuto en el espejo y, entonces, me dirigí emocionada a la puerta de la habitación y la abrí.

Lancé un chillido, porque me encontré un gran pico anaranjado delante de la cara.

—¡Alfred! —dije de mal humor, mientras él levantaba la cabeza y se golpeaba contra la pantalla de la lámpara que colgaba del techo—. TIENES que aprender a respetar el espacio personal. ¿Qué haces aquí?

—¡Aurora, menos mal!

La tía Lucinda subía la escalera corriendo, sin respiración.

—¡Tenemos que irnos! —dijo agarrándome por los hombros—. ¡Ya! ¿Estás lista?

—No necesito que me lleves a casa de Kizzy, vive en esta misma calle —le informé, consultando el reloj.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —Dejó caer las manos y me miró de manera rara.

—Es el cumpleaños de Kizzy. ¿De qué estás hablando tú?

—Ay, querida, no tienes tiempo para eso. —Me cogió de la mano y empezó a arrastrarme escalera abajo—. ¡Tenemos una emergencia!

—¡Tía Lucinda! —dije con firmeza, sacudiéndome la mano al llegar abajo y esquivando por poco a Alfred, que estuvo a punto de caer sobre mi cabeza al bajar la escalera deslizándose por la barandilla—. Hoy no te puedo acompañar. Es el cumpleaños de mi mejor amiga, y tengo que estar allí. Se lo he prometido.

—Aurora… —dijo casi sin voz, llevándose una mano al corazón y negando con la cabeza—. ¿No me has oído? Es una emergencia. Es uno de los motivos por los que he venido aquí desde Bali. Imagínate lo importante que es. ¡Te necesito!

—No te lo tomes a mal, tía Lucinda, pero una reserva de última hora en un restaurante pijo no es una emergencia. —Conseguí pasar por delante de ella de camino a la puerta—. Tengo que irme.

—Aurora, si pudiera le pediría ayuda a tu madre, pero ella está ocupada ahora resolviendo otra crisis nacional. Esto es una verdadera emergencia mundial, y no puedo hacerlo sola, ni siquiera con mis superpoderes. De verdad que necesito tu ayuda —imploró—. Me temo que, queramos o no, hemos recibido estos superpoderes por un motivo.

Había algo en su voz que me hizo pararme. Parecía que realmente me necesitaba, y yo no estaba siendo razonable. Sabía que lo que decía tenía sentido y que no podía dejar de hacerle caso.

Levantó las llaves del coche y las hizo sonar.

—Podemos resolver esto y, después, te llevaré derechita a casa de Kizzy para su fiesta de cumpleaños.

—De acuerdo…

—¡Estupendo! Después te llevaré a la fiesta de tu amiga, te lo prometo. Vamos —dijo abriéndome la puerta de la calle. Nos dirigimos a su coche deportivo. Alfred nos siguió. Llevaba puesta una gabardina de mi padre, que acababa de robar del perchero que había al lado de la puerta.

—Supongo que será emocionante —admití, poniéndome el cinturón de seguridad mientras ella arrancaba el motor—. Mi primera misión como superheroína.

—Se trata de algo MUY importante, querida —asintió. Alfred y ella se miraron el uno al otro por el espejo retrovisor—. Te lo digo yo.

11

—¿Estás segura de que se trata de esto? —pregunté nerviosa, mirando a la tía Lucinda y a Alfred desde el conducto del aire.

—Sí, claro —respondió la tía Lucinda, echándose gel de manos antiséptico en las palmas después de ayudarme a subirme para que pudiera quitar la rejilla del techo y meterme dentro—. ¡Menos mal que estás tú aquí! Alfred y yo no habríamos cabido por esos conductos del aire. Ahora, como te dije, tienes que ir a gatas todo recto, coger la primera a la derecha, luego la segunda a la izquierda y, después, otra vez a la izquierda. Verás un paquete. Lo coges y lo traes aquí lo más aprisa posible.

Tragué saliva y dije que sí con la cabeza, mirando el oscuro y estrecho túnel que tenía ante mí. Le hice a mi tía Lucinda el gesto de levantar el pulgar y empecé a gatear, repitiendo en mi cabeza las instrucciones: primera a la derecha, segunda a la izquierda y otra vez a la izquierda.

Mi tía Lucinda había sido muy imprecisa sobre el paquete que teníamos que rescatar de aquel escondrijo secreto, sin duda para protegerme de su horripilante contenido, fuera el que fuera. En el coche, por el camino, me había explicado que acababa de recibir información de que un malvado delincuente había escondido hacía años un paquete en los conductos de ventilación del techo de una famosa casa de subastas. El delincuente quedaría en libertad cualquier día de estos, y era imprescindible para la seguridad nacional que no llegara a poner las manos en aquel paquete.

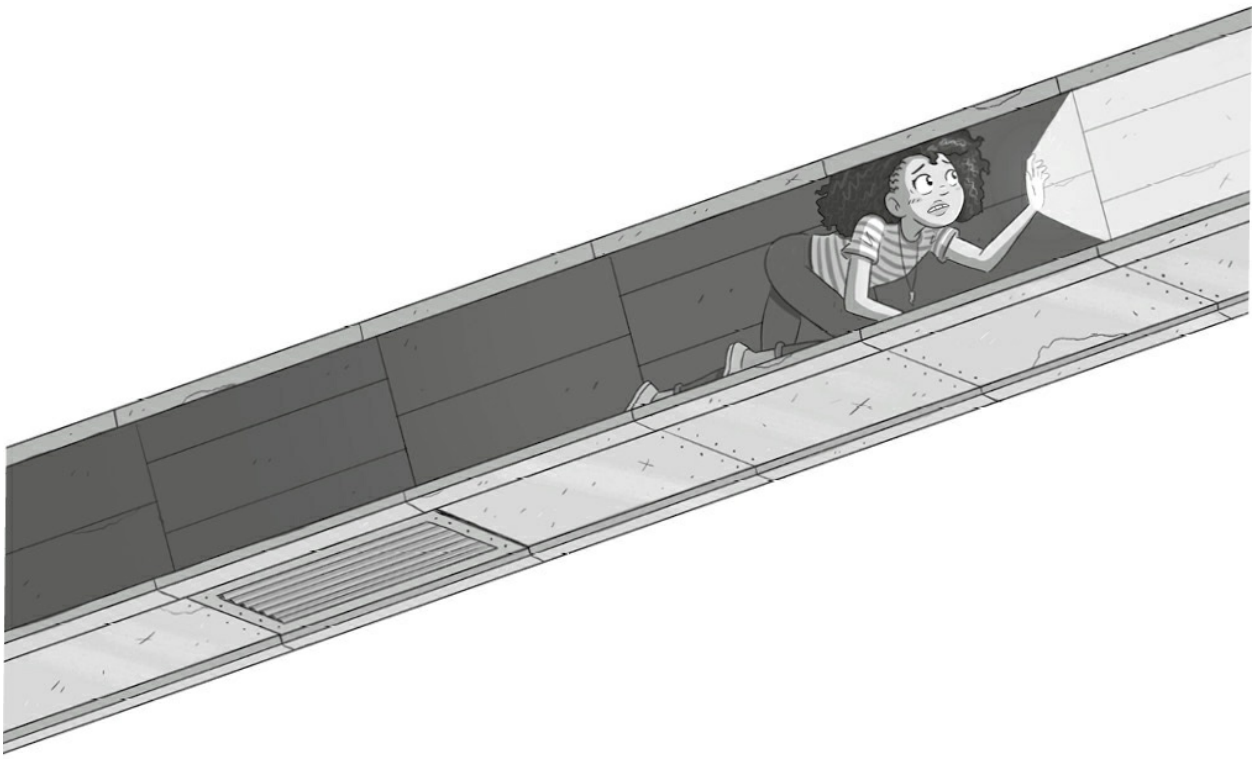
—Si no llegamos allí antes de que él lo recoja —me había susurrado mi tía Lucinda, con los ojos empañados en lágrimas de terror—, la vida tal como la conocemos cambiará para siempre.

Teníamos que penetrar en el cuarto trasero de una sala de subastas, donde había una entrada de los conductos de ventilación (mi tía Lucinda venía preparada con algunos planos del edificio). También tenía razón en lo de penetrar en los conductos: era imposible que ella hubiera podido caber. La espalda me pegaba contra la parte de arriba del túnel. Sin embargo, me sentía muy bien sabiendo que contribuía a salvar el mundo, aunque no me hiciera mucha gracia arrastrarme por la oscuridad.

Cuanto más avanzaba, más oscuro se volvía todo. Volví las palmas hacia arriba y respiré hondo, dejando a un lado mis terrores sobre el posible contenido de aquel paquete maligno, y me concentré en mis poderes, tal como me había enseñado mi madre. Unos rayos de luz salieron inmediatamente de las yemas de mis dedos, mandando un potente chorro de luz por el túnel que me permitió ver adónde me dirigía. Sonreí para mí: las sesiones de entrenamiento estaban funcionando.

—¡Bien hecho, Aurora! —oí exclamar a mi tía Lucinda por debajo de mí. Debía de haber visto la luz brillando por la abertura del conducto, sobre su cabeza.

Cuando el conducto del aire se dividió en dos caminos separados, tomé el de la derecha; y después seguí hasta el segundo giro a la izquierda.



Volviendo otra vez a la izquierda, di un grito ahogado al ver de repente una caja cubierta de polvo, colocada junto a una rejilla en el medio del túnel. Podía oír voces debajo de mí: estaba sobre la sala principal de la casa de subastas, en la que había una multitud pujando por muchos artículos preciosos, completamente inconscientes de que alguien pasaba arrastrándose por los conductos de ventilación, justo por encima de sus cabezas. El conducto crujió cuando me acerqué al paquete, obligándome a parar.

De pronto, me imaginé que el conducto cedía y yo caía a través del techo encima de todo el mundo. Me mordí el labio.

—Vamos, Aurora —me susurré a mí misma, con el corazón palpitándome en el pecho—. ¡Tú puedes hacerlo!

Seguí avanzando con cuidado, sin hacer caso del eco de otro fuerte crujido en el túnel. Al llegar lo bastante cerca, alargué la mano y alcancé la caja, tirando de ella hacia mí muy despacio. Mi tía Lucinda me había advertido de que tuviera MUCHÍSIMO cuidado con la caja cuando la cogiera, lo cual no resultaba precisamente tranquilizador. ¿Qué habría dentro? Cogiéndola con los dedos, empecé a arrastrarme hacia atrás, porque no había espacio suficiente para dar la vuelta. El paquete me ponía tan nerviosa que mi luz empezó a flojear. Intenté volver a concentrarme, pero no podía. El túnel se oscureció. ¿Ya había torcido a la derecha? ¿O era a la izquierda? Me estaba confundiendo: era al revés. De pronto, me sentí atrapada, apretada y acalorada. Empezó a entrarme pánico.

—¿Aurora?

La suave voz de mi tía Lucinda llegaba retumbando por el túnel, detrás de mí.

—¡Por aquí, Aurora! ¡Tú puedes! ¡Estoy muy orgullosa de ti!

Sintiendo mayor confianza gracias a sus palabras de ánimo y recordando que aquello lo hacía por la seguridad de otras personas, las palmas de mis manos volvieron a brillar. No con la misma fuerza de antes, sino con una luz parpadeante. Seguí arrastrándome hacia atrás, siguiendo el sonido de la voz de mi tía Lucinda hasta que mis piernas cayeron por el agujero en el que estaba ella esperándome. Alfred se colocó a toda prisa bajo mis piernas, y la tía Lucinda se estiró para cogerme por debajo de los brazos y posarme sana y salva en el suelo.

—Aquí está —musité, ofreciéndole la caja—. Lo tengo.

—¡Bien hecho! —exclamó mi tía Lucinda, cogiéndome con entusiasmo el paquete de las manos—. Lo has hecho muy bien.

De pronto, giró el cierre y abrió la tapa de la caja. Por instinto, yo me agaché y me tapé la cabeza con las manos.

—¿Qué haces? —grité, echándome al suelo—. ¿Estás loca?

Pero ella no me hizo caso. En vez de eso, abrió unos ojos como platos, totalmente emocionada, y le mostró a Alfred el contenido de la caja.

—Al fin es nuestro.

—Tía Lucinda —dije despacio, poniéndome derecha—. ¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que ahora estoy en posesión de uno de los artículos más valiosos del planeta. —Sacó de la caja un centelleante collar con un gran diamante azul que colgaba—. Este es el Diamante del Sueño. ¿Sabes cuánto vale?

—Pero… pensé… ¡Me dijiste que esto era una emergencia! Que el paquete lo había dejado aquí un malvado delincuente…

—¡Así fue, querida! Un hombre espantoso —suspiró, incapaz de apartar los ojos del diamante que reposaba en su mano—. Yo le ayudé a robarlo hace años, antes de que lo capturaran y lo

metieran en prisión. Me he pasado todo este tiempo preguntándome dónde lo habría escondido y, finalmente, he conseguido arrancárselo de las manos. Tenía que haberme imaginado que estaría aquí. Aquí fue donde lo robamos. No fue nunca el más imaginativo de los ladrones.

Sonrió y se colgó el collar, toqueteándolo y sintiéndolo seguro en su mano. Alfred lo miró de cerca y se puso a dar saltitos de una pata a la otra, emocionado.

—No te haces una idea de todo lo que he esperado para poner las manos en lo que es mío por derecho —dijo sonriendo y haciéndole cosquillas a Alfred en la barbilla—. Gracias, Aurora.

—¡Tía Lucinda! —exclamé, petrificada del susto—. ¡Me has engañado! Has usado esa habilidad de que dispones, ¿no?

—Por supuesto. Si te llego a decir la verdad no me habrías ayudado, ¿a que no? —Puso los ojos en blanco—. Has heredado esa veta de rectitud de tu madre; es un tostón. Tuve que usar contigo mis poderes persuasivos. Pero sigo estando muy impresionada con los tuyos, Aurora. —Me miró detenidamente—. Kiyana no me había contado lo fuertes que son; es muy raro que aparezcan en alguien tan joven. Me pregunto qué más serás capaz de hacer con el tiempo.

Apreté los puños.

—¡Has hecho que me pierda la fiesta de cumpleaños de Kizzy para que te ayudara a robar un diamante de valor incalculable! ¡Yo creí que estaba salvando el mundo! ¡Tenías lágrimas en los ojos! ¡Me siento traicionada!

—¡Tú también hubieras tenido lágrimas en los ojos de saber que estabas a punto de ponerte esta belleza en el cuello! Además, no es robar cuando te pertenece por derecho. El único motivo de que terminara en la casa de subastas es que mi abuelo fue lo bastante idiota como para donarlo hace décadas —dijo a la defensiva—. Y no te pongas tan dramática… Esto no es una traición, es una lección de la vida.

—¿Una lección sobre qué? ¿Sobre confiar en la gente equivocada? —grité.

—No grites, Aurora, puede oírte alguien —me hizo callar ella, mirando a la puerta que daba a la sala de subastas principal—. Una lección sobre lo que puedes conseguir si empleas bien tus poderes. No hay nada que no puedas alcanzar. Ahora —sonrió, sacando del bolso las llaves del coche—, mejor nos vamos. Tu amiguita se estará preguntando dónde estás.

Yo estaba tan furiosa que ni siquiera pude mirar a la tía Lucinda en todo el viaje, no digamos ya hablar con ella. Aunque ella no se dio cuenta: estaba demasiado ocupada admirando el diamante en los espejos de su coche cada vez que tenía la oportunidad. Yo tenía cinco llamadas perdidas de Kizzy, dos mensajes de voz y unos cien wasaps preguntándome dónde estaba. Cuando llegamos a nuestra calle, era la hora en que los padres venían a recoger a todo el mundo.

—No te enfades demasiado conmigo, cielo —dijo mi tía Lucinda en el camino a casa de Kizzy—. Llevamos en la sangre el amor a las joyas…

—¿De qué me estás hablando? —refunfuñé.

—¿No te lo ha dicho Kiyana? Para empezar, es de ahí de donde vienen nuestros superpoderes.

—Aparcó a un lado de la calzada—. Se supone, por lo menos. Nuestra antepasada, Dawn, encontró una piedra misteriosa enterrada en la oscuridad y así es como devolvió la luz al mundo.

»Por supuesto, no es más que una leyenda, pero…

—Tía Lucinda, no tengo tiempo para más mentiras ridículas —le solté, desabrochándome el cinturón, saliendo del coche y cerrando de un portazo—. Por favor, déjame en paz.

—Bueno, no hay necesidad de ponerse así —dijo con una risita mientras yo me iba—. ¡Que te lo pases bien! ¡*Ciao*, querida!

Oí arrancar su coche deportivo mientras yo corría por la entrada a casa de Kizzy y golpeaba fuerte en la puerta. No respondió nadie. Volví a llamar, esta vez más tiempo. De repente, la puerta se abrió y Georgie Taylor apareció allí, mirándome con recelo. Se había dado purpurina alrededor de los ojos en un perfecto arcoíris.

—Muy puntual —dijo ella, levantando las cejas.

—¿Está Kizzy? Tengo que hablar con ella.

—Ella no quiere hablar contigo.

—¿Qué…?

—Aurora —dijo Georgie, ablandando la expresión de su rostro—, le ha sentado un poco mal que no hayas venido. ¿No se supone que eres su mejor amiga?

—Tengo una buena razón. Fue mi tía, ella…

—La fiesta ha terminado, Aurora; se ha ido todo el mundo menos nosotras —dijo una voz detrás de Georgie. Suzie avanzó para colocarse al lado de su amiga, con los brazos cruzados y mirándome de arriba abajo con superioridad. Llevaba la misma purpurina alrededor de los ojos.

—Ya sé que parece feo, pero he tenido un buen motivo. Por favor, ¿puedo hablar con ella?

—Está ocupada —dijo Suzie con un suspiro, echándose el pelo para atrás—. Estábamos haciendo una demostración. He estado perfeccionando la voltereta hacia atrás.

Georgie y yo nos miramos mientras Suzie sacaba un espejito del bolsillo para comprobar que la purpurina seguía intacta. Cerró el espejito.

—Será mejor que volvamos, ella nos está esperando. Hasta luego —dijo, invitando a Georgie a entrar para poder cerrar la puerta.

—¡Esperad! —Saqué de mi bolso el regalo que llevaba para Kizzy—. ¿Al menos podéis darle esto?

Cuando saqué el regalo apareció Kizzy, arrastrando los pies hasta la puerta, entre Georgie y Suzie. Tenía la misma purpurina que ellas en los ojos.





—¡Kizzy! Mira, esto es para ti. ¡Feliz cumpleaños!

—Gracias —musitó ella, cogiendo el regalo.

—Kizzy, lo siento mucho, yo…

—Vale, Aurora, lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Ya sabes cómo es mi tía, ella…

—Ni siquiera me llamaste —me interrumpió, con los ojos llenos de pena.

En aquel instante, Suzie dio muestras de aburrimiento y se dio la vuelta. Se fue hacia dentro.

—Vamos, Georgie —dijo desapareciendo por el pasillo—. Tenemos que mover los muebles para hacer sitio para dar las volteretas. Quiero intentar algo nuevo para el ejercicio siguiente. Mi próxima competición es dentro de unas semanas y las volteretas hacia atrás son imprescindibles para tener el diez absoluto.

Cuando Georgie la siguió, dejándonos solas, Kizzy negó con la cabeza.

—Suzie se ha apoderado completamente de todo —susurró, mirando hacia atrás para asegurarse de que no la oían. La voz de Suzie retumbó por toda la casa, mientras bramaba órdenes de hasta dónde había que correr los sofás antes de poner música para su ejercicio.

—Kizzy… —empecé a decir, con mucha tristeza.

—Como si fuera su fiesta de cumpleaños en vez de la mía. Hemos tenido que contemplar sus ejercicios todo el día. Pero, por lo menos —dijo con un suspiro—, ella ha venido. Y Georgie ha sido realmente maja. Le ha puesto purpurina a todo el mundo y me ayudó a decorar mi mochila a juego con la suya.

—Por favor, si al menos pudieras…

—Se suponía que eras mi mejor amiga. Sin embargo, pasas de mí. Parece que no me quisieras ya a tu lado.

—¡Eso no es verdad! —protesté—. Puedo explicarlo.

—Venga, explica.

—¿Eh?

—Explica —dijo mirándome con curiosidad—. Explícame por qué no podías venir hoy, aunque me lo prometiste esta misma mañana.

—Yo… Bueno… No puedo explicarlo exactamente, pero…

—Lo sabía —dijo negando con la cabeza—. Otro secreto.

—¡Me gustaría poder explicártelo, pero no puedo! Es complicado. No lo comprenderías.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Bueno, tal vez deberías buscar a una nueva amiga que sí pueda comprenderlo.

Cerró la puerta con suavidad, dejándome delante de ella, sola.

12

—Y esta es la cantina del personal —informaba alegremente mi padre al colegio—. Aquí es donde comemos a mediodía. Los sándwiches son la bomba.

¿La bomba? ¿Acababa de decir que los sándwiches son… la bomba? Nadie había empleado esa expresión desde la última glaciación.

—Cuando Aurora era pequeña, la encontramos bajo una de estas mesas, charlando con un fósil que había robado de un expositor —dijo con una risita, guiñándome un ojo—. ¡Qué nenita tan traviesa!

¿¿¿NENITA???

La… cosa… ya… no… podía… empeorar…

Cuando el profesor Mercurio había mencionado al comienzo del trimestre que le encantaría hablar con mi padre para organizar una excursión escolar al Museo de Historia Natural, yo le dije: «Por supuesto, señor Mercurio», porque pensé, ya veis, que era un profesor nuevo y tenía entusiasmo, y yo le había dado un balonazo en la cabeza aquella misma semana, así que quería mostrarme amable con él.

Y allí estábamos, en una visita a los entresijos del museo dirigida por mi padre, que estaba contando historias de mi niñez y empleando expresiones como «la bomba». ¿¡Por qué me había castigado yo a mí misma de aquel modo!?

Mientras mi padre seguía arruinándome la vida, yo miraba a Suzie y Georgie, que todavía se reían de la historia del fósil. Kizzy estaba con ellas, fingiendo estupendamente que estaba muy interesada en todo lo que decía mi padre.

No me había vuelto a hablar desde el día de la fiesta. Se pasaba todo el tiempo con Suzie y Georgie, y yo no tenía a nadie con quien hacer pareja ni en trabajos de grupo ni en Educación Física, y tenía que sentarme sola a la hora de la comida, viéndola a ella reírse cortésmente de cualquier cosa que dijera Suzie y admirar todos los accesorios «imprescindibles» de Georgie. Y, además, ella y Georgie tenían las mochilas a juego.

Desde nuestra riña, yo no había podido concentrarme en mis entrenamientos, y mi madre

seguía dándome la lata preguntándome qué pasaba, hasta que estallé.

Esta vez con palabras, no con rayos de luz.

—¡A lo mejor es que ya no quiero tener superpoderes! —había gritado al verme incapaz de hacer algo por cuarta vez en lo que llevábamos de semana.

—¿Qué quieres decir? —me había preguntado mi madre, desconcertada.

—¡Los superpoderes me han arruinado la vida! Papá tenía razón. Hacen que una se olvide de lo que es importante. —Había cogido mi bolsa y me había secado una lágrima—. Solo quiero ir a casa.

Mi madre no respondió nada. Se limitó a asentir con la cabeza y a llevarme a casa, y esperó a que subiera a mi habitación y cerrara la puerta antes de ir a hablar con mi padre. Al oír la voz de nuestra madre, Clara había asomado la cabeza por la puerta de su habitación.

—¿Mamá está abajo? —preguntó con entusiasmo, viniendo a mi habitación con un libro bajo el brazo.

Asentí con la cabeza.



—Pero no se queda.

—Ah…

Sentí una punzada de dolor al ver su expresión alicaída y di una palmada a mi lado en la cama para invitarla a sentarse.

—Yo también echo de menos oírla por la casa. Y sé que he sido una hermana mayor espantosa —admití mientras ella se subía a la cama y apoyaba la cabeza en mi hombro—. Siento no haberte hecho mucha compañía por las tardes.

—No te preocupes, sé que has estado muy ocupada con las clases de *ballet*. Seguro que ya lo haces muy bien.

—Voy a empezar a compensarte, a ti y a todos los demás —dije con firmeza, hablando más para mí misma que para ella—. Y empezaré dejando de ir a *ballet*.

Después de esa noche, mi madre no discutió conmigo cuando le dije que no quería entrenar más y que quería dejar mis superpoderes. En vez de ir a entrenar, me iba directa a casa después del colegio y sacaba de paseo a Kimmy con mi padre y Clara, o jugaba a juegos de ordenador con Alexis, cuando me dejaba. Y como ya no me entrenaba en sus momentos libres, mi madre podía sacarnos más por ahí.

Bueno, cuando no estaba ocupada salvando el mundo.

Mi tía Lucinda se asombró cuando le dije que mi familia y amigos eran más importantes que mis superpoderes, así que a partir de entonces pensaría principalmente en ellos, pero no intentó persuadirme de lo contrario. Solo chasqueó la lengua con desaprobación, dijo que estaba renunciando a una vida de diamantes y pases vip y, luego, me preguntó si sería tan maja de ir a buscarle más hielo para su mojito.

Había aprendido la lección, y lo único que tenía que hacer era arreglar las cosas con Kizzy. La excursión al Museo de Historia Natural sería la ocasión perfecta para intentar hablar con ella adecuadamente.

Mi padre conducía a la clase desde la cantina, bajando escaleras y después a través de las salas de atrás del museo. El señor Mercurio, que estaba al cargo de la excursión, iba delante con él, haciéndole cientos de preguntas profundas y tratando de animarnos a todos para que preguntáramos también.

Mientras charlaban sobre la próxima exposición de piedras preciosas de mi padre, intenté acercarme a Kizzy, poniéndome justo detrás de ella cuando mi padre nos reunió en un grupo dispuesto a lanzar un discurso sobre las salas de minerales que teníamos ante nosotros.

Fue entonces cuando empezó a suceder.

En determinado momento yo me sentía bien, y estaba decidida a darle un golpecito a Kizzy en el hombro para llamar su atención, cuando un instante después sentí aquel calor conocido, aquel cosquilleo que me bajaba por los brazos hasta las palmas de las manos.

Negué con la cabeza. Tenía que habérmelo imaginado. Ahora que controlaba mis poderes, aquello había dejado de suceder. ¿Tal vez estuviera sufriendo un síndrome de abstinencia? Pero decidí no hacer caso y me concentré en lo que iba a decirle a Kizzy.

Pero allí estaba otra vez: una ola de calor que me recorría el cuerpo, todo el camino hasta las yemas de los dedos. Me mordí el labio y me miré las manos.

La cicatriz de mi mano brillaba.

—Aurora, ¿estás bien? —susurró Kizzy mientras mi padre seguía con la perorata.

Se había dado la vuelta y me miraba con curiosidad, antes de seguir mi mirada hasta mis manos. Ahogó un grito.

No podía arriesgarme, tenía que salir de allí antes de que sucediera algo. Sin responder a Kizzy, me di la vuelta y pasé por entre mis compañeros hasta la parte de atrás, me fui aprisa por el pasillo y doblé la esquina, metiéndome por la primera puerta que encontré y cerrando de un portazo.



Estaba en una oscura sala de almacenaje con pasillos de cajones cerrados con llave y pulcramente etiquetados. Hacía años que no entraba allí, pero la reconocí de un día en que mi padre nos había llevado al trabajo a Alexis, a Clara y a mí. Era una de las salas de almacenaje que albergaban todas las colecciones que aún no se iban a exponer al público. Recordé que mi

padre nos había mostrado orgulloso las cámaras del final de la sala, que contenían todos los objetos de cuya preservación y organización era responsable.

Afortunadamente, estaba sola. En aquel momento, parecía que las manos me ardían. No tenía ni idea de lo que pasaba. El brillo de la cicatriz de mi mano se había vuelto más intenso y se había expandido, así que me brillaban las manos enteras.

—¡Alto! —les dije a mis manos, en vano—. ¡Dejad de hacer eso!

—¿Aurora?

Chillé cuando Fred Pepe apareció entre las cajas.

—Fred, ¿qué haces ahí? —exclamé, escondiendo las manos detrás de la espalda.

—Me aburrí de oír a tu padre hablando de sándwiches, espero que no te lo tomes a mal, así que pensé en explorar un poco. En estas salas tiene cosas viejas superguays. Tendrías que ver los esqueletos de animales. —Me enseñó con cara de triunfo un hueso que llevaba en la mano—. ¡Esto es de una ballena! Ya sé que se supone que no hay que coger nada, pero pensé que podía tomarlo prestado… Espera, Aurora, ¿estás… brillando?

La puerta se abrió de golpe detrás de mí, y entró Kizzy corriendo.

—¡Estás aquí! —dijo, recuperando el aliento.

Georgie y Suzie entraron a toda prisa tras ella y cerraron la puerta.

—¿Las has traído aquí? —le susurré a Kizzy, retrocediendo mientras intentaba esconder la luz que emanaba de mí.

—La hemos seguido —respondió Georgie, cruzándose de brazos—. ¿Qué sucede?

—Ha sido una gran idea escapar, Kizzy. Esa charla era un MUERMO. ¿Por qué no podemos hacer nunca excursiones guays, como a un musical o algo así? ¿A quién le importan los dinosaurios y las piedras viejas y raras? —Suzie se paró cuando nos vio a Fred y a mí—. Eh… ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Aurora —dijo Kizzy, que parecía asustada—. ¿Qué te está pasando?

Mis manos se calentaban más y más. Solo conseguí gritar «¡AGACHAOS!», al tiempo que la energía brotaba de las palmas de mis manos y una cegadora luz blanca inundaba la sala. Necesité de toda mi concentración para controlar las chispas, cosa que no logré hasta unos segundos más tarde. Eso volvió a dejarnos en la penumbra de los tubos fluorescentes del techo y del cálido brillo de la cicatriz.

Al desmayarse, Suzie cayó haciendo un ruido sordo junto a donde estaban Georgie y Kizzy agachadas, mirándome con la boca abierta del susto.

El hueso que Fred tenía en la mano también se cayó y también hizo ruido en el suelo.

—Aurora, seguro que todas están de acuerdo conmigo si digo… —empezó, con una amplia sonrisa en el rostro— que eso ha sido ALUCINANTE.

13

El profesor Mercurio nos castigó.

Para cuando consiguió llegar a la sala, después de oír el ruido y darse cuenta de que habían desaparecido algunos de sus alumnos, Georgie y Kizzy habían ayudado a Suzie a levantarse y yo les había rogado que no le contaran a nadie lo que acababan de ver. Debido a la extraordinaria fuerza de mis poderes, las cajas y estanterías habían caído al suelo y estaban esparcidas por todas partes. Igual que nuestro jardín, que todavía se estaba recuperando, la sala parecía como si hubiera sufrido un tornado. Hacía muchísimo tiempo que yo no lanzaba rayos tan potentes.

El profesor Mercurio ahogó un grito al ver aquel desbarajuste:

—¿Qué ha pasado aquí?

Mi padre, que había ido corriendo detrás del profesor Mercurio, echó un vistazo a la zona del desastre y enseguida se volvió hacia mí. Él sabía MUY BIEN lo que había ocurrido.

—Ah, eso…, eh… Es ese cacharro del aire acondicionado —se apresuró a decir, con una risa nerviosa.

Todo el mundo se volvió hacia él.

—Hay que arreglarlo.

El profesor Mercurio lo miró como si pensara que había perdido un tornillo:

—¿El aire acondicionado ha hecho esto?

—Sí, y que os sirva a todos de lección: hay que revisar los aparatos de aire acondicionado para asegurarse de que funcionan bien. Creo que la próxima semana vienen unos becarios, y puede que les divierta poner esto en orden. ¿Alguien se ha hecho daño? ¿No? Fantástico. Pasemos a la siguiente parte de la visita, ¿os parece?

—Pero, profesor Beam… —Mercurio vacilaba, sin dejar de contemplar los daños—, con todas las cosas que hay aquí…, ¿no deberíamos comprobar que todo está en orden para las exposiciones?

—No, no se preocupe —dijo mi padre, en un tono mucho más agudo de lo normal—. Aquí lo que hay son más que nada mis notas y alguna antigüedad que no incluimos en las exposiciones

principales. Las cosas más valiosas guardadas para la exposición están en esas cámaras de atrás y, se lo aseguro, en ellas no puede entrar ni salir nada. Están muy bien aseguradas.

El profesor Mercurio asintió despacio, antes de volverse para mirarnos con aire acusador:

—¿Qué estabais haciendo aquí?

Los cinco lo miramos inexpresivamente. Yo traté desesperadamente de hacer funcionar mi cerebro para encontrar alguna excusa, pero al mismo tiempo tenía que pensar en esconder mis manos brillantes de la vista de todo el mundo. Seguía notando el cosquilleo en las yemas de los dedos y no tenía ninguna sensación de control sobre ellas.

—¿Y bien? —La cara del profesor Mercurio se ponía más y más colorada al ver que ninguno le contestaba.

—Un hueso de ballena —soltó Fred.

—¿Perdona?

—Un hueso de ballena —repitió Fred, lanzando los ojos por el desorden que lo rodeaba—. ¡Ajá! ¡Aquí está!

Se agachó y sacó el hueso de ballena que había cogido antes de debajo de un montón de libros y monedas viejas que se habían salido de su caja. Se lo entregó a mi padre.

—¿Estabais aquí buscando… un hueso de ballena? —preguntó el profesor Mercurio, desconcertado y con el ceño fruncido.

—Sí, eso es —intervino Georgie, muy segura—. Oímos que faltaba y pensamos que podríamos ponernos a buscarlo. De nada, profesor Beam.

—Pero ¿quién os dijo que…?

—¡Excelente trabajo de equipo! —dijo mi padre con entusiasmo, comprendiendo—. Este hueso era de suma importancia para…, ¡bueno, para la muestra de huesos de ballena! Sus alumnos han resultado de gran ayuda, señor Mercurio.

—Bueno —dijo Mercurio con acritud—, no me importa lo útiles que puedan ser, el caso es que no deberían andar fisgoneando por un museo que tiene objetos valiosos que no les pertenecen.

—Nosotros nunca robaríamos nada —dijo Georgie, ofendida.

—¡Efectivamente! Y si robáramos algún hueso de ballena, lo devolveríamos en unas semanas, así que sería más bien como un préstamo —añadió Fred indignado, antes de que Georgie le hiciera callar.

—Bueno, ninguno de vosotros debería haber ido a ninguna parte en este museo sin mi permiso —nos reprendió el profesor Mercurio—. Mañana os quedaréis castigados en el colegio después de clase.

—No me siento bien —dije de repente. El cosquilleo de las yemas de mis dedos se convertía en una sensación cada vez más calurosa—. Tengo que salir.

El profesor Mercurio me miró con recelo, entrecerrando los ojos, pero afortunadamente no

hizo más preguntas. A regañadientes, dijo que me acompañaba fuera, pero mi padre insistió en ir él conmigo. Le pidió a uno de sus colegas que siguiera con la visita y le pidió al profesor Mercurio que regresara con los demás adonde estaba el grupo. Tan pronto como mi padre y yo llegamos a lo alto de la escalera y salimos por la salida de emergencia, me dio una corriente de aire fresco y enseguida me sentí mejor.

—Lo siento mucho —dije, resoplando y sentándome en la acera.

—¿Qué pasó? —preguntó mi padre, sentándose a mi lado con expresión preocupada.

—¡No lo sé! Mis poderes… No pude controlarlos. Fue como aquella vez, cuando se metieron con Clara. O cuando lo del jardín. Solo que más fuerte. No puedo explicarlo. —Lancé un suspiro —. Papá, siento mucho el estropicio en la sala. Mucho.

—No te preocupes por eso. Vamos, te llevo a casa.

Cuando llegamos a casa, mi madre caminaba de un lado al otro de la entrada, preocupada, y en cuanto salí del coche me abrazó. Mi padre debía de haberla llamado mientras iba a coger las cosas de su oficina y yo aguardaba por él. Fue conmigo hasta el sofá mientras mi padre ponía un cazo al fuego. Kimmy vino corriendo de su camita, me saltó al regazo y me empezó a lamer la cara.

—Cuéntame qué pasó exactamente —me pidió mi madre, echando a Kimmy al suelo con suavidad.

Eso hice. Permaneció sentada, escuchando, mientras yo se lo contaba todo. Asentía pacientemente con la cabeza y no dijo nada hasta que terminé. Mi padre nos trajo dos tazas de chocolate caliente y se sentó con la suya en el otro sofá, enfrente de nosotras.

—¿Y no tenías ningún tipo de control?

—Ninguno. —Respiré hondo—. Mamá, me dio mucho miedo.

—Tranquila. —Sonrió, poniendo una mano encima de la mía—. Tienes demasiadas preocupaciones. Tienen que haber afectado de algún modo a tus poderes.

Negué con la cabeza:

—No es eso. Algo lo provocó.

—Quería hablar contigo, Aurora —dijo mi madre bajando los ojos—. Quería disculparme por presionarte demasiado. Por hacerte trabajar tan duro. Especialmente con todo lo que está pasando. Esto ha ocurrido por culpa mía.

—No es culpa tuya —protestó mi padre—. Y, si lo es, entonces es tanto mía como tuya.

Mi madre le sonrió agradecida y dio un sorbo a su chocolate caliente.

—¡Le has puesto sirope de avellana! —dijo con entusiasmo.

—Tu favorito. —Mi padre se puso colorado—. Siempre pensé que lo decías para quedarte conmigo, pero… he decidido probar, y resulta que tenías razón; le queda muy bien al chocolate.

Pasé la vista de mi madre a mi padre y otra vez a mi madre.

Era un momento muy tierno y tal, por supuesto, pero, VAMOS A VER, ¡casi hago saltar por

los aires el Museo de Historia Natural! No era ocasión de ponerse a hablar del sirope de avellana.



Intenté explicarles que aquella vez había habido algo distinto, pero mi madre estaba convencida de que se trataba de una «sobrecarga emocional» debida a todas las presiones a las que estaba sometida, y mi padre estaba de acuerdo. Así que no discutí y me fui a la cama temprano para intentar descansar, pero ¿cómo iba a descansar? Lo único que pensaba era que no podía controlar mis superpoderes. En el museo me había ocurrido algo, y yo no sabía qué. ¿Qué le pasaba a mi cicatriz? ¿Por qué brillaba de esa manera y por qué la sentía en aquel momento como en carne viva, como si fuera una herida reciente, cuando resulta que había nacido con ella? ¿Y qué les iba a decir a Kizzy y a los demás? Habían visto rayos de luz salir de mis manos. No podía decirles nada que explicara el incidente.

La primera táctica que intenté fue simplemente tratar de eludir al día siguiente a los cuatro testigos. Lo estaba haciendo bastante bien (evitando muy a propósito sus miradas en las clases y escondiéndome en el almacén del teatro en los descansos) hasta que el profesor Mercurio me recordó que estaba castigada después de su clase, al final del día. Intenté escaparme. Dije que no me encontraba bien, como el día de la excursión, pero él se limitó a levantar las cejas mirándome y dijo:

—Alguien que se encuentra lo bastante bien para repetir postre se encuentra bien para resistir un castigo.

Cosa que no es cierta, porque los enfermos siempre comen helado.

Pero aunque hice ese comentario, él se limitó a mover la mano en un gesto de impaciencia para indicarme que lo dejara en paz y me sentara. Suzie, Georgie, Kizzy y Fred me miraban fijamente mientras yo me sentaba al otro lado del aula. Hice como que no me daba cuenta, saqué mis deberes y empecé a pasar las páginas del libro con aire inocente.

—Bueno, vuelvo en cinco minutos —dijo el profesor Mercurio bostezando cuando llevábamos unos minutos de castigo, y se levantó haciendo chirriar la silla.

—¡Espere! ¿Qué…? —chillé, sabiendo que, en cuanto me quedara a solas con ellos, me freirían a preguntas—. ¿Adónde va?

—A los aseos —respondió el profesor Mercurio, mirándome extrañado—. ¿Tiene usted algún inconveniente?

—¿Está seguro de que no se puede aguantar? Ya sé que dicen que es malo para la vejiga, pero ¿qué saben ellos?

¿CÓMO SE ME OCURRÍA MENCIONAR LA VEJIGA?

El profesor Mercurio parpadeó:

—No, señorita Beam, no me puedo aguantar. No es que eso sea de su incumbencia. Y sí que es, se lo aseguro, malo para la vejiga. Y ahora vuelva a sus tareas antes de que decida castigarla una semana por ser una descarada.

Salió del aula, negando con la cabeza y murmurando algo sobre lo raros que eran los alumnos de aquel colegio.

—Entonces —dijo Fred mientras yo hacía como que estaba muy ocupada—, ¿no nos quieres explicar lo que pasó ayer?

—Llevas todo el día evitándonos —comentó Kizzy.

—¿Qué? ¡No, no os he evitado! —dije riéndome como despreocupadamente.

—¿De verdad? —preguntó ella con un asomo de sonrisa—. Y, a la hora de comer, ¿no te escondiste en el armario del almacén del teatro?

—Un momento, ¿cómo lo sabes?

—Porque te conozco perfectamente.

—Eso no es lo importante ahora —observó Georgie—. La pregunta es: ¿qué fue lo que pasó? Tenemos derecho a saberlo.

Suzie me miró aguzando la mirada:

—¿Eres un extraterrestre?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué piensas que soy un extraterrestre?

—Porque empezaste a brillar y después te salieron de las yemas de los dedos todas esas chispas, de repente se llenó la sala con un estallido de luz, como un relámpago, dejándonos a

todos ciegos por un rato —explicó Fred—. Suzie pensaba que podías ser un extraterrestre. Yo me imagino que será algún experimento científico que ha salido mal, más que nada porque tu padre es profesor.

Yo levanté las manos, y Suzie se estremeció.

—Yo no soy ningún extraterrestre y tampoco ningún experimento científico que haya salido mal. Será mejor que lo olvidéis, ¿vale?

Fred negó con la cabeza.

—De eso nada, no te vas a escabullir tan fácil. ¿Qué pasa?

—¿No podemos olvidarlo? Tenemos un montón de trabajo que hacer. ¡Eso no fue nada!

—Aurora, ¿cómo que no fue nada? —preguntó Kizzy en voz baja—. Por favor, cuéntanoslo.

Suspiré y cerré los ojos. Sabía que no me iban a dejar en paz. Pensé si explicar algún tipo de mentira, pero no había nada que pudiera explicar completamente lo ocurrido en el museo, salvo la verdad. Habían visto cómo me brillaban las manos y cómo salían los rayos de ellas.

—Está bien —dije respirando hondo—. Yo tengo como… superpoderes.

Se hizo un profundo silencio antes de que Fred empezara a gritar y a dar puñetazos al aire. Suzie cogió su libro de ciencias y se empezó a abanicar con él.





—¡Esto es SUPERGUAY! —exclamó Fred, dando botes en el asiento—. ¿O sea que eres una superheroína? ¡Lo sabía!

—¡No!

—¡No me lo puedo creer! —musitó Kizzy—. ¿Superpoderes?

—Ya sé que suena increíble, pero…

—Lo vimos los cuatro —dijo Fred con entusiasmo—. Así que sí que nos lo creemos.

—Por favor, olvidad lo que visteis.

—Eso va a tardar en ocurrir —dijo Fred resoplando y mirándome con admiración—. Entonces, ¿qué eres capaz de hacer? ¿Eres ultrarrápida? ¿Superfuerte? ¿Te puedes hacer invisible? ¿Puedes volar? ¿Puedes leer la mente de otras personas? Por ejemplo, ¿puedes saber lo que estoy pensando yo ahora?

—¡No, nada de eso! Solo los rayos de luz. Pero, por favor, tenéis que prometerme no contárselo a nadie —les rogué—. Es muy importante que no se entere nadie más.

—Esto es como una peli de Marvel —dijo Fred, con los ojos como platos de pura emoción.

—No, no lo es. No soy una superheroína ni lo seré nunca. Lo que visteis fue una cosa puntual y no volverá a ocurrir. Prometedme que no se lo diréis a nadie.

Antes de que ninguno pudiera responder, se abrió la puerta y volvió a entrar en el aula el profesor Mercurio.

—Se acabó el jolgorio —bramó, sentándose detrás de su mesa y cogiendo su libro—. ¡A trabajar!

Volví a mirar mi libro y, cuando los ojos se me llenaron de lágrimas, intenté esconder la cara.

Mi secreto había dejado de ser un secreto.

14

Durante el resto de la semana, me sentí más sola que nunca.

No paraba de ver a Kizzy, Georgie, Suzie y Fred haciendo corro, cuchicheando y mirándome. Sabía que hablaban de mí y, conociendo a Suzie, seguramente estarían diciendo cosas malas, así que yo los evitaba, aunque Kizzy intentó acercárseme más de una vez. Pese a que les había dicho varias veces durante el castigo que yo había renunciado a mis poderes, el hecho de que se hubieran enterado de que los tenía me convertía en una friki a sus ojos. Además, habían visto lo que me había pasado en el museo, así que apenas podían confiar en mí para que controlara mis propios poderes. Me daba miedo que Suzie se lo contara a alguien y me expulsaran del centro. Ningún padre querría alguien como yo cerca de sus hijos.

Además, la ausencia de mi madre parecía aún más evidente aquellos días, porque normalmente, cuando ella «trabajaba hasta tarde», mi padre estaba por allí, pero debido a la cercana exposición, muchas tardes él también se quedaba hasta tarde en el museo. Y entonces él empeoraba aún más las cosas, pidiéndole a la tía Lucinda que nos recogiera del colegio y nos dejara en casa los días en que no le daba tiempo a él. Yo argumenté contra aquella desastrosa decisión, recordándole cómo era ella. Pero mi padre insistió en que la tía Lucinda era la única persona a la que le podía pedir una cosa así tan en el último momento.

—¿Dónde está mamá? —refunfuñaba una tarde Alexis en el asiento de delante, mientras la tía Lucinda explicaba que nuestro padre se había tenido que quedar en el trabajo, y Clara y yo teníamos que apretarnos para caber en la parte de atrás junto con Alfred.



No sabréis lo que es un viaje en coche incómodo de verdad hasta que hayáis compartido el asiento de atrás con un avestruz malhumorado.

Se sientan con las piernas muy separadas.

—Un genio malvado está intentando apoderarse del mundo desde una isla de Escocia usando un lanzacohetes —explicó, comprobándose el lápiz de labios en el espejo, mientras yo me quedaba paralizada—. Vuestra madre ha tenido que ir a pararle los pies.

¿¡Cómo se le ocurría decir LA VERDAD!? ¿Había perdido el juicio?

—Claro —dijo Alexis con un suspiro—, o sea que se ha tenido que quedar en una reunión. No me dejéis que tenga un trabajo de oficina cuando sea mayor. El horario es espantoso.

Respiré aliviada, mientras la tía Lucinda me miraba a los ojos por el espejo de la puerta y me guiñaba un ojo. Mientras esperábamos con paciencia dentro del coche a que ella terminara de pintarse los labios, Clara decidió pasar el rato haciéndole a Alfred una caricia en el ala. Por desgracia, su gesto de bondad le salió mal, pues el avestruz empezó a mover la pierna igual que hace Kimmy cuando le encuentras el punto exacto en la barriga, lo cual tiene su gracia. Pero las patas de los avestruces son mucho más grandes y más fuertes que las patas de los perros y,

cuando Alfred empezó a dar patadas en agradecimiento a la caricia, pegó con tal fuerza en el suelo del coche que hizo una abolladura. Clara paró enseguida de acariciarle el ala y miró primero la gran abolladura y después a mí, con expresión culpable. Yo me llevé un dedo a los labios, indicando con un movimiento de la cabeza a la tía Lucinda, que no se había enterado de nada porque seguía perfeccionando el contorno de sus labios. A Clara le dio la risa.

—Ahí está ese profesor calvo vuestro tan tostón —dijo la tía Lucinda, apartando la mirada de su propio reflejo—. Creo que viene a saludarnos. ¡Hooooooooola…!

Saludó meneando los dedos al profesor Mercurio, que salía del colegio con un montón de ejercicios para corregir. Hizo un gesto de dolor al verla, y yo me escondí todo lo que pude en el asiento.

—Ah… Hola, señora Beam. Me alegro de volver a verla. Y a su… eh… mascota.

Alfred erizó las plumas y miró de arriba abajo al profesor Mercurio con sus ojos grandes, redondos y brillantes.

—¡Lo mismo digo, profesor Júpiter!

—Se llama Mercurio —le dije entre dientes, con las mejillas coloradas.

—He oído que la excursión al Museo de Historia Natural fue un éxito —prosiguió, sin hacerme caso—. Muy heroico por su parte llevar a los niños. Yo sería incapaz de manejar a tantos corriendo por ahí.

—Bueno, es mi trabajo, supongo —respondió él, colocándose junto al coche con incomodidad. De pronto, parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas al ver el diamante azul que llevaba mi tía alrededor del cuello:

—Es un collar muy bonito.

—¡Muchas gracias por fijarse!

Puse los ojos en blanco. Era muy difícil no fijarse en él.

—¿Es el Diamante del Sueño?

—¡Sí! Qué agradable encontrar a alguien que sabe apreciar las cosas de calidad.

Le puso ojitos al profesor, y Alexis me miró horrorizado. ¿La tía Lucinda estaba LIGANDO con el profesor Mercurio?

«Por favor, quiero morirme —pensé—, quiero morirme, quiero morirme, quiero morirme, quiero morirm…».

—Me temo que no sé mucho de ese diamante en particular. Pero sí que sus propiedades son fascinantes. Soy profesor de Ciencias, ya sabe. —Y se puso colorado.

¡EL PROFESOR MERCURIO SE SE ACABABA DE PONER COLORADO! ¡DELANTE DE LA TÍA LUCINDA!

Aquello era peor que cuando mi madre se presentó en la reunión con un bloque de hielo en la cabeza.

—Me encantaría enterarme de sus propiedades. Tal vez me podría hablar de eso cenando…

—A la tía Lucinda solo le faltaba ponerse a ronronear.

«¡¡¡¡AHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH!!!!».

—Eh…, yo… Bueno, yo…

El enrojecimiento subió desde las mejillas del profesor Mercurio hasta la calva. Ahora tenía colorada hasta la coronilla.



—¿No… no nos veremos en las piedras? —logró decir por fin—. Quiero decir, en la inauguración. Quiero decir, en la inauguración de las piedras. En la inauguración de la exposición de las piedras preciosas. En el museo… Supongo que se lo pondrá para la ocasión…

—¿Irá usted a la inauguración? —La tía Lucinda abrió y cerró los ojos, sorprendida.

—Ya sé que parece una tontería que me den a mí una invitación a un acontecimiento como ese; a mí, un simple profesor de Ciencias… —farfulló, recolocándose los libros que tenía en las manos—. Pero le estaba contando al profesor Beam en la excursión del colegio al museo lo mucho que me fascinaban aquellas piedras de valor incalculable, cuando él tuvo la bondad de ofrecerme una invitación. No estoy preparado para esa clase de cosas. ¡Tendré que buscar un esmoquin!

Maravilloso. Gracias, papá, por invitar a mi PROFESOR a tu gran evento. Y no es que eso

resulte tan embarazoso como ver a mi tía invitando a ese mismo profesor a una cita. Ni como aquello del bloque de hielo de mamá. Pero, en serio, ¿qué demonios le pasa a mi familia?

El profesor Mercurio debía de estar pensando lo mismo cuando de pronto se aclaró la garganta con nerviosismo y preguntó con su voz más aguda:

—¿Irán allí todos los Beam?

—¡Uy, sí, iremos todos! —confirmó ella, afirmando con la cabeza—. ¡Es un acontecimiento familiar!

—¡Ah, qué… —se detuvo buscando la palabra— agradable!

—¡Por supuesto! Bueno, esperaré con impaciencia la ocasión de volver a verle allí. —La tía Lucinda sonrió, mostrando un instante sus blancos dientes perlados enmarcados por su recién aplicada barra de labios—. Llevaré el diamante y me lo podrá contar todo sobre él.

El profesor Mercurio tragó saliva. A mí me dio pena de verdad, pese a que él (a) me hubiera castigado, (b) me gritara siempre que tenía la ocasión y (c) me odiara.

Mientras literalmente intentaba esconderme dentro de las plumas de Alfred (que enseguida meneó el culo para echarme fuera de allí), la tía Lucinda encendió el motor y se bajó las gafas de sol de diseño desde donde las tenía colocadas, en lo alto de su cabello perfectamente peinado, hasta la nariz.

—¡Chao, señor Neptuno! —dijo despidiéndose también con la mano, antes de pisar el acelerador y salir a toda velocidad.

Su conversación con mi profesor, encima de todo lo que estaba pasando, volvió el colegio prácticamente IMPOSIBLE durante los días siguientes, pues cada vez que me sentaba en su clase me resultaba imposible mirarlo a los ojos. Creo que él sentía lo mismo, porque de vez en cuando yo lo pillaba mirándome en clase, pero entonces apartaba la mirada a una velocidad de vértigo. Nunca me había apetecido tanto que llegara el fin de semana. Lo único que quería era encerrarme en mi cuarto y volverme invisible.

El sábado, mi padre estaba en el museo haciendo los últimos retoques, así que nuestra madre nos llevó a un café para tomar un desayuno opíparo. Clara la puso al corriente de todos los nuevos proyectos en los que estaba trabajando en el colegio, mientras Alexis le explicaba por qué había decidido que sería buena idea intentar hackear el *software* de una compañía de videojuegos. A mi padre le habían enviado una estricta advertencia los abogados de la compañía.

—Solo intentaba pasar al nivel siguiente —dijo encogiéndose de hombros y con la boca llena de gofre.

—¿No puedes limitarte a jugar al videojuego como el resto del mundo? —preguntó mi madre, pasándole el sirope.

—¿Y eso dónde tiene la gracia?

Mi madre negó con la cabeza mirándolo con severidad, pero noté que, cuando él apartaba la vista, le asomó una sonrisa a los labios, como si estuviera, en el fondo, orgullosa. El teléfono de

mi madre sonó justo cuando ella acababa de pagar la cuenta, y se excusó para atender la llamada, antes de volver a la mesa con cara de preocupación.

—Era de la oficina —explicó dirigiéndome una mirada de complicidad—. Tengo que irme.

—Lo entendemos —me apresuré a responder antes de que pudieran protestar mis hermanos —. Podemos volver a casa caminando, no está lejos.

Ella movió la cabeza de arriba abajo agradecida, antes de darnos un beso a cada uno, para luego coger su gabardina y salir corriendo tan aprisa que su imagen se convirtió en un borrón. Alexis levantó las cejas cuando ella desaparecía en la esquina.

—¿Los demás también os habéis dado cuenta de que la rapidez de mamá no es normal? Es casi como si tuviera superpoderes.

—¡Ja, ja, Alexis, muy bueno! ¡Qué divertido, eres un tipo gracioso! —respondí, tal vez con demasiado entusiasmo, a juzgar por la reacción de sorpresa de ambas caras. Rápidamente cambié de conversación pidiéndole a Clara que me volviera a explicar lo de los gusanos que criaba para un trabajo de clase, pero noté que Alexis me miraba con curiosidad en el camino a casa.

—Es raro que mamá no hable nunca de su trabajo —comentó de repente—. Papá no para de hablar del suyo.

—El trabajo de mamá es de oficina, muy aburrido, mientras que el de papá mola bastante —razoné—. Bueno, no estoy segura de que las piedras viejas molen, pero ya me entendéis; es un trabajo poco corriente.

Alexis no parecía convencido, pero afortunadamente no dijo nada más. Yo me sentía culpable de mentirles a él y a Clara, pero no podía hacer otra cosa. Cuando llegamos a casa, Alexis se encerró en su cuarto y Clara fue a leer su libro, así que yo me quedé a solas con Kimmy, en la planta baja. Me senté en el sofá y le dejé que saltara para ponerse a mi lado.

—Me gustaría que todo volviera a la normalidad —admití.

Ella me miró levantando sus grandes y puntiagudas orejas y me puso la pata derecha en el regazo, en solidaridad conmigo.

—No puedo hablar con mis hermanos porque es un gran secreto.

Ella ladeó la cabeza.

—Y en el colegio casi nadie sabe la verdad, pero los pocos que la saben piensan que soy una friki.

Ladeó la cabeza hacia el otro lado.

—Y mamá y papá están todo el tiempo tristes, porque se han separado.

Se inclinó hacia delante y me dio en la nariz con la suya.

—Pero están demasiado ocupados para volverlo a intentar.

Respiró hondo.

—Siento que nadie me comprende y que no tengo a nadie con quien hablar.

Ladró.

—Aparte de ti, Kimmy, por supuesto. —Me reí, inclinándome hacia delante para darle un abrazo y meter la cara en su pelaje.

Cuando ella me daba con el hocico en el cuello, sonó el timbre de la puerta. Kimmy saltó y corrió a la puerta.

—¡Voy yo! —les grité a Alexis y Clara, levantándome del sofá.

Sujeté a Kimmy y abrí la puerta. Allí, delante de mí, estaban Fred, Suzie, Georgie y Kizzy.

—¿Qué… qué hacéis aquí? —pregunté tartamudeando mientras Kimmy pasaba por delante de mí para saludar a Kizzy con un gran lametón en la barbilla. Llevaba mucho tiempo sin verla.

—Otra vez nos has estado evitando —dijo Kizzy riéndose y acariciando las orejas de Kimmy —. Y por eso se nos ha ocurrido venir a verte.

—Mirad, no tenéis que preocuparos —dije en voz baja—. Ya sé que pensáis que soy una gran friki, y os juro que yo…

—¿Por qué íbamos a pensar eso? —preguntó Georgie, adelantándose para darle a Kimmy una palmadita en la cabeza.

—Porque… Por… lo que os conté —expliqué, preguntándome si habría recibido últimamente un golpe que le hubiera hecho olvidarlo todo.

—Nosotros no pensamos que seas una friki —dijo Kizzy muy seria.

—Yo sí —susurró Suzie muy bajo antes de recibir un codazo en las cosquillas por parte de Georgie—. ¡Ay! Pero no friki en el mal sentido.

Georgie sonrió y le puso los ojos en blanco a su amiga:

—Queríamos decirte que no le hemos contado nada a nadie. Tu secreto está a salvo con nosotros.

—¿De verdad…?

—Por supuesto.

—Gracias. Es un detalle por vuestra parte.

—El caso es que esto es lo más alucinante que me ha ocurrido NUNCA —dijo Fred—. No me puedo creer que seamos amigos de una superheroína.

—¿Tú quieres ser amigo mío? —le pregunté sin podérmelo creer.

—¿Por qué íbamos a venir aquí si no? —preguntó Georgie, riéndose—. Ahora estamos juntos en esto.

—No podemos dejar que te enfrentes a esto tú sola —me informó Kizzy, testaruda—. No me extraña que hayas estado distante últimamente.

—Lo siento mucho, Kizzy, yo no quería decepcionarte. ¡Lo que pasa es que tenía tantas cosas en la cabeza! Y como no se lo podía contar a nadie…

—Ahora puedes —insistió Fred—. Porque hemos formado un club superheroico.

—¿Que habéis formado QUÉ?

—Un club superheroico —repitió Suzie, echándose el pelo tras los hombros con un

movimiento de la cabeza—. Está claro que necesitas mucha ayuda.

—Un momento, ¿qué queréis decir con lo de un club superheroico?

—¿Qué creías que íbamos a hacer? —Suzie levantó las cejas—. ¿Sentarnos a esperar que lo echaras todo a perder? Con gente como tú para protegerlo de los malos, el mundo no tiene ninguna oportunidad de salvación. Sin intención de ofender.

—Lo que Suzie está intentando decir a su modo —explicó Georgie riéndose— es que queremos ayudarte.

—Cada uno tiene un papel que jugar en el club, ya sabes, si el mal ataca —me informó Fred con expresión seria—. Suzie puede ayudarte con el movimiento y la gimnasia…

—Es una habilidad completamente necesaria para una superheroína —dijo con solemnidad.

—Georgie te ayudará con tu traje de superheroína.

—Tengo grandes ideas para los accesorios —dijo Georgie sonriendo.

—Kizzy estará al cargo de la investigación y será el cerebro de la operación.

—Intentaré ayudar en lo que pueda —corrigió Kizzy con modestia y algo colorada.

—Y yo soy presidente del club y nada más que un verdadero genio —concluyó Fred.

—¿Quién te ha nombrado presidente? —preguntó Suzie algo enfadada.

—El club ha sido idea MÍA. Por supuesto, eso me convierte en presidente.

—Esperad un momento —me apresuré a decir, antes de que Suzie abriera la boca para discutir—. Ya os dije que he renunciado a mis superpoderes.

—Sí, ya lo dijiste, pero el caso es… —dijo Kizzy sonriéndome— que en realidad no puedes dejar de ser quien eres.

—Entonces, estamos de acuerdo con el club superheroico, ¿no? —preguntó Fred, y los demás asintieron con la cabeza—. Bien, ya pensaremos el nombre después. ¿Le damos ahora el regalo?

Georgie abrió la mochila, sacó una caja y me la entregó.

—¿Qué es?

—Bah… —dijo Suzie con un suspiro—. Ábrela y verás.

Levanté la tapa de la caja y dentro había el par de zapatillas de deporte más chulas que he visto nunca. Eran de muchos colores, con la puntera plateada, y al levantarlas vi que en el talón de una de ellas decía «LIGHTNING», cosido en letras brillantes, y en la otra: «GIRL».

—Son las ultimísimas —se apresuró a decir Georgie, estudiando mi cara para ver mi reacción —. Mi madre trabaja para esa marca.

—Pero Georgie las ha personalizado, así que ahora son mucho mejores —dijo Kizzy sonriendo mientras yo pasaba el dedo por las palabras «Lightning Girl»—. Es el comienzo de tu atuendo.

—Todo superhéroe necesita un atuendo —pontificó Fred—, y todo superhéroe tiene que tener un nombre de superhéroe. Kizzy pensó en él, y todos estamos de acuerdo en que «Lightning Girl» os va perfectamente a ti y a tus superpoderes.

—El nombre se me ocurrió a mí, pero las zapatillas fueron idea de Suzie —dijo Kizzy—. Muy considerado, ¿no te parece?

—Qué más da. El caso es que no puedes ser una superheroína con esas zapatillas que llevas —dijo Suzie suspirando—. Sin intención de ofender, ahora tampoco.

—Entonces, ¿te gustan? —preguntó Georgie con esperanza.

—¿Y te gusta el nombre? —preguntó Kizzy con nervios.



No sabía qué decir. Me quedé mirándolos, con los ojos llenos de lágrimas de agradecimiento.

—Interpretaremos eso como un sí a todo —decidió Suzie—. ¿Podemos entrar ahora? Me estoy quedando helada, y Kizzy dijo que tú hacías un chocolate caliente muy rico. Con nueces o no sé qué cosa rara.

—Avellana —corrigió Georgie, siguiendo a Suzie por delante de mí y de camino a la cocina.

—Yo prepararé las cosas para la primera reunión del club superheroico —dijo Fred, haciendo

fila detrás de Georgie y seguido por Kimmy—. Tu perro también puede ser parte del club.

Kimmy le lamió la mano para mostrar que estaba de acuerdo.

—Muchas gracias, Kizzy —dije en voz baja, volviendo a meter las zapatillas en la caja—. Me alegro mucho de que volvamos a ser amigas.

—Como ha dicho Georgie, ya no estás sola. Estamos todos juntos.

Me dio un abrazo y fuimos a la cocina, donde los otros estaban riendo porque Kimmy había dejado caer su pelota de tenis babeada en el regazo de Suzie, y esta había soltado un grito al ver las babas.

—Todo superhéroe necesita un compañero —me susurró Kizzy con una sonrisa—. O cinco.

15

La inauguración de la exposición de piedras preciosas de mi padre fue mucho más elegante de lo que yo me había imaginado. Todo el mundo iba vestido de etiqueta, y estaban todas aquellas luces de colores alrededor de la galería principal del museo que le daban un aspecto de fiesta de Hollywood. Había hasta un cuarteto de violines y muchos camareros que pasaban rellenando las copas de champán. Las piedras preciosas estaban expuestas sobre lujosos cojines de terciopelo morado en una gran vitrina de grueso cristal que había justo en el centro, con una cuerda roja alrededor para que nadie se acercara demasiado.

¿Quién se imaginaba que un puñado de piedras raras podría ser motivo de semejante fiesta?

Mi padre estaba también en su elemento, allí de pie junto a la vitrina, con su pajarita roja, inflando el pecho de orgullo como un pavo real, saludando a todo el que pasaba y explicándole largo y tendido su descubrimiento.

Al final, me alegré de haberle hecho caso a la tía Lucinda cuando me dijo que las zapatillas deportivas no eran apropiadas para aquel tipo de acto, daba igual lo brillantes y alucinantes que fueran. Sin embargo, me las había metido en el bolso, por si acaso los zapatos que me había prestado Georgie para conjuntar con mi largo vestido verde empezaban a rozarme.

Aunque mi tía Lucinda tuviera razón respecto a las zapatillas, no estoy segura de que haya que escuchar los consejos sobre moda de alguien que se pone un vestido de volantes rosa brillante que ocupa más sitio que un coche. Cuando fue a recogernos (con mi madre habíamos quedado en el museo, y papá tenía que ir antes para asegurarse de que todo estaba en orden), Kimmy se asustó tanto con el atuendo de la tía Lucinda que no paraba de ladrar y, después, cuando se acercó al vestido con mucho cuidado, se perdió entre los volantes y tardó un par de minutos en encontrar el camino de salida.



Fue una suerte que Kizzy hubiera ido a ayudarme con los preparativos, porque necesitamos

mucho músculo para meter a la tía Lucinda dentro del taxi.

Al final, tuvimos que pedir dos taxis, porque Alexis, Clara y yo no cabíamos con el vestido de Lucinda y con Alfred. No sé la gracia que le haría al taxista meter un avestruz en su taxi, pero, considerando que Alfred llevaba sombrero de copa, monóculo y pajarita, enseguida se dio cuenta de que no era un avestruz vulgar y lo dejó entrar.

—Me gustaría que pudieras venir —le dije a Kizzy, un poco sin aliento después de empotrar a la tía Lucinda en el taxi.

—A mí también. Pero estoy emocionada con todo esto. —Señaló la caja llena de carpetas que estaba posada en el suelo y que ella se iba a llevar a casa.

En cuanto le conté a mi madre que el club superheroico se había enterado de la verdad debido a la excursión al museo, me permitió que les hiciera jurar que guardarían el secreto y ponerles al corriente de lo concerniente al trabajo de salvar el mundo.

Al escucharme, Georgie se quedó alucinada, Fred casi se desmaya de la emoción, y Suzie comentó: «Bueno, supongo que eso explica el bloque de hielo en el pelo».

Y cuando Kizzy superó la impresión de aquella revelación, le pidió permiso a mi madre para ojear sus casos anteriores. Estaba totalmente fascinada con la vida secreta de mi madre y, además, pensaba que sería una investigación importante para el club superheroico.

—Ya sabe —le dijo con entusiasmo a mi madre, que la escuchaba con una expresión de regocijo—: para comprender a qué tendría que tener que enfrentarse Aurora en el futuro.

Mi madre terminó cediendo y dejándola que se llevara a casa todos los archivos y recortes de periódico que ella había coleccionado a lo largo de los años y que detallaban sus anteriores aventuras.

—¿Cómo es que no la han pillado nunca? —le había preguntado Kizzy, con los ojos como platos.

—Es un arte —había respondido mi madre riéndose—. Los criminales saben quién soy, pero la policía no les cree cuando les cuentan que alguien a quien le salen de las manos rayos luminosos se ha interpuesto en sus malvados planes.

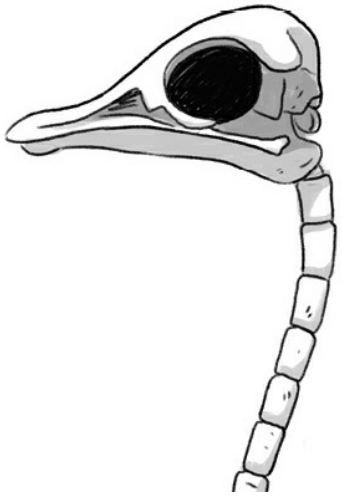
Kizzy estaba tan emocionada con la idea de leer el archivo de mi madre que había invitado al resto del club superheroico a su casa aquella tarde para comentar sus hallazgos mientras comían *pizza*.

—No te preocupes —me aseguró cuando yo entraba en el taxi junto a Alexis—, te llamaré si encuentro algo realmente interesante.

Solo cuando llegué al museo me di cuenta de que me había olvidado de decirle que en la exposición no estaban permitidos los móviles, para evitar que nadie hiciera fotos no autorizadas. Yo metí mi móvil en una bolsa con una etiqueta y se la entregué a regañadientes a un agente de seguridad que estaba en la puerta. Kizzy tendría que esperar al día siguiente para contarme todas las historias extrañas, y seguramente vergonzosas, que descubriría sobre mi madre.

Su estilo de peinado en los años ochenta ya era una historia en sí misma. Creedme, he visto fotos.





Hubiera preferido quedarme en casa de Kizzy comiendo *pizza* con mis nuevos amigos que estar incómoda en el rincón de una gran fiesta glamurosa en el Museo de Historia Natural. Aparte de Alexis y Clara, no tenía a nadie con quien hablar, y francamente no eran de mucha utilidad. En cuanto llegamos, Alexis inició su misión de birlar todos los canapés que fuera posible, así que se perdió entre la multitud. Clara se fue al guardarropa en cuanto tuvo oportunidad, para ponerse a leer metida entre los abrigos. Yo permanecí un rato en la parte de atrás con Alfred, pero después él también me dejó y se fue a medirse con el esqueleto de avestruz que había en la sección de grandes aves de África. Afortunadamente, no vi al profesor Mercurio por ningún lado. Tenía la esperanza de poder evitarlo la noche entera. Seguramente él pensaba lo mismo con respecto a mi tía Lucinda, que estaba ocupada haciendo que se apartaran las multitudes para abrirse paso en su alegre camino hacia el bar de champán que habían instalado al lado de la galería. Al menos ella era fácil de distinguir, y él podría permanecer en todo momento lo más lejos posible de ella.

Me serví yo misma un refresco de flor de saúco con burbujas y me fui a admirar uno de los expositores que habían instalado en paralelo a la vitrina principal, porque era lo que hacía todo el mundo. Un hombre que llevaba una chaqueta de terciopelo rojo me sonrió cuando me acerqué.

—Espléndido, ¿verdad?

—Es… ah… —Miré dentro del expositor lo que parecía un ladrillo de forma muy rara—. Es muy curioso.

—¿Te interesa la mineralogía? Supongo que sí, siendo la hija del profesor.

—Sí, claro. Es todo muy…

Dudé, no porque me hubiera metido en una mentira gorda, sino porque empezaba a sentirme… rara. Era la misma sensación que había tenido la última vez en el museo, durante la excursión: como si toda la sangre que me recorría el cuerpo me empezara a hervir. Empecé a sentir aquel cosquilleo en la cicatriz de mi mano izquierda.

Eh… ah.

—Perdóneme —dije a toda prisa, poniéndole en la mano mi vaso de refresco y alejándome de la vitrina—. Necesito tomar el aire.

Me volví y empecé a abrirme camino entre los invitados, en dirección a la entrada principal. Esta vez me sentía más fuerte y me parecía que podría evitar que la energía saliera de mis manos, pero no quería arriesgarme a perder el control. Me miré la mano y sentí terror cuando vi que empezaba a aparecer un leve brillo, como una bombilla que parpadea. ¿Por qué me seguía pasando aquello?

Justo cuando me liberaba de la multitud, mi padre me cogió por el brazo.

—¡Aurora, estás aquí! Ni te saludé cuando llegaste —dijo agachándose un poco para darme un abrazo—. ¡Estás preciosa! ¿Todo bien?

Pensé si decirle la verdad, pero sabía que, después de lo que había pasado la última vez en el museo, le entraría pánico, y no quería preocuparlo cuando ya tenía tanto en lo que pensar. Rápidamente escondí la mano tras la espalda.

—Todo estupendamente —dije—. Lo has hecho muy bien, papá, esta es una inauguración magnífica.

—Estoy un poco nervioso por mi discurso —admitió en voz baja, toqueteándose el cuello de la camisa—. He intentado preparar algo corto y agradable.

—Estupendo. Muy bien. Bueno, te dejo para que practiques.

—Aurora… —me detuvo, mirando nervioso a su alrededor—, eh…, mmm, no he visto a tu madre por ningún lado. ¿Tú sí?

—No, pero estará por aquí. ¿Por…?

—Bueno, es solo… Siempre se le ha dado muy bien hacerme sentir relajado y más seguro de mí mismo. Esperaba que viniera esta noche, y antes me pareció verla, pero…, bueno, supongo que me confundí, porque llevo mucho rato sin verla. A lo mejor fue una alucinación. Serán las ganas que tengo de verla. —Me dirigió una sonrisa triste—. Bueno, será mejor que vuelva con mis invitados.

—Papá —dije a toda prisa, intentando al mismo tiempo apartar aquella sensación de cálida agitación que tenía en el estómago y que empezaba a extendérseme al pecho y por los brazos—, ella está muy orgullosa de ti. Mamá, me refiero. Es imposible que se pierda esto. Seguro que llega a tiempo para escuchar tu discurso.

Asintió con la cabeza y me dio otro rápido abrazo antes de ponerse recto e internarse en la multitud. Yo también me metí entre los variopintos invitados y crucé la puerta corriendo para

salir al frío aire de la noche. Respiré hondo y enseguida me sentí mejor. Con recelo, miré hacia atrás, por encima del hombro, al museo, preguntándome por qué demonios me causaría aquel efecto tan extraño. Me incliné contra el muro, esperando que se apagara el brillo de mi mano y disfrutando de la calma después de la bulliciosa multitud. Me dolían los pies en los zapatos, así que me los quité y me puse las zapatillas. El vestido era lo bastante largo para que no se me notaran, a menos que alguien decidiera fijarse en cómo iba calzada. Pero nadie me prestaba atención.

Debía de estar más mareada de lo que creía, porque no paraba de oír la voz de Kizzy al fondo. Negué con la cabeza y decidí entrar para beber agua enseguida; no debería haber dejado mi refresco. Cerré los ojos y respiré hondo un par de veces, pero allí la volvía a oír: la voz de Kizzy sonando por el aire:

—¡Aurora, Aurora!

¿Sería que me había pegado un cabezazo contra el esqueleto de avestruz o algo parecido cuando intentaba salir del museo a toda prisa?

—¡Aurora!

Pensé que había estado muy lúcida después de hablar con mi padre. Estaba segura de que me acordaría si me hubiera pegado un golpe contra algo.

—¡Aurora!

¿Tal vez dependía tanto de Kizzy que oía su voz en mi subconsciente permanentemente?

—¡AURORA BEAM!, ¿NO PODRÍAS MIRAR HACIA AQUÍ?

Di un salto al oír el grito de los invitados que hacían cola contra las barreras que conducían a la entrada. Intentando abrirse camino por entre los guardias de seguridad que estaban a la cabeza de la fila, se encontraban Kizzy, Georgie, Suzie y Fred, haciéndome señas como locos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunté tras correr hacia ellos, cuando los guardias de seguridad les permitieron pasar.

—¡Te hemos estado llamando!

—No están permitidos los teléfonos —expliqué, indicando con un movimiento de la cabeza a los guardias de seguridad, que recogían los móviles de los invitados a medida que entraban.

—Bonitos zapatos —dijo Georgie, y me guiñó un ojo, al ver el brillo que asomaba por debajo de mi vestido.

—¿Qué le pasa a tu oído? —preguntó Suzie—. Llevamos un siglo viéndote ahí, hablando contigo misma.

—Si queríais invitaciones para el acto, podíais habérmelas pedido —dije encogiéndome de hombros—. No sabía que queríais venir, pero seguro que si se lo digo a mi padre…

—No estamos aquí por eso —dijo Georgie con expresión seria.

—Necesitamos ver algo —dijo Fred, quitándose del hombro la correa de su pesada bolsa de gimnasia y posándola en el suelo.

—¿No podéis esperar hasta mañana? —dije riéndome—. Me encanta vuestro entusiasmo por este club superheroico, pero esta noche es muy importante para mi padre, y yo tengo que…

—Esto no puede esperar —dijo Kizzy con firmeza. Su tono me pilló por sorpresa.

Se agachó para correr la cremallera de la bolsa de gimnasia de Fred, sacando una carpeta y abriéndola para mostrarme un viejo recorte de periódico que había dentro, con un titular que decía: «EL LADRÓN DEL APAGÓN PILLADO CON LAS MANOS EN LA MASA».

—Hace veinte años, tu madre evitó un robo muy importante. Este tipo, conocido como el Ladrón del Apagón, era un delincuente famoso, capaz interrumpir el sistema eléctrico y de provocar apagones que le daban la cobertura perfecta para robar en la oscuridad todo lo que quisiera.

—Sí, he oído hablar de él —dije yo, recordando vagamente una de las historias de mi madre.

—Robaba casas, bancos, cualquier lugar donde uno esperaría que hubiera cosas valiosas —dijo Georgie, mientras Kizzy asentía con la cabeza—, pero su especialidad eran joyas, gemas y piedras preciosas.

—Pasaron años hasta que lo atraparon, pero, al final, según las notas de tu madre, ella pudo adivinar su siguiente movimiento —prosiguió Suzie—. Esperó hasta que él ocasionó un apagón en una noche de lujo en Londres, cuando se subastaba una tiara de diamantes de valor incalculable, y entonces tu madre usó sus poderes para iluminar la sala. —Lanzó un suspiro—. La tiara, por cierto, era preciosa. ¿Tu madre se queda con esa clase de cosas o las requisan como pruebas?



—Él se quedó tan sorprendido por la luz repentina —prosiguió Fred, lanzando a Suzie una mirada de impaciencia— que tu madre pudo inmovilizarlo y atarlo antes de que llegara la policía. Cuando ella iluminó la sala, las cámaras ocultas que había colocado antes lo pillaron con las manos en la masa: eran las pruebas perfectas para meterlo en prisión.

—Vale, todo esto suena muy interesante —dije yo—, pero ¿qué tiene que ver un ladrón de tiaras de hace veinte años con esta noche?

—Es que el Ladrón del Apagón juró vengarse de tu madre. En el artículo dice que él no paraba de decir que un día se vengaría de la «mujer del rayo de luz». La policía pensaba que él solo decía tonterías para intentar alegar locura. Pero no, él se declaró culpable y unos años después salió libre por buen comportamiento.

—¿Y…?

—¿Es que no escuchas? —preguntó Fred, lanzando un suspiro de exasperación—. Su

especialidad son los diamantes y las piedras preciosas. Esta noche todo trata del descubrimiento más interesante de piedras preciosas que haya habido nunca. Y no solo eso, sino que tu madre, su gran enemiga, está casada con el profesor que organiza la exposición. Él sabe quién es ella. ¡Es la venganza perfecta!

—Un momento, ¿vosotros creéis que…?

—Aurora —dijo Kizzy poniendo la yema del dedo en el recorte del periódico—. La foto.

Lancé un suspiro y miré la foto del artículo: era un hombre joven al que se llevaban esposado.

—¿Qué le pasa a la foto?

—Mira mejor —le pidió Kizzy—. ¿No lo reconoces?

Me acerqué el artículo a los ojos y examiné la fotografía con detenimiento. De pronto, me quedé sin respiración y una heladora sensación de pavor me recorrió todo el cuerpo. Alcé los ojos hacia los de Kizzy:

—¡El profesor Mercurio!

16

La cabeza me daba vueltas. Parecía imposible. El profesor Mercurio, el profesor de Ciencias más aburrido del planeta, con una enorme calva y manchas de café esparcidas por la camisa, ¿era un delincuente de importancia planetaria? ¿Era el Ladrón del Apagón?

¡Eso no tenía ningún sentido!

Y, sin embargo…

Al pensar en ello más detenidamente, empezaba a tenerlo. El profesor Mercurio había mostrado desde el principio un extraño interés en la exposición de mi padre y en las piedras preciosas que eran las estrellas de la exposición. En cuanto había llegado como profesor nuevo al comienzo del curso, me había preguntado sobre el trabajo de mi padre y había preparado una excursión al museo.

—Sospechamos que usó la excursión para espiar los entresijos del museo —dijo Kizzy, mientras los otros movían la cabeza de arriba abajo para mostrarse de acuerdo—. Era la ocasión perfecta para investigar.

—¿Una pesquisa? ¿Qué quieres decir?

—Un reconocimiento del terreno: cuando se comprueba la zona para prepararse para el ataque. Sabe perfectamente dónde está cada cosa y qué hacer cuando se trata de robar piedras preciosas.

—No me lo puedo creer —susurré, negando con la cabeza mientras seguía agarrando el artículo del periódico—. ¿De verdad pensáis que el profesor Mercurio tiene la intención de robar esta exposición?

—Si no, ¿por qué iba a poner tanto empeño en que lo invitaran esta noche? —dijo Georgie, encogiéndose de hombros.

—Y ya lo viste en la excursión, cómo le hacía cientos de preguntas a tu padre.

—Por supuesto, date cuenta —dijo Suzie—. Nadie puede tener tanto interés en un puñado de piedras.

—Piedras preciosas —corrigió Kizzy.

—Aun así —rezongó Suzie—. ¿Por qué no robar en un sitio como Tiffany's y llevarte todos los diamantes?

—Diamantes… —repetí yo, al caer en la cuenta de repente—. El Diamante del Sueño.

—¿Qué Diamante del Sueño?

—Mi tía tiene ese diamante. Es realmente valiosísimo. El profesor Mercurio la vio el otro día con él puesto cuando vino a recogerme, y lo reconoció. Él sabía que se trataba del Diamante del Sueño. Lo dijo en cuanto lo vio. Parecía… nervioso. Pensé que solo estaban tirándose los tejos.

—¿Tu tía y el profesor Mercurio se tiraban los tejos? —preguntó Suzie arrugando la nariz—. ¡Uff!

—Tendría sentido que él pudiera identificar cosas como esa —razonó Kizzy.

—Kizzy, él le preguntó si lo llevaría esta noche. A mí entonces la cosa ni siquiera me llamó la atención, pero la verdad es que es una pregunta rara, ¿no?

—¡Es un robo doble! —gritó Fred, emocionado—. ¡Pretende robar las dos cosas!

—Pero ¿cómo no lo reconoció mi madre en la reunión con los profesores? —pregunté con el ceño fruncido.

—Lleva un buen disfraz —dijo Georgie—. Y han pasado unos cuantos años. Piensa en todos los delincuentes que tu madre ha puesto a recaudo. No puede acordarse de todos. Además, ya sabes —añadió con incomodidad—, tu madre seguramente estaba distraída con aquel fabuloso avestruz que corría por allí y con tu tía, que se había presentado con aquel vestido de noche. Ni siquiera se daba cuenta de que llevaba un enorme bloque de hielo en el pelo. Es comprensible que no se fijara mucho en el profesor Mercurio.

—En serio, ¿qué clase de persona tiene un avestruz como mascota? —preguntó Suzie.

—Su tía Lucinda lleva unos accesorios preciosos —observó Georgie.

—No nos desviemos del tema —dijo Kizzy muy seria—. Aurora, creemos que el profesor Mercurio pretende robar esta noche las piedras preciosas, y tenemos que impedírselo.

Fred levantó su bolsa de gimnasia y le dio una palmada:

—Traemos un montón de herramientas para detener a un malvado.

—Sí, porque los cojines pedorros para bromas son superútiles —dijo Suzie en voz baja.

—Ah, y un puñado de cintas de colores realmente nos asegurarán la victoria, ¿verdad? —respondió Fred—. Buena idea, Suzie: nosotros impediremos el gran atraco con cintas en el pelo.

—No son cintas de pelo, cerebro de mosquito —contraatacó ella—. Son cintas de gimnasia rítmica. Y he ganado cuatro competiciones con ellas.

—El caso es… —dijo Georgie levantando la voz por encima de ellos— que estamos dispuestos a ayudarte.

—Pero yo no he visto al profesor Mercurio en toda la noche —respondí con esperanza—. A lo mejor le ha entrado miedo.

—De eso nada —gruñó Fred—. Lleva mucho tiempo esperando este momento. A todo el

mundo le gusta tener la ocasión de desquitarse, y ahora la tiene él. Me imagino que consiguió el trabajo de profesor solo porque se enteró de que los hijos del profesor Beam iban a ese colegio. Una excursión escolar es la cobertura perfecta para conseguir toda la información que uno necesita sobre un lugar sin levantar sospechas. Eso lo sabe cualquiera que lea cómics.

—Aurora, ¿el profesor Mercurio sabe que tienes superpoderes? —preguntó Georgie.

Yo negué con la cabeza:

—No creo.

—Entonces, tenemos una ventaja —dijo Fred moviendo la cabeza de arriba abajo y con ojos animados—: No se esperará que te interpongas en su camino.

—Pero sabe que tu madre sí lo hará. Tenemos que encontrarla y decírselo —dijo Kizzy, mirando hacia la entrada—. Y tenemos que decírselo ahora. Él podría dar el golpe en cualquier momento.

—Tienes razón. —Asentí con la cabeza, apretándole la mano—. Ya debería estar aquí. Vamos.

Corrí hacia la puerta con el club superheroico pisándome los talones, completamente decidido. La sorpresa y el terror que había sentido un momento antes al descubrir que mi profesor de Ciencias era un genio del delito quedaron reemplazados por la decisión de impedirle que se saliera con la suya. Por nada del mundo le dejaría que hiciera lo que pretendía.

Me alegraba mucho de llevar mis zapatillas especiales «Lightning Girl». No sé por qué, me proporcionaban seguridad.

En cuanto me volví a meter en la galería principal, empecé a sentir aquel cosquilleo en la cicatriz de la palma de mi mano. Apreté los puños. No tenía tiempo para preocuparme por eso. Una mujer de seguridad que estaba a la puerta nos dio el alto inmediatamente para quedarse con los teléfonos de los demás y revisar sus bolsas. Cuando echó un vistazo a la bolsa de gimnasia de Fred, frunció el ceño desconcertada:

—¿Eso es… un terrario de hormigas?

—Sí —admitió mirándolo con cariño—. Ya sabe cómo son estas cosas, no se puede dejar a las criaturas solas en casa.

Ella lo miró con ojos como platos, completamente asombrada, y por un momento pensé que iba a echarlo de allí, pero al final le dirigió una débil sonrisa y le indicó el guardarropa, por si quería dejarlo allí.

—Si quieres, estoy segura de que el encargado cuidará de tus… hormigas. Y de todos esos cojines de broma —añadió.

Fred le dio las gracias y todos nos acercamos a la multitud, poniéndonos de puntillas para buscar a mi madre entre todos los invitados, que hablaban alto.

—¿Alguien la ve? —preguntó Georgie, pasando los ojos velozmente por toda la sala.

—Esto está petado —gruñó Suzie cuando alguien le dio en el hombro al pasar—. ¡No me creo

que venga toda esta gente por unas cuantas chinas!

—Piedras preciosas, no chinas —corrigió Kizzy antes de volverse hacia mí—: No la veo por ningún lado.

—Yo tampoco.

—Puede que tu tía sepa dónde está —sugirió Georgie—. ¿Ese no es su avestruz? El monóculo va perfecto con el sitio.



Señaló hacia el otro lado de la sala, donde vi que Alfred había descubierto un juego nuevo muy divertido. Se quedaba completamente quieto, como una estatua, como si estuviera disecado, y esperaba a que los invitados se acercaran a mirarlo y, entonces, de repente lanzaba la cabeza contra ellos, haciéndoles gritar de terror. Una confiada invitada se convirtió en su siguiente víctima y se puso a gritar a pleno pulmón cuando él cobró vida. Entonces, mi padre se excusó para abandonar el grupo en que se encontraba y, con expresión de gran disgusto, fue a decirle a Alfred que se marchara. Pero Alfred se limitó a mover las plumas de la cola delante de la cara de mi padre, desafiante, mientras acechaba para servirse una bandeja entera de canapés.

—Pero no veo a la tía Lucinda. Y te aseguro que, con el vestido que lleva, es difícil no verla.

Seguimos escrutando la multitud desesperadamente, hasta que alguien me dio una palmada en el hombro. Yo me volví esperando que fuera mi madre, pero solo eran Alexis y Clara.

—Está a punto de empezar el discurso de papá —me informó Clara con el libro metido bajo el brazo.

—¿Cómo te encuentras? —Alexis levantó las cejas, mirándome de arriba abajo—. No me pareces enferma.

—¿De qué estás hablando? Yo estoy bien. ¿Has visto a mamá?

—Sí.

—¡Estupendo! ¿Dónde está? —pregunté agarrándole el brazo.

—Tú lo sabes —dijo él, desprendiéndose de mí y dirigiéndome una mirada rara—. Estaba contigo.

—No, de eso nada —dije yo, mientras los demás me rodeaban.

—¿Cómo te han dejado traer a tus amigos? —gruñó Alexis, cruzándose de brazos—. Por cierto, ¿tus amigos no se enteraron de que había que venir de etiqueta?

—Alexis, es muy importante que me digas dónde está mamá.

—Ya te lo dije, no lo sé. Estaba contigo. Y con el profesor Mercurio.

Sentí que Kizzy ahogaba un grito junto a mi hombro.

—¿Qué quieres decir? —chillé—. ¿Que el profesor Mercurio estaba aquí? ¿Con mamá?

—Vale, no sé qué está pasando —dijo Alexis suspirando y levantando las manos—. Lo único que sé es que mamá estaba aquí conmigo hace un rato, quejándose de que se mareaba, y entonces el profesor Mercurio salió de no se sabe dónde y le dijo que tú te habías puesto mala. Fue con ella para ayudarte a salir. Pensé que habrían sido los pastelitos de cangrejo, que huelen un poco raro.

—La tía Lucinda también debe de haber tomado uno, entonces —dijo Clara encogiéndose de hombros—. Se sentía mal, y el profesor Mercurio se ofreció a acompañarla a tomar agua.

—¿Dónde fueron? —pregunté casi gritando. Alexis me miró completamente sorprendido.

—¡Vale…! No lo sé, solo desaparecieron en la multitud. Pero no te preocupes, volverán a tiempo para oír el discurso de papá.

Me di la vuelta para hacer un corro con los otros:

—Esto no me gusta —dije entre dientes—. ¿Qué hacemos?

—No las querría por en medio —respondió Kizzy, mientras todos asentíamos rotundamente —. ¿Tu tía Lucinda también tiene superpoderes?

—Sí. Pero no sé si él lo sabe.

—Es lo bastante listo como para no arriesgarse. —Kizzy estaba pensativa—. ¿Adónde se las llevaría? No puede haber ido muy lejos, si es que planea robar esta noche las piedras preciosas.

—Tendríamos que decírselo a tu padre —sugirió Georgie—. Tiene que llevarse las piedras de aquí.

—Georgie tiene razón, las piedras son muy vulnerables cuando están en exposición —corroboró Kizzy—. Luego iremos a rescatar a tu madre.

—Pero él no puede llevarse las piedras delante de todas estas personas —observó Suzie—. Habría un montón de testigos. Sería idiota intentarlo con todo el mundo alrededor. Y, en cuanto traspasara la cuerda, le echarían el alto esos tipos de seguridad tan musculosos.

—No si no le pueden ver —dijo Fred—. Es el Ladrón del Apagón, ¿no os acordáis?

—No tenemos mucho tiempo. —Georgie señaló con un gesto de la cabeza hacia mi padre,

que se retorcía la pajarita y repasaba sus notas por última vez—. Tenemos que decirle que se las lleve ahora.

Nos separamos y habíamos empezado a avanzar a través de la multitud para llegar hasta mi padre cuando se oyó un ruido fuerte, y el museo entero se quedó a oscuras.

¿Sería ya demasiado tarde?

17

Todo sucedió muy deprisa.

Cuando la sala se quedó en oscuridad total, la multitud entera ahogó un grito. Mi padre pidió a todo el mundo que conservara la calma, pero en el tono de su voz pude darme cuenta del desconcierto y preocupación que le invadían mientras trataba de averiguar qué era lo que pasaba. Kizzy me tocó el brazo en la oscuridad:

—Está aquí —susurró con miedo.

Oí detrás de mí el sonido de la cremallera de la bolsa de Fred y a él rebuscando dentro de ella, cogiendo lo que podía.

—¡Vamos a arreglar esto lo antes posible! —gritó mi padre mientras los cuchicheos de los invitados reflejaban cada vez más miedo—. No es más que un problema con la electricidad. ¡No se muevan, no queremos que nadie se haga daño!

De repente, se oyó un fuerte estrépito de cristales, y todos empezaron a chillar. Era un completo caos.

—¡Las gemas! —oí exclamar a Georgie casi sin voz.

—¿Por qué nos habrán quitado el móvil? —se lamentó Suzie—. Ahora podríamos usar la linterna.

—No necesitamos el móvil —respondió Kizzy en la oscuridad—. Tenemos otra luz mucho más brillante. ¡Rápido, Aurora! Antes de que huya.

—¡No puedo! ¡Me vería todo el mundo!

—¡No tenemos más remedio! —insistió Kizzy—. Aurora, tu madre y tu tía pueden estar en un apuro. Tenemos que detener al profesor Mercurio, no podemos permitir que se salga con la suya. ¡Puedes hacerlo, Aurora!

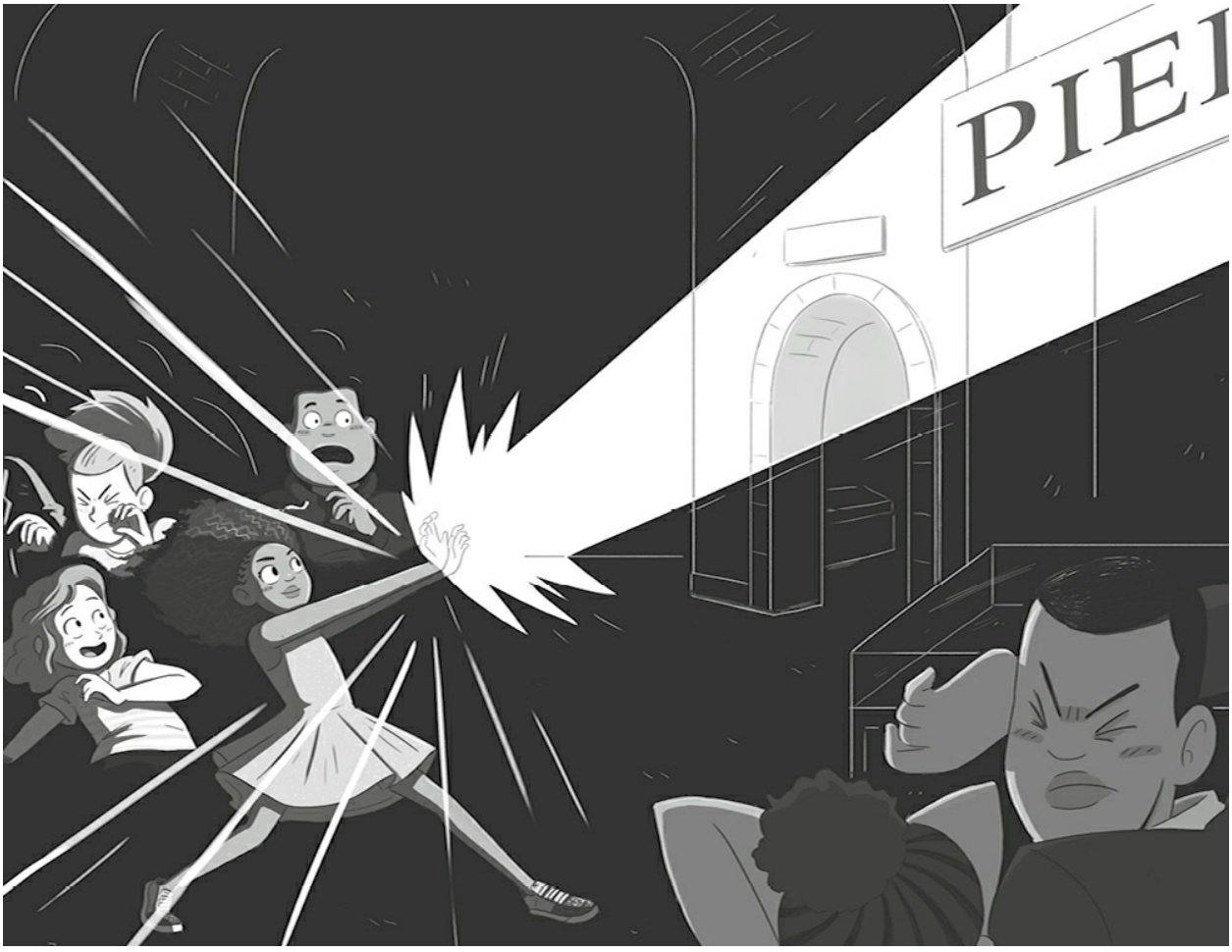
Aunque no quisiera aceptarlo, Kizzy tenía razón. Tenía que pararle los pies, aunque eso implicara revelar el secreto que había prometido guardar. Todo cambiaría después de eso. Pero no tenía tiempo de pensar en las consecuencias.

Aunque ya estaba oscuro, cerré los ojos para evadirme de la algarabía que me rodeaba,

recordando todo lo que me había enseñado mi madre en aquellas sesiones de entrenamiento. Mi familia me necesitaba y allí no había nadie más para salvarla, así que lo tenía que hacer yo.

Mis superpoderes brotaron con facilidad.

No sé si fue porque sabía lo importante que era hacerlo bien o si era por algún motivo que tenía que ver con aquel lugar, pero el caso es que nunca había sentido tanta fuerza dentro de mí. Yo ya notaba el cosquilleo en las manos y no tuve más que dejar de concentrarme en disimular el brillo que salía de ellas. Di rienda suelta a la calidez que se extendía por mi sangre, y la sensación se hizo tan fuerte que fue como si pudiera verla brillando debajo de la piel. De las palmas de mis manos salieron unos rayos de luz, y la galería entera quedó de pronto bañada en el brillo chispeante de mis superpoderes.



Era diferente al último incidente del museo, porque en esta ocasión yo tenía pleno control. Necesitaba toda mi concentración para asegurarme de que el chorro de energía que emanaba de mí estaba contenido y no le hacía daño a nadie. Por el contrario, era como si la extraordinaria sensación de mágica calidez y cosquilleo que sentía en las manos y que se extendía por todo mi

cuerpo cada vez que manejaba mis poderes se transfiriera a todos aquellos que me rodeaban. Lo podía ver en sus rostros, cuando bajaban las manos sorprendidos después de haberse tapado los ojos con ellas para protegerse del primer resplandor. Ellos también lo sentían.

—¡Vaya! —susurró Suzie, mirándome sobrecogida—. Todos estos brillos te sientan realmente bien.

—¡Lo has conseguido! —chilló Kizzy—. ¡Lo has conseguido! ¡Vamos, Lightning Girl!

Hasta ese momento, creo que no había asumido lo de ser una superheroína. Supongo que hasta entonces «Lightning Girl» no era más que un nombre con el que habían dado mis amigos por azar y en el que yo no había pensado mucho. Pero cuando Kizzy gritó a pleno pulmón en frente de la multitud que dependía de mi ayuda, me pareció que era algo más que un nombre. No lo sé, parecía algo así como mi destino. Como que yo tenía que representar aquel papel.

Y resultaba BRILLANTE.

Por el rabillo del ojo vi a Clara, que me miraba sorprendida, y a Alexis petrificado, con la boca abierta. De repente, Georgie señaló a alguien al otro lado del mar de invitados cuyos ojos me contemplaban en muda admiración.

—¡Ahí está! ¡Es el profesor Mercurio!

Durante una fracción de segundo, el profesor Mercurio se quedó también petrificado de terror, pero entonces puso cara de determinación y se lanzó hacia delante con furia, abriéndose paso hacia la salida, tirando al suelo sin piedad a los invitados a su paso y arrojando canapés y copas de champán.

—¡Hay que detenerlo! —gritó Fred—. ¡Aquí, Georgie!

Georgie ya había empezado a correr para interponerse en el camino del profesor Mercurio. Fred metió la mano en su bolsa y, sin dudar, le arrojó por el aire un bote de laca. Ella lo cogió con facilidad y con todas sus fuerzas le roció la cara. El profesor Mercurio gritó de dolor cuando la laca se le metió en los ojos, y se detuvo un momento. Gritó con furia y apartó de un empujón a Georgie, lanzándola hacia atrás contra un grupo de invitados.

—¡Fuera de mi camino! —bramó el profesor Mercurio, con los ojos ahora rojos, hinchados y llenos de lágrimas.

Corrió hacia la puerta, pero, mientras Georgie le atacaba con el aerosol de laca, Suzie había ido corriendo a colocarse delante de él y, en aquel momento, entró en acción. Perfectamente colocada, con los brazos extendidos en el aire, dobló con gracia las rodillas y dio un salto ascendente, doblando y estirando las rodillas en el aire hacia atrás, por encima de la cabeza, y pegando con los pies en el centro del pecho del profesor Mercurio: lo derribó al suelo al tiempo que ella se posaba en el suelo. Era la mejor voltereta hacia atrás que hubiera realizado nunca.

—Qué pena —dijo, molesta, recuperando el equilibrio después de un pequeño balanceo—. Habría perdido puntos por la manera de caer.

—¡BIEN! —Georgie gritó muy contenta—. ¡DIEZ ABSOLUTO!

El profesor Mercurio se puso de pie con cara de trueno y, al instante arremetió directamente contra Suzie, que se apartó rápidamente para evitar aquel bramido explosivo. Pero no tenía de qué preocuparse, porque Fred ya estaba detrás de él y, antes de que el profesor Mercurio pudiera dar otro paso hacia delante, Fred tiró de la cinturilla de los pantalones del profesor y echó dentro todo el contenido del terrario de hormigas. Una nube de polvo se levantó en el aire al tiempo que la cinturilla volvía a su sitio, cerrando dentro del pantalón el montón de arena con sus habitantes. Sin saber muy bien qué era lo que Fred le había metido en los pantalones, la expresión alarmada del profesor Mercurio se transformó en una sonrisa de burla mientras dejaba filtrarse un puñado de arena por los dedos de la mano.



—¿Te crees que un poco de arena me va a detener? —gruñó el profesor, colocándose por encima de su alumno de manera amenazadora—. Me has decepcionado, Fred.

—Creo que se quedará todavía más decepcionado cuando le diga que no hice caso de aquel consejo que usted me dio al comienzo del trimestre. Ya sabe, cuando le pregunté qué hormigas debía usar para mi terrario. —Fred respondió a la sonrisa burlona del profesor con una sonrisa de triunfo—. En cuanto me dijo que evitara las hormigas rojas porque muerden, supe que esas eran las que quería.

La sonrisa del profesor Mercurio se quedó helada al comprender lo que quería decir Fred.

—Por lo visto, solo muerden para defenderse, así que, haga lo que haga, no intente hacerles

daño porque tiene montones de ellas en los calzoncillos.

El profesor Mercurio gritó y empezó a dar saltitos en el sitio, retorciéndose, moviendo y estirando las piernas de una en una, como si bailara algún baile tradicional. Fred estalló en carcajadas y yo tampoco pude evitarlo: se me dibujó una enorme sonrisa al ver al profesor Mercurio contorsionándose y gritando:

—¡Ooooooooooooooooooooooooooh!, ¡aaaaaaaaaaaaaaaaah!, ¡ooooooooooooooh!

A toda prisa, se desabrochó el cinturón y dejó caer los pantalones al suelo, echándolos lejos de una patada, y allí se quedó en calcetines, zapatos y unos calzoncillos de color verde brillante con patitos.

Para entonces, todos los guardias de seguridad se habían percatado de que había una bombilla humana en medio de la sala, y habían corrido a ayudarnos, bloqueando la salida del profesor Mercurio.



—¡Apartaos de mí! —bramó con el sudor corriéndole por la cara—. ¡Os lo advierto!

Sus ojos escudriñaron rápidamente la sala en busca de alguna posibilidad de fuga, mientras los de seguridad se le acercaban lentamente. Viendo una salida de emergencia a su derecha, detrás de unas vitrinas de la exposición, dio una carrera a toda velocidad hacia allí, esquivando los brazos de algunos invitados valientes que intentaban detenerlo.

Se me cortó la respiración cuando comprendí que iba a lograr escapar.

La luz de mis manos empezó a perder intensidad al tiempo que yo perdía concentración. Desesperadamente, le grité que se detuviera. Todo lo que había hecho no había servido de nada.

Pero justo cuando se estiraba para meterse por la salida de emergencia, un objeto borroso pasó de repente delante de él.

Se dio un buen porrazo contra Alfred, antes de retroceder a trompicones, mareado, y de caer en el suelo con las piernas y los brazos extendidos como una estrella de mar.

—¡Muy bien, Alfred! —grité contenta mientras el avestruz alborotaba las plumas indignado. Teniendo en cuenta que no le gusta que nadie salvo la tía Lucinda le toque, y eso como mucho, me imagino que no le hacía ninguna gracia que un extraño se chocara de bruces contra él. Sin embargo, no parecía demasiado aturdido y, después de lanzar una mirada de irritación al gimoteante profesor Mercurio, que estaba tendido en el suelo, se fue a contemplar una vitrina de monedas romanas. Todavía no estoy segura de si quería impedir o no que saliera el profesor Mercurio, pero nunca volveré a hablar mal de Alfred. No importa cuántas prendas me destroce.

La sala prorrumpió en vítores y gritos de emoción cuando los guardias de seguridad fueron a inmovilizar al profesor Mercurio y le esposaron las manos a la espalda, asegurándose de que no pudiera escapar. Cuando lo pusieron en pie, todavía aturdido, Kizzy le cogió la pequeña bolsa que llevaba colgada del cuello con una cuerda negra y la volcó, dejando que cayeran las piedras preciosas en su mano. Entre ellas se encontraba el Diamante del Sueño. Las elevó en el aire, con gesto de victoria, y los invitados empezaron a aplaudir emocionados.

—¡Sí! —exclamó Fred, dando puñetazos en el aire—. ¡Bien hecho, Protectores del Orden!

Suzie y Georgie lo miraron con disgusto.

—¿Protectores del Orden? —dijo Suzie con un suspiro—. ¿De verdad…?

—Vale, hay que afinar el nombre —respondió con una sonrisa—. Pero el caso es que hemos estado alucinantes.

Con el profesor Mercurio puesto a buen recaudo, la atención de la sala se volvió hacia mí. Agotada de tener que mantener todo aquel tiempo los rayos de luz, dejé caer las manos, apagando mis poderes y permitiendo que la sala volviera a quedar en la oscuridad, salvo por la leve luz de la palma de mi mano izquierda, que seguía brillando. Se levantaron murmullos mientras yo me agachaba, completamente exhausta. De pronto, mi padre estaba a mi lado, rodeándome con el brazo.

—Aurora —susurró, con los ojos llenos de lágrimas de agradecimiento.

—Estoy bien, papá. Tienes que encontrar a mamá.

—¿Qué quieres decir?

—El profesor Mercurio las engañó a ella y a la tía Lucinda. Tienen que estar en alguna parte del museo.

Abrió los ojos horrorizado, pero entonces puso cara de determinación y se dio la vuelta para pedirles a Alexis y Clara que se quedaran conmigo.

—¿Adónde vas? —preguntó Clara.

Nuestro padre infló el pecho y se recolocó la pajarita:

—Voy a rescatar a mi esposa —dijo con voz brusca y heroica, como si estuviera en una película de James Bond.

Si no hubiera estado tan preocupada por mamá, me habría dado la risa.

—¿Cómo vas a ver adónde vas? El museo entero tiene la luz cortada —observó Clara, mirando a los guardias de seguridad que habían cogido algunos móviles y los usaban como linterna—. ¿Cómo vas a encontrarla?

—Conozco este museo como la palma de mi mano. Confía en mí —dijo con orgullo—, no hay nadie que lo pueda hacer mejor que yo.

Alexis parecía incapaz de decir nada y seguía mirándome completamente anonadado. Juro que no parpadeó en cinco minutos.

—Entonces —dijo Clara, agachándose delante de mí, con su cara iluminada por el leve pero claro brillo de mi cicatriz—, ¿son imaginaciones mías o hay algo que tienes que contarnos?

18

—Fue una explosión de luz. ¡Como un rayo! Salió de las manos. De las manos de aquella chica…

—Hubo como chispas y rayos, y allí estaba ella, brillando… Creí que había tomado demasiado champán, pero todo el mundo lo ha visto…

—Al principio estaba un poco asustado, porque un ser humano no puede hacer algo así, ¿me comprende? Pero parece una jovencita maja. En cuanto al avestruz…

—No había visto nunca nada parecido. Fue sencillamente mágico. Y la luz… fue la cosa más alucinante que haya visto. Había algo que me hacía sentirme cómodo. Que me hacía sentir feliz…

—Me parece que oí que alguien la llamaba Light Girl, o Lightning Girl quizá, pero sigo sintiéndome en estado de *shock*, así que a lo mejor oí mal…

—Fue una cosa RARA. ¿Qué es esa chica? ¿Un extraterrestre?

Lancé un suspiro mientras a mi alrededor seguía oyendo retazos de diversos interrogatorios de la policía.

—¿Por qué la gente da por hecho automáticamente que soy un extraterrestre? —le pregunté a Kizzy, que estaba sentada a mi lado—. ¿Por qué no piensan, como primera opción, que tengo superpoderes? O dolores del crecimiento… Eso es lo que pensé yo cuando me pasó por primera vez.

Kizzy resopló:

—¿Pensaste que las chispas saliendo de las yemas de tus dedos eran dolores del crecimiento?

—Tiene más sentido que lo de ser extraterrestre —dije a la defensiva.

No nos habíamos movido del lugar donde estaba sentada, en el medio de la galería, y lo único que había cambiado es que había vuelto la luz, gracias a un electricista que había traído con ellos la patrulla de la policía. Me sentía un poco rara, aunque había pasado algún tiempo. La cicatriz de mi mano seguía brillando. Mi madre insistía en que me quedara un poco más, pese a que seguramente entorpecería a la policía, al equipo forense y demás.

Mi madre tendría que haber sido la relajada, considerando que había estado metida en una cámara todo el tiempo. El profesor Mercurio las había llevado a ella y a la tía al almacén de mineralogía y las había encerrado en una de las grandes cámaras que había al fondo. Era el primer lugar en que había mirado mi padre cuando salió a buscarlas.

—Recordé que, en la excursión, el profesor Mercurio me había hecho preguntas raras. Una de ellas era sobre el tamaño de las cámaras en que guardaba los objetos de futuras exposiciones —había explicado mi padre al traerlas de vuelta—. Yo le dije que variaban, pero que alguna de ellas era lo bastante grande como para meterme yo dentro.

—Jolín, papá —le dije sonriendo—. Qué listo eres.

—Has estado increíble —le agradeció mi madre, haciendo que enrojeciera como un tomate.

—No es nada —respondió él, avergonzado—. Me alegro de que por una vez seas tú la rescatada.

En aquel momento, estaban de pie, junto a la tía Lucinda, hablando en voz baja mientras la policía seguía estudiando la escena del crimen a nuestro alrededor. Georgie, Kizzy, Suzie y Fred habían dado ya su versión de los acontecimientos («francamente, las auténticas heroínas hoy aquí han sido mis hormigas rojas») y en aquel momento estaban sentados en corro, conmigo, en el suelo.

Vi que mamá estaba hablando animadamente con papá, que cogía la caja que contenía las piedras preciosas y movía lentamente la cabeza de arriba abajo, y a la tía Lucinda interrumpiendo de vez en cuando con unos teatrales «ooh» y «aah». Antes, mi madre había admitido en voz baja que la peor tortura de estar encerrada en la cámara era que su hermana gemela estaba con ella. Por lo visto, los volantes del vestido de Lucinda ocupaban la mayor parte del espacio y, en cierto momento, ella insistió en cantar canciones de musicales para levantar los ánimos.

Los tres asintieron a la vez con la cabeza y, a continuación, se vinieron hacia nosotros.

—Aurora —empezó a decir mi madre—, ¿podemos hablar…?

Yo me puse de pie un poco temblorosa, ya que aquella sensación de cosquilleo no se me había ido de debajo de la piel y, bajo los ojos curiosos del club superheroico y de mis hermanos, seguí a mi madre, a mi padre y a la tía Lucinda a una parte más tranquila de la galería, lejos de la policía y de los invitados que seguían declarando.

—¿Qué pasa?

—Tu tía Lucinda y yo hemos tenido mucho tiempo para hablar allí encerradas, en la cámara. Y, bueno, algo nos llamó la atención… —Mi madre vaciló—. La palma de tu mano…

—No sé por qué sigue brillando —dije, cerrando el puño para que no se notara tanto.

—Nosotras creemos saberlo.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté, buscando pistas en la cara de los tres.

—El incidente de la excursión, cuando no pudiste controlar tus poderes… Bueno, resulta que yo también me siento un poco rara aquí en el museo… Y Lucinda lo mismo.

—No me puedo creer que yo no me diera cuenta antes —dijo mi padre, negando con la cabeza, desconcertado.

—¿De qué?

Mi madre le hizo un gesto, y él levantó la caja y, después, con cuidado, la tapa para enseñarme las piedras que descansaban cómodamente sobre la seda.

—¿Has mirado bien estas piedras preciosas? —me preguntó mi padre.

—¿Lo preguntas en serio? —dije con un suspiro—. Después de todo lo que ha pasado, ¿quieres hacerme un examen sobre la exposición? No quiero ofenderte, papá, estoy segura de que las piedras antiguas son interesantísimas, pero tenemos muchas otras cosas de las que hablar.

—No te está examinando —dijo mi madre con suavidad—. Mira esta de cerca.

Miré la piedra pulida que me indicaba, la que estaba en el centro de la caja. Era una de las más grandes de la colección, tan solo un poco más pequeña que mi mano, y en el centro se podía distinguir levemente una forma de espiral.

—Eso es… —Levanté la cara de pronto para mirar a mi madre a los ojos—. ¡Es el mismo dibujo de mi cicatriz!

Levanté la mano, y el brillo aumentó. Mi padre cerró la tapa de la caja con un suspiro.

—Llevo meses estudiando estas piedras preciosas. He escrito artículos sobre ellas. He organizado toda una exposición sobre ellas. Y no conseguí darme cuenta de que una de ellas presentaba el mismo dibujo que la cicatriz que tiene mi hija en la mano.

—¿Cómo ibas a saber que había una conexión entre ellas? —dijo mi madre, acariciándole el brazo consoladora—. No es una forma tan extraña ni un símbolo muy claro.

—Esperad un momento, ¿la palma de la mano me brilla a causa de esa… china?

—Piedra preciosa —me corrigió mi padre, con un gesto de dolor.

—Intenté decírtelo el día que robamos el diamante juntas —empezó a decir la tía Lucinda con total despreocupación.

—Querrás decir el día que tú robaste ese diamante. Me engañaste. Y no dijiste nada de una china.

—Piedra preciosa…

—Perdona, papá. Piedra preciosa.

—Intenté explicarte la parte de la leyenda que tu madre se olvidó de contarte —dijo la tía Lucinda con aire de superioridad.

—Yo intenté contárselo —repuso mi madre—. Cuando nos enteramos de que tenía poderes, quise contarle la historia completa, pero Henry no me dejó, porque no quería que la abrumáramos.

—Bueno, esperad —dijo mi padre a la defensiva—. Nunca me dijiste que fuera un hecho. Me decías que no era más que una leyenda transmitida de generación en generación. De hecho, recuerdo claramente que hace años me dijiste que esa parte de la historia te daba risa. Por eso no

parecía necesario contársela.

—¿Contarme QUÉ? —pregunté sin poder soportarlo más.

Mi madre respiró hondo:

—En la historia de cómo nuestra familia recibió sus poderes, Alba fue a la aurora boreal para devolverle la luz al mundo. Bueno, nunca te he contado cómo obtuvo ese poder.

—La Luz del Mundo —dijo la tía Lucinda, señalando la caja que mi padre tenía en las manos.

—Esa piedra. Según la leyenda, ella descubrió la piedra y, cuando la cogió en la mano, la luz volvió al mundo.

—¿Esa piedra? ¿Exactamente esa? —le pregunté a mi madre, parpadeando—. ¿Estáis seguras?

—Eso explica por qué todos tus poderes se acentuaron de repente cuando estábamos en el museo; por qué perdiste el control de tus poderes la última vez, cerca de ella; por qué tus poderes se manifestaron tan pronto, cuando la piedra fue descubierta y traída al país; y cómo hoy has emitido una luz tan extraordinaria. —Mi madre me sonrió afectuosamente—. He oído que fue algo magnífico.

—Si se trata de esa piedra en concreto, entonces su descubrimiento nos ha hecho especialmente vulnerables —dijo la tía Lucinda resoplando—. Si cae en las manos equivocadas…

—¿Qué…? ¿Qué podría pasar?

—Técnicamente, si esa piedra es la que pensamos que es, entonces es la fuente de todo nuestro poder —explicó mi madre con suavidad—. Si fuera destruida, desde luego perderíamos los superpoderes que tenemos.

—Y por eso debería estar en mi poder, sana y salva —insistió la tía Lucinda—. La verdad, Kiyana, tú ya tienes bastante de lo que ocuparte.

—No hay ninguna posibilidad de que te vayas a ir con esa piedra, Lucinda —dijo mi madre con firmeza—, así que puedes dejar de intentarlo.

La tía Lucinda respiró hondo:

—Que seas unos minutos mayor que yo no significa que sepas más.

—En este caso, eso es justo lo que significa.

—De acuerdo, no más peleas —dijo mi padre—. Hasta que sepamos lo que vamos a hacer, esta piedra se quedará a buen resguardo.

—Al menos deberías decirme dónde la vas a poner. Tengo derecho a saberlo —gruñó la tía Lucinda.

—¿Por eso la quería robar el profesor Mercurio? ¿Él lo sabía?

Mi madre negó con la cabeza:

—Por lo que me han dicho, el profesor Mercurio insiste en que trabajaba para otro. Por lo visto, alguien se le acercó y le ofreció la oportunidad de vengarse de mí por haberlo mandado a

prisión todos estos años y, al mismo tiempo, quedarse unas cuantas piedras preciosas. Según su declaración, si él hacía el trabajo se podría quedar con todas menos una.

—Y te puedes imaginar cuál sería esa una… —añadió mi padre.

—El profesor Mercurio ¿no era más que una marioneta en todo esto? ¿Lo planeó otro?

—Más o menos —dijo mi madre suspirando. Pero se ha negado a decir quién es el que le daba las órdenes.

—La policía se lo sacará —dijo mi padre de modo tranquilizador—. No es alguien dado precisamente a la lealtad.

—Entonces, ¿pensáis que hay alguien por ahí que conoce el valor de esa piedra? —pregunté.

Mis padres se miraron el uno al otro.

—No estamos seguros. Pero yo me voy a enterar —respondió mi madre con determinación.

—Bueno, queridos, esta fiesta ha sido un éxito, pero me temo que ya tengo bastante —anunció la tía Lucinda, dando una palmada para que Alfred acudiera desde el sofá en que estaba reclinado, usando el pico para pasar las páginas de uno de los folletos de la exposición—. Ahora, si me dais mi diamante, me voy.

—¿Qué diamante?

—No me tomes el pelo, Kiyana, que no tengo tiempo para más tonterías. Ya llego tarde a mi vuelo a Bora Bora, y sabes que Alfred aborrece pasar con prisas por las tiendas libres de impuestos del aeropuerto.

—El Diamante del Sueño va a volver a la casa de subastas de la que lo robaste hace años. Ya he contactado con ellos para decirles que lo habíamos encontrado.

La tía Lucinda frunció los labios:

—Sabes cómo fastidiarme, Kiyana.

—¿Para qué están las hermanas?

En el rostro de la tía Lucinda apareció una sonrisa:

—Bueno, entonces no tendré más remedio que hacer planes para volver a robarlo. Me encantan los retos. Aurora —me puso una mano en el hombro—, no te pienso perder de vista, aunque esté lejos. Esos poderes tuyos son demasiado importantes para despilfarrarlos en el bien de todos.

Me pellizcó la mejilla y después cruzó el museo hacia la salida, seguida por el alegre trote de Alfred.

—¡Hasta más ver, queridines! —dijo desapareciendo por la puerta y sin volver la vista atrás.

—Tengo la horrible sensación de que podríamos volver a verlos a los dos antes de lo que esperamos —dijo mi padre, haciendo reír a mi madre. Ella me rodeó los hombros con un brazo y me acompañó con mis amigos.

—Estoy muy orgullosa de ti, Aurora. Has estado increíble, una auténtica superheroína. —Y me besó en la cabeza.

—De eso nada, la mayor parte del trabajo la hicieron los otros.

—Hay algo especial en ti, Aurora, y no sé exactamente lo que es. Tienes una calidez en tus poderes, algo único. Pienso que podría ser tu habilidad extra, ya sabes —dijo en voz baja, mientras llegábamos donde los demás. Me detuvo y se volvió para mirarme a la cara—: Y tu cicatriz tiene el mismo dibujo de esa piedra. Eso quiere decir algo.

Tracé con el dedo el dibujo de la espiral en la palma de mi mano.

—¿Crees que es una mala cosa?

—No estoy segura. Pero, sea lo que sea, lo averiguaremos. Juntas.

—Gracias, mamá. Ahora lo que siento es que todo el mundo sabe que tengo superpoderes. Todo el mundo lo ha visto. Se piensan que soy extraterrestre.

—No te preocupes por eso —dijo riéndose—. De momento, creo que todos merecemos descansar el resto de la noche.

—Estoy de acuerdo —dijo mi padre, elevando la voz cuando llegamos junto a los otros, que seguían sentados en corro con las piernas cruzadas—. ¿Qué os parece si venís todos a nuestra casa a tomar un chocolate caliente?

—¡Suena estupendo! —dijo Kizzy, sonriendo, y se puso de pie—. Yo sí.

—Los demás también —añadió Georgie, y Suzie y Fred asintieron con la cabeza.

—¿Y… mamá también? —preguntó Clara con esperanza, acercándose para cogerle la mano.

Mi madre miró a mi padre a los ojos, esperando una respuesta. Él le sonrió:

—Mamá también —dijo dulcemente.

Clara rodeó la cintura de nuestra madre con los brazos, mientras yo ayudaba a Alexis a levantarse. Creo que seguía anonadado con toda la historia de los superpoderes, porque yo no dejaba de pillarlo dirigiéndome miradas extrañas, como si estuviera intentando que su cabeza lo asimilara todo.

—Sigo siendo yo, ya me entiendes —dije, dándole con el codo mientras los demás se dirigían a la salida.

—Supongo —dijo, y añadió—: quizá un poco más interesante. Y, bueno, si un día las superheroínas necesitáis hackear algún sistema informático para lo que sea, ya sabéis a quién acudir.

Él incluso me dio un abrazo de lo menos dos segundos antes de apartarme de una palmada para acercarse a nuestros padres y Clara. Yo me acomodé al paso de mis amigos.

—Excelente puntería con la laca, Georgie —estaba diciendo Fred—. Él no supo qué era.

—Gracias por lanzármelo, eso fue una buena idea. Y lo de meterle las hormigas por los pantalones fue genial.

—Sí —dijo Suzie cuando salíamos a la calle. Hacía frío, y por todas partes brillaban las luces azules de los coches de policía—. Es verdad. Fue una gran idea.

—¿Y qué me dices de esa voltereta tuya hacia atrás? ¡PUMBA! De lleno en el pecho, lo

mandaste directo al suelo. Perfecta puntería.

—¡Y Kizzy, que fue la que lo averiguó todo! —dijo Georgie sonriendo y haciendo que Kizzy se pusiera colorada—. Si tú no hubieras descubierto lo que tramaba el profesor Mercurio, se habría salido con la suya.

—He estado pensando un nombre para el club superheroico y creo que ya lo tengo —anunció Fred, provocando un gruñido colectivo—. ¡Eh, todavía no sabéis cuál es!

—Suéltalo —dije yo.

—Me lo has inspirado tú, Aurora, al presenciar lo que hiciste en el museo —respondió—. ¿Qué pensáis, chicas, de… Los Brillantes?

Suzie y Georgie parecían agradablemente sorprendidas, y Kizzy empezó a mover la cabeza lentamente de arriba abajo:

—Los Brillantes —repitió—. Me gusta.

—Los Brillantes —dijo Georgie, dándole a Fred un amistoso puñetazo en el brazo—. No está mal, Fred.

—Vencer a los malvados y dar con nombres alucinantes: todo el mismo día —alardeó sonriendo.

Cuando llegamos a casa, los demás se metieron a toda prisa para entrar en calor. Los recibió Kimmy, emocionadísima.

Me quedé un momento en el recibidor, viéndolos dirigirse a la cocina, charlando y riendo. Kizzy hablaba animadamente con Clara sobre un libro que habían leído las dos; Fred le hacía rabiar a Suzie, intentando animar a Kimmy para que saltara encima de ella; y mi padre le explicaba a Georgie el truco para hacer el chocolate caliente perfecto, mientras Alexis se quedaba con los ojos en blanco y ponía caras a espaldas de él, haciendo reír a Georgie.



—¿Estás bien, Aurora? —preguntó mi madre, quedándose atrás conmigo.

—Solo estaba pensando en las locuras que han ocurrido hoy y, todo lo que ha pasado en las últimas semanas y, no sé… —Me encogí de hombros—. Me siento… feliz.

—¿Qué te dije? Los superpoderes son realmente estupendos.

—Puede. —Sonreí, apoyándome en ella mientras veíamos a papá bailando por la cocina con Kimmy, haciendo que todo el mundo se echara a reír—. Pero yo no me refería a los superpoderes…

Agradecimientos

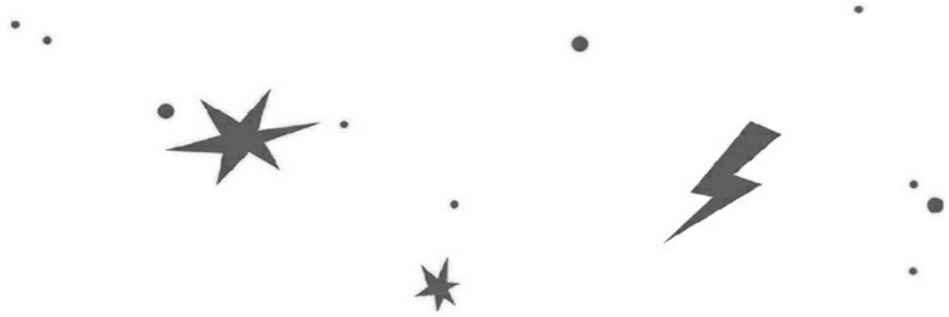
Un sincero y enorme «gracias» a todos
los de Scholastic, ¡ha sido un sueño! Lauren Fortune,
Aimee Stewart, Rachel Phillipps, Roisin O'Shea,
Penelope Daukes, Andrew Biscomb
y todo el equipo.

A Katy Birchall, gracias por hacer este proceso creativo
superfácil y muy divertido, eres alucinante.

A Lauren Gardner: eres más que una agente; ¡gracias
por tus brillantes ideas y entusiasmo por Aurora y por
hacer que esto sucediera! Te debo una. :)

A James Lancett, muchas gracias por dar vida con tu
arte a todos mis personajes. Has hecho un trabajo
increíble, y estoy loca de contenta.





Un agradecimiento especial al equipo Alesha:
Malcolm Blair & Bernadette Francis.

A mi amor, Azuka, gracias por tu cariño infinito
y por creer siempre en mí.

A mi madre, Beverley, por enseñarme cosas sobre
el amor, la luz, la curación y las piedras preciosas.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a
todos los lectores de este libro, que siempre podáis llevar
en vuestro corazón amor y compasión, creáis en un
poder más alto y más grande que vosotros mismos ¡y no
olvidéis nunca que sois la luz y que todos
los superpoderes que vayáis a necesitar
los tenéis ya dentro de vosotros!

Feliz lectura :)

Datos superheroicos



Kizzy Carpenter / El Cerebro

- **Altura:** 1,45 m
- **Conocida por:** investigación y planificación
- **No podría vivir sin:** su enciclopedia



Datos superheroicos



Fred Pepe / Presidente de Los Brillantes

- **Altura:** 1,53 m
- **Conocido por:** distraer al enemigo (con su terrario de hormigas)
- **No podría vivir sin:** su cojín pedorro



Datos superheroicos

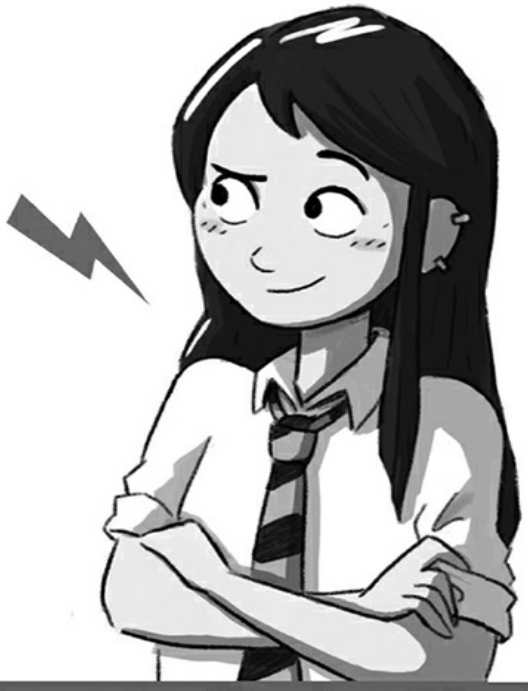


Suzie Bravo / Chica de goma

- **Altura:** 1,47 m
- **Conocida por:** sus habilidades gimnásticas
- **No podría vivir sin:** su colección de trofeos y medallas



Datos superheroicos



Georgie Taylor / Estilista

- **Altura:** 1,45 m
- **Conocida por:** tener siempre a mano un aerosol/bote de laca
- **No podría vivir sin:** sus gafas de sol de diseño



Datos superheroicos



Kimmy

- **Altura:** 0,50 m
- **Conocida por:** ser la mejor perra de la historia
- **No podría vivir sin:** *pizza* vegetal (y Aurora)





22 de marzo

EL HERALDO SEMANAL

FIN DEL MUNDO INMINENTE, ATAQUE DE EXTRATERRESTRES EN UN JARDÍN DEL BARRIO

En sorprendente primicia, el Heraldo Semanal puede confirmar las pruebas de un ataque extraterrestre en un jardín del barrio. La señora Crow, vecina de la familia de los Beam cuyo jardín quedó destruido en el trágico suceso, nos ha proporcionado su testimonio de primera mano.

"Es una invasión extraterrestre! ¡Lo vi! ¡Lo vi! ¡Un rayo cegador en el jardín de la casa de al lado! Fue tan potente que casi derriba nuestra valla! ¡Me cai de culo! ¡Gerald! ¡GERALD! ¡CUÉNTASELO A ESTE SEÑOR PERIODISTA TAN MAJO!", consintió la señora Crow durante nuestra entrevista en exclusiva. Mientras se aproxima nuestra inminente lectores que el supermercado local ofrece dos por uno en todos los productos enlatados... llene el armario en previsión del apocalipsis.

Mirando por encima de la valla, nuestros reporteros descubrieron en el jardín de los Beam algunos restos de la catástrofe: una parte del césped chamuscada y un comedero de pájaros caído. Sin duda, obra de fuerzas siniestras. La familia Beam ha declinado hacer declaraciones.



Código de conducta de Los Brillantes:

1. Mantener los poderes de Aurora como ALTO SECRETO.
2. No habrá secretos entre los miembros de Los Brillantes.
3. No confiar nunca en un profesor de Ciencias.
4. Seguir los consejos de moda de Georgie.
5. ¡¡Mantener los poderes de Aurora como ALTO SECRETO!!





Foto de John Wright

Alesha Dixon empezó a hacerse famosa por formar parte del grupo Mis-Teeq, nominado en los premios Brit y ganador de los MOBO. El grupo consiguió dos álbumes de platino y colocó siete temas entre los diez más vendidos, antes de que Alesha consiguiera un platino como artista en solitario. Su aparición en 2007 en el programa *Strictly Come Dancing* la llevó a ganar la serie y convertirse en jurado durante tres sesiones.

Desde entonces, ha presentado muchos programas de televisión que incluyen: *Alesha's Street Dance Stars*, programa de danza de la CBBC; *Children In Need*, *Sport Relief*, *Your Face Sounds Familiar* y *Dance*, *Dance*, *Dance* en ITV. Es una jurado enormemente popular en *Britain's Got Talent.*

«Mi inspiración para crear una superheroína llamada Lightning Girl empezó con el deseo de que mi hija se sintiera empoderada. Ha sido un sueño crear un personaje fuerte al que cualquier niño pueda admirar. Quiero que mis lectores se vean en Aurora, que se enfrenta a problemas en casa y en el colegio, junto con sus nuevos poderes.

Además, siento debilidad por las piedras preciosas y sus propiedades curativas; siempre me he sentido fascinada por sus colores espectaculares y la energía positiva que poseen. Como seres humanos, siempre estamos buscando algo más grande dentro de nosotros mismos y un sentido más profundo a la vida, y es mi creencia que todos tenemos una luz dentro de nosotros que puede provocar cambios y traer bien al mundo…; ¡solo tenemos que utilizarla! :)

¡Busca «Aurora Beam»!



Foto de Ian Arnold

Katy Birchall es la autora de las divertidísimas *The It Girl: Superstar Geek, The It Girl: Team Awkward, The It Girl: Don't Tell the Bridesmaid* y *Secrets of a Teenage Heiress.*

Katy ha ganado el premio 24/7 Theatre Festival Award al Escritor Humorístico Más Prometedor con una obra sumamente seria sobre un mono ninja en una fiesta.

Sus perros labradores son los amores de su vida, está ligeramente obsesionada con Jane Austen y un día espera despertar convertida en un elfo en *El Señor de los Anillos.*

Los Brillantes y

LIGHTNING GIRL

¡volverán con una nueva aventura
de alto voltaje!

En *La brigada superheroica*



Título original: *Lightning Girl*
Publicado por primera vez en Reino Unido por Scholastic Children's Books, sello editorial de Scholastic Ltd, 2018

Edición en formato digital: 2020

© Del texto: Alesha Dixon, 2018
En colaboración con Katy Birchall.
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2020
© Del diseño de cubierta: Scholastic, 2018 (Steve Simpson)
© De las ilustraciones: Scholastic, 2018 (James Lancett,
representado por Bright Agency)
(James Lancett, representado por Bright Agency)
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-698-7417-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

http://anayainfantil.es/ebooks